

U. 429. gr. 8^a

~~6-5-7~~
2008

3-3-9
2964

SUBLEVACION DE NAPOLES

el año 1647.

THE HISTORY OF

THE HISTORY OF



SUBLEVACION DE NAPOLES

CAPITANEADA

POR

MASANIELO,

con sus antecedentes y consecuencias

HASTA EL RESTABLECIMIENTO DEL GOBIERNO ESPAÑOL.

ESTUDIO HISTORICO

de D. Angel de Saavedra,

DUQUE DE RIVAS.



TOMO SEGUNDO.



MADRID,

IMPRENTA DE LA PUBLICIDAD, A CARGO DE M. RIVADENEYRA,
calle de Jesus del Valle, núm. 6.

1848.

MASAMIELLO

COMITADO EDITORIAL DE LA SOCIEDAD

COMITADO EDITORIAL

Esta obra es propiedad de LA PUBLICIDAD, quien perseguirá ante la ley al que la reimprima sin su consentimiento.

Todos los ejemplares llevarán en la primera hoja de cada tomo el sello en seco de la Sociedad.



COMITADO

COMITADO EDITORIAL DE LA SOCIEDAD



CAPITULO VIII.

PUBLICADO solemnemente el juramento de las nuevas capitulaciones, quedó por algunos dias en reposo la ciudad de Nápoles, pero no en completa tranquilidad. El poder de la autoridad legítima no se restableció cual se esperaba, y para lo que no le faltaban apoyos, y el pueblo armado, y obediente siempre á los jefes de la sublevacion, estaba pronto á volver á la pugna, y á renovar los desórdenes, con pretexto ó sin él, segun se les antojase á los que de hecho lo gobernaban. La mayoría de los habitantes de la ciudad deseaba ardientemente que no se interrumpiera el sosiego, conociendo que este es el primer bien, la necesidad primera de la sociedad. Pero la minoría que nada tenia que perder, y sí mucho que ganar en el desorden, queria nuevo movimiento. Y como acontece que siempre dominan todas las situaciones los pocos que se mueven y no los muchos que se están quietos, pronto empezaron otra vez á conmovirse los

ánimos, y á presentarse síntomas de alarma, y presagios de nuevos desconciertos. Aparecieron en las esquinas pasquines y carteles acusando á los españoles y á los nobles de planes de reaccion y de venganza. Y corrieron por los corrillos de la gente baldía, que nunca falta en los puestos públicos de las grandes capitales, noticias alarmadoras y especies absurdas, pero de seguro efecto. Por lo que el electo del pueblo publicó el 11 de setiembre un bando con pena capital para los autores de pasquines y para los noveleros, ofreciendo dos mil ducados de gratificación á los que los delatasen. Confirmó el Virey esta disposición, y mandó además, sabiendo que la ciudad hervía en emisarios extranjeros, que en el término de tres días saliesen de ella los franceses, piamonteses, savoyanos y sicilianos que no contaran dos años de domicilio. Revalidó los privilegios de los tejedores de seda, con lo que disgustó grandemente á los mercaderes, renovándose el litigio entre unos y otros. Arregló el precio de los víveres, y trató, esperando ya de un momento á otro la armada española, de abastecer de vituallas y municiones los castillos, y de recomponer y aumentar con disimulo los reparos y obras de defensa. Y como cayeran en sus manos varias cartas en cifra de algunos jefes populares al marqués de Fontenay, embajador de Francia en Roma, pintándole el momento favorable para con poca fuerza apo-

derarse del reino; renovó la vigilancia y el cuidado, temiendo á cada instante verse atacado por los franceses.

El dia 42 recibió aviso el Virey por una falua que llegó en pocas horas de Cerdeña, de estar allí detenida por los contrarios vientos la armada española al mando del hijo natural del Rey. Y esta circunstancia desagradó mucho al duque y le agrió el contento de ver tan próximo el suspirado socorro. Tratóse en su consejo íntimo de mantener secreta la noticia; pero el dia 48 empezó á traspasar y á producir diferentes efectos por la poblacion. La mayoría de ella celebró la venida de aquellas fuerzas, que debian restablecer un orden duradero en el pais; pero los alborotadores de profesion y los jefes populares, que no querian volver á las tareas de su condicion privada, y que se saboreaban con el mando, compeliieron al general Toraldo á avistarse con el duque, y á proponerle que mandara detener aquellas fuerzas navales en Gaeta, para evitar mayores daños. Escusóse el Virey con decir que viniendo directamente de España y á las órdenes de un príncipe real, no podia darles orden alguna. Respuesta que dejó muy poco satisfecho al populacho conmovido, pues empezó descaradamente á aprestarse á la resistencia, proveyendo largamente de armas, víveres y municiones la torre de San Lorenzo, el torreón del Cármen y otros puntos fortificados.

Dispuso el duque de Arcos, ya con mas ánimo fundado en las esperanzas de inmediato socorro, que se fortificasen unos edificios que estaban entre Castelnovo y el arsenal, y que en los pasados dias habia ocupado el pueblo, interrumpiendo la comunicacion de aquellos puntos importantes. Empezóse la obra el 22 de setiembre, y alarmado el populacho manifestó desde luego su disgusto. Iban creciendo los grupos de descontentos, y empezando á manifestarse clara la alteracion; cuando la noticia de haber sido preso Pione, el compañero de Masanielo, y jefe de una de las bandas de muchachos que, como dejamos dicho, dieron principio á la sublevacion, y uno de los que mayores atrocidades habia cometido durante ella, vino á dar un pretexto plausible para el ya preparado rompimiento. Montaron en cólera las desarrapadas turbas, y quisieron matar á uno de los jefes populares llamado Milone, ya mal visto por partidario de la paz, y que habia tenido en su casa á aquel revoltoso y atrevido mancebo. Fuéron pues á asaltar su vivienda, jurando matarlo, y matar en seguida al Virey y á todos los españoles¹.

El rumor del motin y la noticia de su objeto llegaron á un mismo tiempo al duque de Arcos, que recurrió al electo del pueblo para que tratara de conjurar la tempestad, que acaso en aquella ocasion hubiera podido un cañonazo ahuyentar para

¹ De Santis.

siempre. Acudió tambien á Désio, que en union con Arpaya calmó el alboroto. ¿Pero cómo?... Mandando con beneplácito del Virey suspender inmediatamente las obras de fortificacion comenzadas, y presentando en la plaza y en plena libertad al preso, con una reverente excusa de la autoridad suprema, asegurando á la pillería que la prision de Pione se habia hecho sin su conocimiento, y haciendo castigar á los que la habian verificado. Con tan enérgicas y dignas disposiciones quedó el motin contento y servido, y se deshizo la alterada reunion de aquellos pocos alborotadores. ¡Y tenia el Virey á pocas millas una armada mandada por un príncipe español, y tenia tropas leales indignadas de tanta condescendencia, y tenia de su parte la mayoría de una ciudad fatigada de desórdenes y de confusion!

Al siguiente día volvió á alterarse con disgusto de todos la pública tranquilidad, por dos capuchinos que predicando como solian en la plaza del mercado, conmovieron el populacho. Pero como el movimiento no encontró eco en otros barrios, se deshizo pronto por sí mismo. Y los predicadores, y nuevamente el mancebo Píone, y un cuñado de Masanielo fuéron aquella noche arrestados, y conducidos con sigilo á Castilnovo, de donde no volvieron á salir ⁴.

En todos estos alborotos tomaba parte mas ó

⁴ De Santis. — Capecelatro, MS. — Raph. de Turris.

ménos, según se lo aconsejaba su sagacidad, José Palumbo, que nunca quiso figurar en primer término, contentándose con el mando de un barrio, y con ejercer una secundaria influencia. El que desde la muerte de Masanielo ambicionaba ardientemente sucederle, y ser cabeza suprema de la sublevación, era el maestro arcabucero Genaro Anese. Pero aunque contaba con muchos partidarios, no había podido conseguirlo, y se sujetó de malísima gana al general Toraldo y á su teniente Désio; conservando empero con casi absoluto dominio el mando del torreón del Carmen, ciudadela del populacho, y el gobierno del barrio del Lavinaro, foco permanente de alborotos. Este hombre aunque cobarde audacísimo, era el que con más calor se oponía á todo avenimiento, sembrando las noticias más alarmadoras, y las especies más á propósito para desacreditar á Toraldo, á Désio y á los jefes populares que propendían á la paz y al orden. Y espiando continuamente las ocasiones de alborotar, la encontró muy oportuna el día 30 de setiembre.

Habíase ya negado á dejar trasladar la exorbitante cantidad de pólvora, que con peligro del fuerte y de los barrios circunvecinos estaba depositada en el torreón del Carmen, á los almacenes y castillos. Y como aquella mañana, por disposición del capitán general del pueblo, y del electo Arpaya, se condujese una gran cantidad de ella

á Santelmo, Annese levantó el barrio del Lavinaro, y con la gente mas perdida de él atacó la reuca que conducia la pólvora, y dispersando la escolta, se la trajo á su torreón. La noticia de este atentado, que conmovió algun tanto la ciudad, llegó al convento de S. Agustin, donde Toraldo, su teniente Désio, el electo Arpaya, y otros jefes populares estaban en conferencia. Y Désio con el rostro encendido y ademán violento dijo á Toraldo... *¿A qué juego jugamos?.. ¿De qué sirve que los hombres de bien estemos aquí trabajando para asegurar la paz, si otros la rompen y atropellan con tanto descaro? Tales atentados merecen pronto escarmiento.*—D. Francisco Toraldo, conociendo lo nulo de su posición, se encogió de hombros y respondió: *El señor electo, que tiene mas autoridad que yo, puede tomar las disposiciones que juzgue mas oportunas.* Con lo que Arpaya enardecido y sin reflexionar lo que decia, ni delante de quien hablaba, se levantó exclamando: — *Hagamos matar á ese tunante. Yo por mí daré doscientos ducados al que nos haga tal servicio.* Y salió apresurado y resuelto como para evitar las consecuencias que podia tener aquel grave incidente.

En el mismo momento llegó por distinto lado á S. Agustin Genaro Annese, y al verlo Panarella, jefe del barrio de la Congeria, animado por las palabras del electo, y por el espíritu que reinaba en la junta, se arrojó á él con un puñal enarbo-

lado. Interpusiéronse algunos frailes, que evitaron el golpe, y fué tal el susto de Annese, que huyendo despavorido se ocultó en el coro detrás del órgano, y á poco rato saliendo por un postigo secreto se fué al barrio del Lavinaro, á pedir cumplida venganza. Corrió pronto la noticia de este suceso, y conociendo el electo que podia encontrar graves peligros en la plaza del mercado, adonde se encaminaba, mudó de rumbo y se fué al barrio de Sta. Lucía, que estaba á su devoción. Panarella, despechado de no haber asegurado el golpe, fué en su busca y le ofreció poner inmediatamente sobre las armas todo el distrito de la Congería, y atacar al del Lavinaro como hospedaje y asilo de la pillería que alteraba continuamente el reposo de la ciudad, y que imposibilitaba toda medida de orden. Désio que estaba presente lo aprobó, y marchó á levantar tambien con el mismo objeto los barrios altos.

Tocóse arma, resonaron las campanas á rebato, conmovióse la capital toda, y se puso en defensa el Lavinaro con Annese á la cabeza, ayudado de los barrios del Cármen y de la Marina, que hicieron causa comun; miéntras que el de la Congería con su jefe Panarella, y seguido del de las Vírgenes, San Juan, y Puerta Capuana, se preparaban al ataque con resolución. Prontos pues estaban á combatir y á destruirse entre sí los sublevados, dividida en bandos la ciudad, y decidido el que

capitaneaban Panarella y Désio, que era el mas granado y numeroso, á pasar á cuchillo á la pillería, y á destruir con fuego los barrios en que habitaba. Reinando tan ciego furor y tan enardecido encono entre ambas facciones, como si no fueran las mismas que pocos dias ántes formaban un solo cuerpo, peleando por la misma causa, y perpetrando crímenes tan horrendos.

Sabedor el duque de Arcos de lo que ocurría en la ciudad, creyó gozoso llegado el momento de su seguro triunfo. Y para caer oportunamente sobre el pueblo así dividido, asegurando una completa venganza, mandó poner á punto la artillería de los castillos, y preparar las guarniciones para hacer una repentina salida en la ocasion conveniente. Los barrios de la ciudad que no quisieron tomar parte en aquella lucha fratricida permanecieron tranquilos, aunque aprestando las armas para defensa propia, y para declararse á tiempo por el partido vencedor.

Iba la ciudad á inundarse de sangre. Ambas fracciones del pueblo napolitano marchaban ya á embestirse para empezar una lucha de exterminio, cuando el príncipe de Massa, D. Francisco Toraldo, guiado por los impulsos de su corazón benéfico y generoso, y sin mas objeto que el de impedir los desastres del inocente, corrió á probar fortuna y á meterse entre los opuestos y en-

carnizados bandos, para exhortarlos á la paz. Corrió á caballo al sitio en que casi comenzaba la pelea, y tuvo tan buena suerte, habló con tanta oportunidad, y se sirvió de tan buenos ayudadores, que logró muy pronto ser escuchado, y consiguió en pocos minutos conjurar y deshacer completamente aquella borrasca. Y llamando ante sí á Annese y á Panarella, les obligó á hacer las paces, abrazándose en presencia de todos, y á que mandaran retirarse en sosiego y dejar las armas á las encontradas turbas que capitaneaban.

Desconcertó al Virey este imprevisto desenlace de aquel drama que tan sangriento y espantoso habia aparecido. Y él y otros muchos hombres de Estado juzgaron que Toraldo habia cometido una gravísima falta, ora mirase por los intereses de la corona á quien decia servir, ora por los del pueblo sublevado á cuya cabeza se hallaba. Pues vencida la gentuza alborotadora del Lavinaro, como lo iba á ser sin remedio, se hubieran evitado los desórdenes y matanzas que sobrevinieron, y la ciudad de Nápoles; libre de la levadura de discordia y sin continuar en aquel estado horrendo de anarquía, hubiera conseguido el objeto de quedar libre de impuestos arbitrarios, y regida de la manera mas conveniente á sus verdaderos intereses. Y el mismo Toraldo obrando por el instinto de hombre de bien empeoró muchísimo su difícil po-

sicion. Pues se atrajo el ódio de los españoles y de los napolitanos que deseaban acabar con los motines, sin ganar ni el afecto ni la confianza de los alborotadores.

CAPITULO IX.

El dia siguiente 4.º de octubre de 1647 avisó al amanecer el castillo de Santelmo que una gruesa armada se descubria en el horizonte. No faltó quien temiese y quien esperase que fuera de franceses, y aun el mismo Virey estuvo dudoso. Pero muy pronto la bandera real enarbolada en el vigía, aseguró á todos que era española, la que ya entraba en el golfo de Nápoles con viento favorable y con mar bonancible. Cundio rápidamente la nueva por la ciudad, causando efectos diversos, y despertando temores y esperanzas, cubriéronse de curioso gentío playas, marinas, muelles y azoteas, para ver llegar aquellos bajeles, cuyo arribo debia producir tan importantes resultados. Una salva general de todos los castillos y fuertes, incluso el torreón del Cármen saludó la insignia real que tremolaba en la alta popa de la capitana. Y á media tarde fondearon majestuosamente enfrente de la

Marinela, bajo el cañon de Castelnovo, veinte y dos hermosas galeras, doce gruesas naves, y catorce barcos menores.

Don Juan de Austria, hijo natural de Felipe IV, jóven de diez y ocho años de edad, de gallarda presencia, benigno carácter, y capacidad precoz, era el general de aquellas fuerzas. Traia por director y consejero (bien que se habia quedado atras por los malos tiempos, y para recoger algunos bajeles que venian de Génova) al valiente caballero y experimentado marino D. Cárlos Dória, duque de Tursí, nieto del celebre Andrea, y padre de Gianetino, que mandaba las galeras napolitanas. Venían ademas con S. A. el duque de Gandía y el baron de Batteville, como consejeros, y un Gaspar Leguía como secretario ¹.

La llegada de tan gran príncipe causó un momentáneo movimiento de alegre entusiasmo en el pueblo de Nápoles, *sublevado* hasta entónces, pero no *rebelde*. Mas pronto se calmó para dar lugar á otros ménos favorables, que cuidaron de mantener y de acalorar los hombres desconfiados y recelosos, y los interesados en llevar las cosas mas adelante. Pues aunque temian que aquellas fuerzas, al parecer formidables con que contaban ya los españoles, pudiesen dificultar sus planes, esperaban mucho de los franceses, con quienes tenían muy adelantadas sus negociaciones.

¹. De Santis. — Capecelatro, MS.

El duque de Arcos aunque no muy contento de encontrarse con un personaje superior suyo en clase y en autoridad, cuando esperaba solo medios de ejercer sin límites la suya de Virey; disimuló sagazmente su disgusto, y trató de apoderarse del ánimo del jóven príncipe, para dominarlo, tener en él un escudo, y servirse de las fuerzas que traía para restablecer su dominio, y desquitarse con usura de las humillaciones á que le habian conducido su imprevisión primero, y luego su debilidad. Envió á felicitarle del feliz arribo á su yerno el marqués de Lombay; y poco despues al visitador general del reino, bien adestrado en las ideas que sagazmente debia sembrar en el recién llegado, acerca del estado del reino, y de las medidas de rigor que reclamaba. No hicieron gran mella en el ánimo de D. Juan de Austria estas insinuaciones, pues comparaba las fuerzas populares y el cuerpo que ya tenia la sublevación, de la que habia adquirido poco favorables noticias, con las fuerzas que traía á bordo, y que no pasaban de tres mil y quinientos infantes, formando cuatro tercios, tres de españoles y uno de napolitanos. Y seguimos en esta numeración al contemporáneo de Santis, y al maestro de campo Capecelatro, aunque autores posteriores, que han querido acaso aumentar la gloria de los triunfos del pueblo rebelde, acrecentando el número de las tropas que le combatian, afirman que pasaba

de seis mil hombres los que trajo la armada. Número siempre escaso para competir con mas de cincuenta mil, no ya tímidos paisanos, sino guerreros avezados á las armas, mandados con inteligencia, y sostenidos por circunstancias de mucha gravedad, y por el estado del reino todo.

Al anochecer fué el Virey en persona á visitar al príncipe, y cuidó de llevar adelante su plan, y de dar mas extension á las pláticas ya entabladas por su confidente el visitador. Halló á D. Juan frio y discursivo, y muy dudoso en el partido que debia adoptar. Pero le contó los hechos á su manera, y le pintó las circunstancias tan favorables, asegurando que todos los barones del reino, y mas de veinte mil paisanos bien organizados y dispuestos en la ciudad le darian inmediatamente apoyo, que el jóven príncipe y sus sesudos consejeros, quedaron casi convencidos de las razones del duque, decidiendo sin embargo que se obrara con mucho pulso, y que ántes de apelar á la fuerza, se apurasen los medios de prudencia y de conciliacion ¹.

Al dia siguiente reunió el Virey en Castelnovo á D. Francisco Toraldo, capitan general del pueblo, á su teniente Désio, á los electos y diputados de los sediles, al electo del pueblo, y á los jefes de los barrios, con otros ciudadanos de los mas

¹ De Santis.

influyentes. Y les manifestó que la escuadra española destinada á cruzar en el Mediterráneo para proteger y defender las costas, y perseguir á los piratas berberiscos, habia llegado por casualidad al puerto de Nápoles, sin mas objeto que el de refrescar víveres, y reparar las averías causadas por el último temporal de equinoccio, y de modo alguno para hostilizar á los napolitanos, de cuya lealtad y obediencia estaba tan seguro el Rey. Pero que viniendo de almirante de aquella escuadra un príncipe tan excelso, un hijo querido del soberano, y que miraba como hermanos á todos los súbditos de su padre, razon era obsequiarle y servirle como merecia, abastecer largamente sus bajeles, y separar de sus ojos todo resto de los pasados disturbios. Que debia pues convidársele á honrar con su presencia la ciudad el tiempo que necesitase para reponerse. Y que para que su venida á tierra fuese un nuevo vínculo de paz y de concordia, debia el pueblo deponer las armas, y si aun tenia mercedes que pedir ó reclamaciones que demandar hacerlo con toda confianza á tan excelso y benigno huésped, sin darse el aire de exigir las, porque no sería decoroso ni para la autoridad de tal personaje, ni para la reputacion de fiel y de leal de que gozaba la ciudad de Nápoles.—El discurso del Virey bien que muy estudiado, y sin la menor expresion que pudiese inspirar desconfianza ó herir la susceptibilidad de los su-

blevados, hizo muy mal efecto en la asamblea, por mas que Toraldo y los otros partidarios de los españoles trabajaron con el rostro y los ademanes para evitarlo. Y uno de los circunstantes poniéndose en pié, entre el murmullo general de descontento, manifestó con el rostro encendido y la voz alterada : que el pueblo no creia tan casual é inocente la llegada de la escuadra, ni tan bien dispuesto á su comandante. Que veia su perdicion en el momento de dejar las armas, como se le pedia. Y que asunto tan grave y trascendental no podia tratarse tan á la lijera, y que era preciso discutirlo y resolverlo en una asamblea general. Con esto se disolvió aquella reunion, quedando todos sospechosos y desabridos.

En seguida se convocó á otra mucho mas numerosa en el convento de S. Agustin, á que concurrieron todos los jefes populares y muchos habitantes de la ciudad de todos colores, y púsose sin preámbulo á discusion si debia ó no dejar las armas el pueblo, para recibir en la ciudad al señor D. Juan de Austria. Acaloradísimo fué el debate; hablóse largamente en pró y en contra. Las personas de responsabilidad, lastimadas de los pasados desórdenes, secundaron los deseos del Virey y de Toraldo. Las que miraban mas adelante, y debian á la sublevacion su importancia y engrandecimiento, se opusieron con sentidísimas razones, manifestando que sería el soltar las armas

entregarse á discrecion de enemigos poderosos y enconados ; y abastecer la armada , robustecer las fuerzas que los habian de destruir. Y prevaleciendo estas opiniones en la numerosa asamblea se decidió despues de largos discursos , que el pueblo se conservase armado , y que se enviaran diputados á cumplimentar y á regalar á S. A. *como deber de cortesía* , manifestándole las quejas y recelos que obligaban á los napolitanos á no depone-
ner las armas á sus piés.

No contentó á D. Francisco Toraldo semejante resolucion , y animado con el recuerdo del buen éxito que tuvieron dos dias ántes su presencia y sus palabras con las masas populares , montó á caballo , y ántes que se divulgara fué á recorrer los barrios bajos , para ver si podia sorprenderlos y hacerlos consentir en la deposicion de las armas. Empezó á trabajar con buenos auspicios á fuerza de arte y de buenas razones. Y ya dirigia la palabra á una masa considerable de pueblo que rodeaba su caballo , y que le oía con deferencia ; cuando le ocurrió en mal hora servirse inoportunamente de un argumento *ad terrorem* diciendo : que era ya preciso avenirse á un pacífico acomodo , por que sino la armada , que era la mas poderosa del mundo , podria muy fácilmente con una sola descarga de su artillería destruir la ciudad. Esta fanfarronada produjo grandes carcajadas y tras de ellas tal repentino furor en la turba , que

faltó muy poco para costarle caro al capitán general del pueblo.

También el Virey por otra parte, mientras valiéndose de la autoridad y astucia del consejero Miraballo negociaba con los barones y grandes señores que se reuniesen y armasen, quiso probar la mano, y envió emisarios por todos los barrios de la ciudad á predicar el desarme, revalidando las juradas capitulaciones, ofreciendo nuevas mercedes, y asegurando que pondría tan estrechos á los nobles, que nada tuviese que temer de ellos el pueblo. Pero tales mensajes hicieron corto efecto, y se llevó á cabo lo resuelto en San Agustín⁴.

⁴ De Santis. — Capecelatro. — Raph. de Turris.

CAPITULO X.

Al dia siguiente 3 de octubre fuéron á bordo los diputados del pueblo, para cumplimentar y regalar al jóven príncipe. Recibiólos este con grandes muestras de amor y de consideracion , admitiendo con cordialidad los refrescos abundantes y exquisitos que le presentaron. Manifestáronle humildemente el lastimoso estado de la ciudad, que habia tenido que apelar á las armas para libertarse de la total ruina á que la arrastraban , como al reino todo, los malos y codiciosos ministros , los insolentes y corrompidos nobles. Que por lo tanto no extrañara hallarlos con las armas en la mano, para defenderse de tales domésticos enemigos, pero de ningun modo para deservicio de S. M.

Eludió D. Juan sagazmente la cuestion , contestando con palabras generales ; y despidió á los diputados contentos y satisfechos de la gallarda presencia y noble discrecion de tan excelso príncipe.

Pero mientras esto pasaba en la nave real, en ella y en las demas de la escuadra se derramaron varias personas del pueblo, so pretesto de vender chucherias, frutas, pan fresco y otros regalos; y examinaron cuidadosamente el estado de los bajeles, sus provisiones y aprestos, y sobre todo el número de tropas que trasportaban. Y vueltos á tierra publicaron en los corrillos el mal estado de la armada, la escasez de sus recursos, y lo corto de las fuerzas que la tripulaban y guarnecian. Estas fidedignas noticias hicieron su efecto, y empezó á decirse en todas partes sin rebozo (como refieren De Santis y Capecelatro, contemporáneos) que la armada era una vejiga llena de viento. Con lo que levantaron cabeza todos aquellos que al ver aparecer tales fuerzas habian desmayado; y avergonzados de su infundado temor, volvieron mas feroces y encarnizados á oponerse á todo acomodoamiento.

Sin embargo los españoles, y todos los que tenían que lamentar alguna pérdida ó insulto en los pasados desórdenes, ponderaban lo oportuno y decisivo del socorro, y lo seguro de su resultado para obtener reparaciones y venganzas. Y nadie mas que el Virey, corto de vista en todas ocasiones, participaba de estas ideas, y ufano mas de lo que la prudencia dictaba, ensoberbecido mas de lo que su situacion permitia, y creyéndose ya omnipotente, no volvió á pensar en el Cardenal

arzobispo ni en lo mucho que hubiera valido su influencia, tantas veces puesta felizmente á prueba, en aquellas nuevas circunstancias. Pues sin contar para nada con él, y desdeñando sus relaciones, se dedicó exclusivamente á acalorar y organizar la nobleza en favor de sus planes de rompimiento y guerra; y á dominar el ánimo del Príncipe, para que sirviese de ciego instrumento á su venganza.

Entre tanto D. Francisco Toraldo, Désio y otros cabos populares, que deseaban de buena fe el restablecimiento del orden y de la autoridad legítima, y que, viendo mas claro que el Virey, no querian llevar las cosas al último extremo, prosiguieron en la reunion de San Agustin las negociaciones. Y lograron al cabo el que se decidiese en ella que dejase el pueblo las armas, depositadas en un almacén de la plaza de la Sellería, situada en el centro de la ciudad. Y que quedasen solo seis mil hombres armados, para defender las capitulaciones, y asegurarse contra alguna intentona de los nobles, ó algun rebato de los bandidos. Razonable y de muy buen acomodo parecia este partido, y el mismo Toraldo con otras personas de cuenta fué á bordo de la Real á dar parte al Sr. D. Juan de Austria de este acuerdo, que debia producir el mas feliz resultado. Recibiólos el Príncipe con benignidad y agasajo, y aunque no le disgustó el arreglo, como ya habian extraviado

su buen juicio, no se atrevió á resolver. Y contestando en términos generales, sin aceptar ni rechazar la propuesta, los despidió honrándolos y acariciándolos con cordialidad. Y despachó en seguida á su secretario Leguía á avisar de todo al Virey.

Este, no ya perplejo en sus decisiones y dócil á todas las exigencias, como lo era pocos dias ántes, sino resuelto, inexorable, decidió que no era de modo alguno acogible la proposicion de la junta de San Agustin. Porque seis mil hombres armados eran suficientes para ser dueños absolutos de Nápoles, é imposibilitar toda autoridad. Mas ó porque no podia ménos el Virey de manifestar siempre indecision, ó porque quiso obrar con mas apoyo, determinó tomar sin pérdida de tiempo consejo de personas sensatas para su definitiva resolucion. Ciertamente no comprendemos cómo el que queria con la fuerza de la armada poner en brida ciento cincuenta mil hombres aguerridos y ya en rebelion abierta, hallaba tanto peligro en solo seis mil, y despues de haber hecho el pueblo todo un acto positivo de sumision.

Celebró pues el duque de Arcos al dia siguiente una consulta poco numerosa, y á la que cuidó de convocar las personas que habian de apoyar su pensamiento. Pero no pudo eximirse de Cornelio Spínola, el negociante genoves, que como dejamos escrito, aconsejó tan á tiempo la abolicion de

fruta la gabela sobre la ~~Junta~~, origen de los acontecimientos que vamos narrando. Entablada la discusion, este hombre prudentísimo, que conoció la propension de la asamblea á adoptar medios violentos, manifestó con moderacion y gravedad que no los juzgaba convenientes, cuando se presentaban otros no despreciables. Que no era tan fácil como se suponía el sujetar á viva fuerza la sublevacion armada y aguerrida. Que los medios con que se contaba no eran bastantes para tan árdua empresa; pues aunque la artillería arrasase la ciudad, no se lograría mas que arruinar casas y palacios. Y en fin que el saber acomodarse á las circunstancias, y sacar partido del amor y del respeto que inspiraría la presencia del príncipe real podría tener mas ventajoso resultado. — El capitán de la guardia del Virey, que asistía á la junta, caballero español, jóven y acalorado, impaciente con el discurso del sesudo anciano; lo atajó con viveza diciendo: que la empresa no era tan difícil y costosa como la pintaba el miedo. Y que el humo de los cañonazos bastaba para acabar con la sublevacion. Que se recordara lo que habia sucedido en tiempo de D. Pedro de Toledo, cuando el tumulto contra la inquisicion. Y que bastaron entónces tres mil españoles para sujetar y escarmentar á Nápoles revuelta. — Repúsole Spínola con acento tranquilo y modesta sonrisa, que aquellos eran tiempos muy diferentes. Que en-

tónces vivia y reinaba un -Carlos V, de tanto prestigio en el mundo, que á su nombre solo se postraba el universo. Que entónces tenia la ciudad de Nápoles la cuarta parte de poblacion que al presente, y solo quince mil hombres sobre las armas. Los que fuéron vencidos no con tres mil, sino con diez mil españoles y cincuenta galeras. Y que á pesar de todo la inquisicion no se estableció¹.

O hicieron impresion en el ánimo del duque de Arcos las razones del Spínola, ó aunque ya resuelto y decidido por la guerra le asombró, como sucede á los caracteres débiles, su propia resolucion, y aun luchaba con el estorbo de la habitual perplejidad, pues disolvió la reunion sin que nada quedara decidido. Y dispuso que se celebrase otra muy numerosa en S. Agustin. En ella manifestó por medio de sus comisionados, que el príncipe hijo del Rey no podia ni debia venir á tierra hasta que los napolitanos todos depusiesen las armas á sus piés. Gran tormenta levantó en la asamblea esta manifestacion, que rechazaba completamente el medio conciliatorio propuesto al mismo príncipe; y entablóse una reñida y larga discusion. Los partidarios del Virey, apoyados por los que anhelaban reposo y tranquilidad á toda costa, juzgaron aceptable la condicion, aunque con ciertas cortapisas. Pero los que tenian intereses creados que

¹ Raph. de Turris.

sostener, ó justos temores que considerár, levantaron el grito en contra, apoyados y sostenidos por los revoltosos, y por el clamoreo de la turba popular, que circundaba el convento, clamando guerra y anhelando combatir. Dejó como astuto el teniente Désio desfogar la borrasca, y en un sa- gaz discurso, sin declararse partidario de unos ni de otros, y sin aceptar ni rechazar la proposicion del Virey, manifestó que era insostenible el estado á que habian llegado las cosas. Que no era decoroso tener al hijo del Rey relegado en los bajeles. Que el pueblo armado seguia cometiendo tropelías inau- ditas, y faltando abiertamente á la capitulacion. Que la insubordinacion de Genaro Annese y de otros cabos populares que seguian almacenando pólvora en el torreón del Cármen y trabajando en las fortificaciones, no se podia tolerar. Y que era necesario para el bien comun dar fin á tantos des- órdenes y avenirse á la razon. — No pudo aca- bar su discurso, que no dejaba de ir causando buen efecto. Las voces de Palumbo, Panarella, Cafiero y otros, que no solo con descompuestas palabras le interrumpieron, sino que le atacaron furiosos con dagas y puñales, le obligaron á po- nerse en salvo para huir de una muerte cierta. Re- fugióse en la sacristia, y alejóse luego de S. Agus- tin para ponerse á buen recaudo¹.

Otra reunion se verificó al anochecer en pala-

¹ De Santis.

cio presidida por el Virey, donde se mostró este mas conciliador y razonable de lo que solia, pero nada se resolvió en ella. Y en seguida en un consejo privado á que asistieron solo el general D. Vicente Tutlavilla, el visitador general del reino, el acalorado capitan de la guardia, y los pocos jefes populares de entera confianza, se volvió á ventilar el negocio, y se decidió definitivamente apelar á la fuerza. El duque creyó así á cubierto su responsabilidad, y para mas asegurarla hizo extender un acta prolija firmada por cuantos estaban presentes. Verificóse así, aunque Tutlavilla ántes de firmar expuso algunas juiciosas observaciones sobre lo poco que se debia fiar en las ofertas de los nobles, que contaban con escasos recursos, y que no tenian ya tanta influencia como se imaginaban, y sobre la poca fe que merecian las seguridades de los jefes populares, que brindaban con la cooperacion de una fuerza, que acaso no encontrarian disponible ni decidida en el momento del conflicto. No se tomaron en cuenta estas reflexiones, firmó pues el documento, y al hacerlo aconsejó que ántes de todo se asegurase la persona de Toraldo, porque iba á ser un obstáculo de mucha gravedad. Dijo el duque que Toraldo estaba ya escamado y sospechoso, y que sería difícil hacerse con él, porque no vendria ni al palacio ni al castillo aunque se le enviase á llamar. Replicó

Tutlavilla, que no se resistiria á ir á la nave real si el príncipe lo convocaba, y que podia arrestársele á bordo : debiéndose hacer lo mismo con el electo Arpaya, que fingiéndose partidario del órden y celoso servidor del Rey, era el que mas acaloraba la sublevacion, y el que mas imposibilitaba todo arreglo.

Determinado así fuéron á deshora á la Capitana el Virey y el visitador general, para obligar al príncipe á que llamase á Toraldo. Hizolo; mas este ó porque algun aviso secreto le advirtió del peligro, ó porque temió desconfiar al pueblo, que lo observaba cuidadoso, yéndose á bordo á tales horas, ó porque juzgó prudente evitar en aquellas difíciles circunstancias todo compromiso, no acudió al llamamiento. Entónces se trató decididamente de desembarco y de ataque, haciendo con pluma y papel mil soñados cálculos de las fuerzas populares que se unirian á las tropas, les guardarian las espaldas y asegurarian el triunfo. Con lo que D. Juan, jóven inexperto, y sus consejeros, no bien informados del estado de las cosas, accedieron completamente á los intentos del obcecado Virey. Decidióse pues que desembarcaran aquella misma noche con sigilo en el arsenal dos mil y quinientos hombres. Que el teniente Désio aprovechando los momentos avisase á los confidentes y partidarios, y aprestase con recato las fuerzas

populares que habian de ayudar á la operacion. Y que esperaran todos para obrar la señal que daría la torre del homenaje de Castelnovo, adonde se retiró el Virey ántes de amanecer, llevándose consigo al secretario de S. A.

CAPITULO XI.

No encontró Désio tan bien dispuestas como se creia las gentes con quienes se contaba. Y advirtió ademas que el pueblo, ó bien por instinto, ó por haber barruntado lo que ocurría, pasó la noche toda muy vigilante, fortificándose con zanjas y reparos, y acrecentando sin estrépito los repuestos de armas y de municiones. Estas noticias no agradaron mucho al Virey, y despertando algun tanto su perplejidad le obligaron á reunir nuevo consejo. Mas ya estaban las cosas muy adelantadas para retroceder, y se decidió llevar á ejecucion el proyectado y dispuesto ataque. Pero que ántes de romperse las hostilidades se atrajesen con cualquiera pretexto á Castelnovo al electo Arpaya, á los dos hermanos Cafieros, á Salvador Barone, al secretario de Pólito, á su sobrino Bautista, á su hijo Fray Hilario, á Gregorio Accietto, y á algunos otros de los que acaloraban al pueblo, y

que eran mas capaces de dirigirlo, y de tomar oportunas disposiciones de defensa. Envióseles astutos mensajeros, cayeron en el lazo, y se presentaron casi todos en el castillo. Ya estaba instalado en él (pues no se perdía el tiempo) el consejo de guerra que los debía juzgar: tomóseles declaracion sin demora. Confesaron aterrados y sin apremio, que á instigacion de Palumbo y de Genaro Annese, se disponian á sorprender la noche venidera los puestos altos de la ciudad, y á empezar desde ellos la agresion, combatiendo los castillos y cañoneando la armada. Y que hacia dias estaban en correspondencia con el marques de Fontenay, esperando una gruesa armada francesa. Convictos de traicion, fuéron inmediatamente sentenciados y condenados á muerte, y sin mas esperar ejecutados. Salvándose solo Fray Hilario Pólito, para tenerlo como en rehenes, y Francisco Arpaya. De este exigió en el acto el Virey, que como *Electo del pueblo* le pidiera en nombre de la ciudad la ocupacion á viva fuerza, cual único medio de restablecer en ella el órden y el sosiego. Resistióse el magistrado popular con una enerjía digna de un hombre de mejores antecedentes, á autorizar aquella agresion, que tenia todo el carácter de venganza. Y dice la historia, que indignado el Virey de aquella noble repulsa, prorumpió en frases y aun se propasó á acciones indignas de su alta jerarquía, de su madura edad, de su elevada po-

sicion. El pobre Arpaya fué sumido en un calabozo , trasladado despues á Cerdeña y de allí á España , donde un tribunal lo condenó al presidio de Oran , en el que murió á los pocos años⁴.

A media mañana del dia 5 de octubre , los caballos de un coche que estaba parado á la puerta de Castelnovo se dispararon , y corrieron desbocados y sin cochero hácia la calle de Toledo , atropellando á la multitud y causando espanto general , desórden y confusion. Aprovechando lo cual , mandó impetuosamente el Virey salir un tercio de españoles gritando : *Viva el Rey , vivan las gabelas*. Enarboló en la torre del homenaje la señal de arremeter , y en medio del trastorno general envió un mensaje al arzobispo , con quien para nada contaba hacia ya muchos dias , encargándole mandase inmediatamente manifestar en las iglesias el Santísimo Sacramento , y hacer rogativas por el buen éxito de las armas del Rey. Indignése el prelado , y contestó que jamas prostituiria así su santo ministerio , ni demandaria los socorros espirituales en favor de una venganza atroz é inaudita. Repulsa que no dejó de atemorizar al Duque , casi arrepentido , pero ya tarde , de su resolucion.

El pueblo , que aunque esperaba el ataque no lo creia tan inmediato , aterrado y sobrecogido huyó delante de aquellas fuerzas , que lo atropellaban todo. Y aunque acudió á la defensa de sus pue-

⁴ De Santis.

tos, lo hizo en desórden y con flojedad. Nuevas tropas españolas salieron del castillo, tras de las que marchaban triunfantes por la calle de Toledo. Y dividiéndose unas y otras en pelotones mandados por bizarrísimos oficiales, ejecutaron un plan muy bien combinado de antemano, atacando á un tiempo los puntos mas importantes de la ciudad, y apoderáronse de ellos con poca pérdida, y escasa resistencia. Las fosas del grano, el almacén de aceites, la aduana de la harina, el hospitaletto, la cartuja de San Martín y Pizzo Falcone, quedaron pronto en poder de los españoles, y los populares arrollados en todas partes, sin tener ya donde repararse y hacer resistencia; y habiendo perdido muchos de sus jefes, unos muertos en la refriega, otros apresados y conducidos á Castelnovo, como aconteció á Andrea Pólito, el famoso inventor de la mina de Santelmo, que fué inmediatamente ahorcado y expuesto su cadáver en las almenas¹, huían despechados sin saber cómo evitar su exterminio.

Pero las fuerzas españolas, tan escasas en número y esparcidas así por la ciudad, no tenían en ningun punto de ella gente bastante para extenderse por los barrios circunvecinos y darse la mano. Y quedando diseminadas y aisladas en los distintos puestos que habian ocupado, pensando solo en mantenerse en ellos, dieron tiempo para repo-

¹ De Santis. — Capecelatro, MS.

nerse de su primer espanto al pueblo, tan práctico ya en los combates, y para que con aquel aliento que da la desesperacion, tratara no solo de defenderse de tan inesperada acometida, sino de recuperar con un valor desesperado las ventajas que una sorpresa le acababa de quitar.

Tocóse á rebato en toda Nápoles, y toda ella se alzó como un solo hombre en defensa de sus hogares, ansiando venganza de sus opresores. Los mismos que, partidarios del orden y de la paz, se habian mostrado deseosos de un acomodamiento, volvieron indignados á las armas, y volaron á la pelea. Y aparecieron de repente, como si brotasen de la tierra, masas populares, unidas y resueltas, componiendo mas de cincuenta mil hombres bien armados y decididos, que cayeron de un golpe y á un tiempo resueltos á morir, sobre todos los puntos que con tanta facilidad habian ganado los españoles. Estos viéndose á su vez tan vigorosamente atacados y por tan considerable número de enemigos, se defendieron esforzadísimamente sin cejar un paso; pero con las señales convenidas pidieron socorro á Castelnovo. Mas ¿cómo podia mandárselo el Virey si habia dispuesto de todas las fuerzas, y no habia dejado ninguna reserva?... Envió orden á los castillos y á la armada para que rompiesen el fuego de cañon contra la ciudad. Encarnizadísima andaba la pelea. Santelmo, Castelnovo, Castel del Ovo, y las galeras avanzando so-

bre la playa de la Morinella, empezaron á jugar su artillería con un espantoso estruendo, que retumbando en torno esparcía el terror y la confusion por toda la comarca.

El Sr. D. Juan de Austria en el alcázar de la capitana, presenciaba con dolor el estrago. Y como viese en todas partes apretados á los españoles, sin ser socorridos ni ayudados por nadie, exclamó varias veces con desconsuelo. *¿Y dónde están los veinte mil hombres del pueblo, que debían ayudarnos? ¿Dónde están²?* Reconvencion amarga al Virey y á sus consejeros, que con falsos cálculos le habian decidido á un paso que repugnaba á su corazon.

Combatíase en toda la ciudad con tesón y encarnizamiento. Los españoles, aunque al cabo fueron arrojados de algunos puntos, resistian con valor heróico el empuje de las inmensas masas populares que los ahogaban. El pueblo irritado con la ruina que las balas y bombas causaban en el hermoso caserío, peleaba rabioso y sediento de sangre. En las fosas del grano fué donde la pugna estuvo mas empeñada. Dos veces perdieron y recobraron tan importante puesto los españoles, y al cabo quedó en poder de los napolitanos, que incendiaron el grano allí almacenado, no pudiéndolo retirar oportunamente².

El teniente Désio se habia quitado la máscara,

¹ De Santis.

² Capecelatro, MS. — Donzzelli.

y decidídose abiertamente por el Virey. Y con los poquísimos del pueblo, que aun seguian ciegamente la causa española, hizo prodigios de valor aquel dia, ocupando el barrio de Mortelle.

El fuego de la armada causaba gran daño en el barrio del Lavinaro, y en el Mandaracho. Pero la artillería del torreón del Cármen, donde mandaba Genaro Annese, causaba en las naves considerable avería. Y aunque D. Juan hizo desembarcar quinientos hombres, última fuerza que quedaba á bordo, para dar una arremetida á aquel fuerte, no consiguieron estos mas que aumentar la reputacion de su bizarría, teniéndose, con pérdida notable, que replegar al cabo sobre Castelnovo. Y los bajeles, ya desguarnecidos y muy mal parados, lo hicieron detras de Castel del Ovo, prosiguiendo desde allí á cubierto sus tiros contra el barrio y las marinas de Chiaya.

Mandaba aquel desastroso dia todas las fuerzas españolas el general de artillería Batteville, noble borgoñon¹, que como dejamos dicho habia venido acompañando al príncipe en calidad de consejero. Y no acertamos la causa por qué no las mandó en persona el mismo duque de Arcos, como parece que hubiera convenido mas á su reputacion; y las confió á este caballero, famoso militar sin duda, pero que no conocia la ciudad, ni el carácter peculiar de aquel género de guerra. La falta de es-

¹ Capecciatro, MS. — De Santis. — Agnello de la Porta, MS.

tos conocimientos indispensables aumentaron grandemente su embarazo, tanto que hallándose con un número de enemigos superior al que habia calculado, con continuos ataques mucho mas ordenados y rigurosos de lo que esperaba, y con tan escasas fuerzas diseminadas en posiciones que no conocia, se arrepintió de haberse fiado de los planes del Duque, y de haberse plegado á sus exigencias; por mas que como bueno, y apoyado en el esfuerzo y disciplina de sus tropas no cediese un punto, y corriendo de uno á otro lado con actividad suma tomase las mas acertadas disposiciones para no perder los puestos ocupados, y para recuperar los perdidos.

D. Francisco Toraldo en su anómala y delicadísima posicion, si de veras anhelaba la paz y el mejor servicio del Rey, como lo demostraba cumplidamente en las conferencias: trabada la lucha se dejaba llevar de su instinto de leal caballero y de valiente soldado, y dirigia las operaciones sin engañar á los que se habian puesto en sus manos. Y como militar entendido y experimentado ponía en muy duro aprieto á los españoles.

El continuo tronar de tanta artillería, el estallido de las bombas, el estruendo de los edificios que se desplomaban, las descargas continuas, la gritería de los combatientes, los lamentos de heridos y moribundos, los gemidos de niños, ancianos y mujeres que corrian, en medio de la matanza, de

peligro en peligro, buscando en vano donde refugiarse; el son espantoso de trompas y tambores, y el clamoreo de las campanas, formaban un espantosísimo rimbombe muchas leguas á la redonda, que aterró á los pueblos de la comarca, haciéndoles temer la destruccion completa de su hermosísima capital. En unos el terror obligó á decidirse por los españoles cuyo triunfo se juzgó asegurado. En otros, el patriotismo hizo empuñar las armas á sus habitantes, para volar denodados á socorrer á Nápoles, ó á perecer entre sus ruinas. Llegó tambien en pocas horas, si no el rumor, la noticia vaga é inexacta de lo que pasaba en la ciudad, á la de Benevento, donde los nobles de mas valía, entre ellos el famoso duque de Maddalone, reunidos bajo la inspiracion del consejero Miraballo, trataban de socorrer al Virey. Y reuniendo repentinamente las fuerzas allegadizas que habian levantado, y repartiéndose los mandos de ellas, salieron en campaña para cortar los víveres á la sublevacion, é impedir los socorros que de las provincias pudieran recibir. Y enviaron un mensaje al Virey, pidiéndole nombrase un general entendido, que los dirigiera y gobernara⁴.

Declinaba la tarde y continuaba mas encarnizada la pelea: en ambas partes se hacian portentos de valentía, sin decidirse por ninguna la victoria. Y ni las sombras de la noche, oscura y borrascosa,

⁴ Capecelatro, MS.—Parrino.

pusieron término al combate y á la matanza. Habiendo sido aquel funesto dia uno de los mas espantosos que ha pasado ciudad alguna, y en que á mas alto punto haya llegado la furia y la tenacidad de encarnizados enemigos.

CAPITULO XII.

Continuó al siguiente la pelea con el mismo ardor, con la misma incierta fortuna. El pueblo, reforzado con gente armada de los lugares circunvecinos, que habian abrazado resueltos, por un instinto vago de nacionalidad, el partido de la sublevacion, se habia engrosado considerablemente. Y para asegurarse el dominio de una parte de la ciudad, determinó apoderarse del importante puesto de Jesus-María, donde se habian hecho firmes los españoles. Arriesgada y difícil era la empresa. Pero como las fuerzas populares estaban muy bien dirigidas por viejos soldados napolitanos que, sirviendo al Rey en Flándes, en Lombardía y hasta en América, se habian acostumbrado á la guerra y conocian todas las reglas del arte, ningun riesgo ni dificultad las arredraba. Multiplicaron con denuedo y resolucion los ataques á aquel punto fortificado, embistiéndolo con maestría suma; pero

siempre se estrellaron en el valor de los defensores. Buscábase un medio de llevar á cabo el intento, y D. Francisco Toraldo propuso la construcción de un mantelete con ruedas que facilitara la operacion. Hízose á toda priesa, pero resultando pesado, embarazoso y de mal efecto, se alborotó el pueblo, diciendo que era traicion del general para entretenerlo, y dar respiro á los enemigos. Acaloraron la idea los que miraban de mal ojo á Toraldo. Y se dispuso tumultuosamente, ya que no deponerlo como algunos exigian, darle por teniente, ó con este nombre por verdadero superior, un hombre de mas confianza. Y quedó elegido teniente de maestre de campo general, puesto vacante por la abierta defeccion de Desio, Jerónimo Donnarumma, vendedor de hortaliza y pariente de Masanielo⁴.

Desistióse por entónces del ataque á Jesus-María, pero lo fuéron otros puestos tambien de importancia: unos resistieron gallardamente, otros, siendo en vano la mas obstinada defensa, tuvieron que rendirse, y los prisioneros fuéron bárbaramente despedazados por el pueblo, indignado mas que atemorizado con el bombardeo de la ciudad, que no cesaba un momento.

El dia 7, queriendo Donnarumma acreditar su aptitud para el mando, determinó atacar la aduana de la harina, ocupada desde el principio por

⁴ De Santis.

los españoles, y fortificada con una estacada, un pequeño foso y parapetos de fagina. Mas conociendo la dificultad de sobrepajar estos reparos al descubierto, inventó la siguiente estratagema. Reunió un gran número de búfalos montaraces, y acosados y mordidos por perros de presa los encaminó de modo que derribando ciegos las estacas, salvando el foso y descomponiendo el parapeto, desordenasen la tropa. Y lo consiguió todo como se había propuesto, arremetiendo denodadamente detras de aquellos animales feroces, y apoderándose del punto sin dificultad. Grande fué la matanza de españoles en él, y los pocos que salvaron la vida lo debieron á que, tirándose á la mar, ganaron á nado el castillo¹.

Despechado el Virey con esta desgracia ocurrida delante de sus ojos, mandó salir la escasísima guarnicion de Castelnovo; para recobrar aquel importante puesto y escarmentar á los vencedores. Pero muy luego tuvo que retroceder con pérdida considerable, porque el pueblo apoderado de las casas vecinas, les atajó el paso con un fuego muy nutrido de los balcones y azoteas.

Aquel dia recibió la sublevacion considerables refuerzos de la Cava, Nocera, Paganí, y San Severino; pero los que venian de otras ciudades mas lejanas fuéron detenidos por la caballería de los nobles, que corria la campaña.

¹ Capecelatro, MS. — De Santis. — Raph. de Turris.

El cansancio iba haciendo ya no tan activa la pelea. Y D. Francisco Toraldo despechado y confuso con el desaire que le habia hecho el pueblo, dándole un teniente ó mas bien un superior, de condicion tan baja y humilde como Donnarumma, no deseaba mas que el término de aquella confusion. Y despues de recobrar por medio de sus amigos y parciales alguna parte de su pasada influencia, recordando la lealtad, bizarría é inteligencia con que habia dirigido el primer dia las operaciones, aprovechó aquel momento en que, necesitando ya todos de algun reposo, se combatia con flojedad, proponiendo que se pidiera una tregua de seis dias al Virey, para reponerse algun tanto, y buscar aun si era posible algun medio de honrosa conciliacion. Era tan grande la fatiga general y la necesidad de respiro, que no fué mal acogida la propuesta. Y aprovechando la buena disposicion del momento, fué Octavio Marchesse á negociar á Castelnovo.

El duque de Arcos, siempre tan inexorable cuando se creia con ventajas, cuanto débil y complaciente cuando se creia sin ellas; y obcecado, desde que empezaron á combatirlo tan extraños sucesos, á tal punto que jamas juzgó con acierto las circunstancias, equivocando siempre sus resoluciones todas; juzgó á pesar de la situacion en que veia la ciudad y el reino, de la escasez de sus tropas, y del mal estado de su inconsiderada

empresa, que la propuesta de tregua era indicio de debilidad y de desfallecimiento. Y dando nuevo pábulo á sus descabelladas esperanzas, creyó que aquel era el tiempo de seguir impertérrito su malhadado plan, con la seguridad del triunfo. Y negóse, pues, á toda habla de acomodamiento, mandó redoblar el fuego de los castillos, y tentar nuevos ataques y embestidas á los puntos reconquistados por el pueblo. Afligido Marchesse con el mal éxito de su comision iba á retirarse, pero fué detenido y preso, por haberse encargado de ella¹.

Abiertas con nuevo furor las hostilidades, arrojó el pueblo del puesto de los Estudios á las tropas tudescas que lo guarnecian; y revolvió sobre el monasterio de San Sebastian para hacer lo mismo con las españolas. Heróica fué la defensa que estas hicieron. Pero era tal la multitud resuelta que daba el asalto, y tan repetidos y vigorosos los ataques, que al cabo se apoderaron los napolitanos de la parte baja del edificio, quedando los españoles en el piso principal, y continuando así por muchas horas la pelea. Escena muy repetida modernamente en la inmortal Zaragoza, cuando la sitiaron los franceses en la gloriosa guerra de la Independencia.

Raros sonaban ya los gritos de *viva el Rey de España*. Y como algunos jefes del pueblo, oyéndolos aun en medio del combate, manifestaron que

¹ Raph. de Turris. — Agnello de la Porta, MS.

era absurdo gritar *viva el Rey*, y pelear con sus tropas, y cañonear sus bajeles, y desafiar sus estandartes; cesaron del todo aquellas aclamaciones, se abatieron las banderas en que habia armas reales de España, y empezó, cundiendo con suma rapidez y aplauso, el grito de *viva el pueblo y San Pedro*.

Mucho agradó el cambio al cardenal Filomarino: se aprovechó de él para ganar partidarios al Papa, recordando su soberanía. Y escribió á Roma muy satisfecho, y (nos duele el decirlo) pidiendo el nombramiento de capitán general del reino¹. No agradó este incidente al Padre Santo, que queria conservar á toda costa el Estado de Nápoles bajo el dominio de España, temiendo que cayese en manos de los franceses. Desaprobó el celo del prelado y le dió órdenes terminantes, no solo de trabajar activamente en evitar todo personal compromiso, sino de rechazar cualquiera propuesta de sumision que intentase hacerle el pueblo.

Los nuevos brios que iba adquiriendo la sublevacion, ya tornada en rebelion descarada con este completo alejamiento de los principios de lealtad y de amor al Rey, hasta entónces nunca conculcados; el ver que sin esperanzas de socorro, y con las pocas y fatigadas fuerzas que le obedecian

¹ De Santis. — Comte de Modéne MS. — Donzellì, MS.

no era fácil salir adelante de tanto apuro; el conocer que ni los castillos, ni las naves podían causar ya mas estrago en la ciudad; y el encontrarse apretado con las exigencias de la escuadra que pedía víveres y municiones, escasísimas ya para todos, amilanaron el ánimo del Virey, que abriendo aunque tarde los ojos conoció sus desaciertos, y lo mal que había hecho en no conceder la tregua que había el mismo pueblo solicitado. Pero como era su estrella la de no acertar nunca en sus resoluciones, se le ocurrió la peregrina idea de pedirla él á su turno, creyendo que la obtendría con facilidad, y que con ella ganaría tiempo para obrar segun las circunstancias se presentasen.

Escribió pues un billete lleno de ofertas y de palabras blandas, como solia, á D. Francisco Torraldo, haciéndole la proposicion. Recibiólo este general en el momento en que acertadamente dirigia la construccion de una trinchera en la plaza del Puerto, con que combatir á Castelnovo. Y para demostrar al pueblo que lo circundaba, su lealtad y buena fe, lo mandó abrir y leer en público. Indignada la muchedumbre con la petición de tregua tan inoportuna, hecha por el mismo que la había rechazado el dia anterior, y juzgándola tambien á su vez indicio de debilidad, respondió con el grito unánime de guerra, y arboló en el torreón del Cármen una bandera encarnada, por la que

conoció el pobre duque de Arcos el mal éxito de su inconsiderada tentativa ¹.

Grande empeño tenia el pueblo en desalojar á las tropas que se habian fortificado en la iglesia de Santa Clara, punto céntrico de la ciudad. Y construyó con acierto una trinchera en la calle de Torcella, y unos carros fuertes con artillería, cubiertos de gruesos tablones, para aproximarse sin riesgo de las nutridas descargas de la certera arcabucearía española. Y despues de un tenaz ataque y de una obstinadísima resistencia, los soldados españoles, faltos enteramente de municiones, tuvieron que rendirse, y fuéron inhumanamente hechos pedazos por la muchedumbre enfurecida.

Esta pérdida lamentable fué seguida de otra tambien de consideracion. Escaseando los víveres en todos los castillos, mandó el Virey que fuese una galera á la torre del Greco, para recoger grano y harinas de aquellos molinos; en la que, y al llegar á las playas de Resina, se rebeló la chusma, embistió en tierra y rompió sus hierros. El comandante y algunos hombres de mar, no pudiendo poner remedio, se salvaron con gran peligro, arrojándose en el esquife y huyendo en él á fuerza de remos á Castelnovo, miéntras el paisanaje acudiendo á la playa y entrando en el mar con el agua á la cintura, recibió en los brazos con el mayor entusiasmo

¹ De Santis. — Raph. de Turris.

á los galeotes, y quemó el casco, no siendo posible desencallarlos; pero retirando ántes la artillería que fué con gran algazara conducida en triunfo al torreón del Cármen⁴.

⁴ De Santis. — Capecelatro, MS.

CAPITULO XIII.

Desesperado el Virey con tanto descalabro, se echó en brazos de la nobleza, buscando en ella socorro y sosten. Envió emisarios á Cápua, donde estaba Miraballo, y con él el duque de Maddalonne, el príncipe de la Torella, el duque de Gravina y otros señores, reuniendo nuevas fuerzas de sus vasallos y de los bandidos. Y les mandó no abandonar la campaña, procurar víveres á los castillos, y continuar cortando los de los rebeldes, é impidiendo que les llegasen socorros y refuerzos de las provincias.

Entre tanto el fuego de los castillos empezaba á ser mas lento, por la escasez de municiones, y por el poquísimo efecto que causaba ya en los sublevados. Pero los combates parciales eran continuos, y mucha la sangre que de una parte y otra se deramaba. Violentó el pueblo la cárcel de la Vicaría, hasta entónces respetada. Quemó el archivo

del real patrimonio, y dió libertad á los presos por tratos con la Francia. Hallábase entre ellos un hombre audacísimo, llamado Luis del Ferro; al cual, con otros partidarios de los franceses, se le ocurrió levantar en la plaza del mercado un trono, y colocar en él el retrato del Rey Cristianísimo. No habian llegado las cosas al punto de madurez necesario para esta demostracion harto significativa, y produjo un efecto contrario al que se habian propuesto sus inventores; pues si una osada cuadrilla prevenida de antemano, corrió á victorear al monarca frances, otra no pequeña corrió á derribar el trono y el retrato, como se verificó, no sin derramamiento de sangre de unos y de otros, quedando tranquila espectadora de aquella parcial contienda la masa popular⁴. Este acontecimiento le pareció al Virey que demostraba no haber perdido aun el pueblo napolitano su adhesion á la corona de España, y que ofrecia por lo tanto ocasion oportuna para tentar de nuevo la via de la negociacion. Y pidió inmediatamente al Sr. D. Juan que escribiera al pueblo dándole las gracias por aquella muestra de lealtad, lo que el príncipe no verificó entónces, y él lo hizo á Toraldo con proposiciones nuevas de acomodamiento. La respuesta que tuvo fué ver enarbolar un estandarte negro en el torreón del Cármen, y renovarse con gran furia el ataque simultáneo de todos los puntos ocu-

⁴ De Santis. — Donzzelli, MS.

pados por las tropas, llevando el pueblo á su frente por bandera la camisa ensangrentada de un español de cuenta, que acababan de asesinar.

Afligido el ánimo generoso del jóven D. Juan de Austria, y disgustado de las escenas de sangre y de destruccion que presenciaba; desabridísimo con el duque de Arcos, que con sus falsas relaciones y apasionados consejos le habia comprometido á usar de sus fuerzas físicas y morales para verlas desairadas; viendo consumidas casi sus municiones, escasísimos de víveres sus marineros, rendidas de cansancio las chusmas, muy averiados sus bajeles; resolvió retirarse á la bahía de Baya, detras del monte Posilipo. Verificólo sin mas consulta, con gran despecho del Virey, á quien dejó solo las galeras de Giannetin Dorría, fondeadas al abrigo de Castelnuovo, y dos naves armadas que en las playas de Resina trataban de vengar el incendio de la galera sublevada.

La ausencia de la escuadra hizo el debido efecto en el pueblo, por mas que el Virey trató de divulgar que no era mas que una manifestacion del deseo de que cesasen las hostilidades; pero que volveria muy pronto mas terrible y asoladora, si las cosas no se mejoraban. Los sublevados cobraron nuevo brio, y se arrojaron, no teniendo ya que temer en la marina, á embestir la trinchera de Monserrate, que defendia la aproximacion á Castelnuovo. Guarnecíanla como punto importantí-

simo , ochenta ilustres caballeros escogidos , cuarenta españoles y cuarenta napolitanos. D. Francisco Toraldo , que ya se habia podido sobreponer á Donnarumma , dirigió en persona el ataque con pericia y con valor. Pero los que defendian la trinchera lo hicieron con tanta bizarría y resolucion , que rechazaron constantemente á las tropas populares , causándoles una pérdida horrorosa. Este descalabro fué juzgado por los sublevados traicion de su caudillo. Lo atropellaron y llevaron casi como preso abrumado de insultos y de amenazas á la plaza del Mercado , donde hubiera perdido violentamente la vida á manos de aquellos furiosos , sin los esfuerzos de sus amigos y parciales , que consiguieron apaciguar un tanto al embravecido populacho. El angustiado Toraldo , cuya posicion era harto lastimosa , quiso hacer allí mismo dimision del generalato. Pero los mismos que pocos minutos ántes lo iban á despedazar , se opusieron con la misma violencia á su renuncia del mando. Con lo que rogó al pueblo que á lo ménos le dieran algunas personas que mereciesen la confianza general para servirle no solo de consejeros , sino de testigos y hasta de espías de su conducta leal. Fué complacido en esto , y nombráronse por tumultuosa eleccion cuatro plebeyos de los mas exagerados , para servirle de consultores⁴.

Aquel dia se cometieron algunos asesinatos , so

⁴ De Santis. — Raph. de Turris.

pretexto de castigar traidores que andaban en tratos para vender la ciudad á los españoles. Y tambien fué asaltado el convento de Jesuitas, profanando la iglesia, y muertos á puñaladas varios religiosos. Y hubieran sido mayores el escándalo y la matanza, si el arzobispo cardenal no hubiese acudido á contener, con riesgo de su persona, á los furiosos que perpetraban tan horrendos crímenes.

Continuaban en tanto los ataques á las obras avanzadas de los castillos, y á los demas puestos que con tanta fatiga y gloria mantenian los españoles, sin esperanza de socorro, escasos ya de municiones, faltos absolutamente de víveres, y abrumados de cansancio. Volvió á jugar su artillería Castelnovo, sin mas efecto que el de derribar algunas casas, que quedaban en pié, de la calle del Olmo. Y viendo el Virey que el pueblo no amansaba, y que la fuerza española con una constancia heróica se consumia en hazañas sin resultado; quiso terminar tan angustiosa situacion, y se dirigió al ofendido cardenal Filomarino rogándole humildemente, que se pusiera de nuevo de acuerdo con él, y desplegara de nuevo su poderosa influencia y los recursos de su ministerio, para calmar el furor de los napolitanos y persuadirles á aceptar una honrosa capitulacion. Rechazó con entereza el prelado este mensaje, diciendo: «Que no se maravillaba de que quien habia perdido el reino con su

mala fe, tuviera en tan poco el decoro de la Iglesia, que quisiera comprometerla de nuevo, después de haberla obligado á comparecer á los ojos del pueblo como engañadora y perjura¹ ». E indignó tanto esta respuesta al Virey, que ciego de cólera mandó inmediatamente asestar la artillería contra el palacio arzobispal, y destruirlo. Y solo el prudente Spinola, que se hallaba presente, y que sobornó con disimulo á los artilleros para que hicieran mal la puntería, salvó al duque de un crimen inútil y de una venganza insensata².

Llegaron comisionados de los barones que, teniendo por cuartel general á Cápua, corrían las avenidas de la ciudad, para ponerse de acuerdo con el príncipe D. Juan, y tomar sus órdenes. Pero este, que confiaba poco en su socorro, y que solo deseaba ardientemente no continuar aquella guerra desastrosa é interminable, procurando una paz honrosa para la tranquilidad de aquel infeliz reino, los envió á entenderse con el Virey. Pidieron á este nuevas instrucciones, y sobre todo que les diera un caudillo que los dirigiese y mandase; y el Duque eligió para ello á D. Carlos de la Gaeta. Mas como se resistiese este entendido militar á aceptar el cargo, lo confió al general Tuttavilla. El cual autorizado con el correspondiente nombramiento³, marchó inmediatamente con dos galeras

¹ De Santis. — Raph. de Turris.

² De Santis.

³ Véase el apéndice al núm. 17.

á Baya, para ir desde allí, con setenta españoles, cincuenta alemanes y sesenta caballos borgoñones, á Aversa y Cápua, probando de pasada, con la gente de guerra de Puzzoli, que se mantenía leal, si podía apoderarse de la gruta de Posilipo, ocupada por los sublevados, y abrir un camino de abastecer las tropas y las fortalezas. No logró esta empresa porque encontró con mas oposicion de la que se había calculado, y marchó sin tardanza en busca de los barones, acompañándolo algunos caballeros.

En tanto el Sr. D. Juan, deseoso de entablar por sí mismo y directamente negociaciones de acomodamiento, se valió del cura párroco Arinollo, para escribir á Toraldo, tomando por pretexto el desaire que los napolitanos habían hecho al retrato del rey de Francia, una carta muy afectuosa ¹, y dando márgen con sencillas ofertas á una aceptable capitulacion. El capitan general de los sublevados la leyó á los cabos populares; y en su acuerdo contestó respetuosamente ², pero sin comprometerse á nada, manifestando harto que la desconfianza con que todos le miraban le ataba las manos para todo. Pero de esta correspondencia resultaron nuevas reuniones populares propendiendo á un ajuste, y el que se cruzaran, con un seguro que dió el Príncipe ³, varios mensajeros de la plaza

¹ Apéndice, véase el núm. 18.

² Ibidem, núm. 19.

³ Ibidem, núm. 20.

del Mercado á Baya , haciendo diversas propuestas. Redujéronse todas , por parte de los napolitanos á que S. A. tomara el mando del reino , confirmando las capitulaciones juradas por el duque de Arcos ; y entregando al pueblo el castillo de Santelmo. Esta exigencia imposibilitaba todo acomodo. Pues si á todas las demas , por exageradas que fuesen , se prestaba el Príncipe anhelando la conciliacion , de ningun modo podia acceder á que el pueblo se apoderara de tan importantísima fortaleza. Rota pues la negociacion , por esta causa creció la rabia de los sublevados. Revocaron con público bando la concesion del tributo de quince carlines por hogar , decretada , como dijimos , el dia que se juró la capitulacion adicional. Declararon en forma solemne guerra á muerte á España y á sus valedores. Mandaron tomar las armas á todos los habitantes del reino. Tornaron con nuevo furor á atacar los puntos fortificados. Y advertidos de que los nobles andaban ya en campaña , publicaron de ellos una lista de proscripcion , poniendo á talla sus cabezas ; y circulando por las provincias órdenes terminantes para que los persiguiesen y exterminasen , imponiendo la pena de incendio á los lugares y aldeas que los admitiesen sin resistencia.

Al mismo tiempo , desconfiado siempre el pueblo del general Toraldo , por mas que en las operaciones militares lo dirigia con acierto , y disgustado

ya de Donnarumma, ignorantísimo en la guerra, y cuyos recursos de entendido capitán se agotaron con la estratagema de los búfalos; quiso poner en su lugar un soldado experto en el arte y capaz de dirigir las operaciones complicadas de ataque y defensa en regla, á que estaba ya reducida la pelea en las calles de la capital. Puso los ojos la muchedumbre en Marco Antonio Brancaccio, que aunque pasaba de setenta y cinco años conservaba todo el vigor de la edad juvenil, y una justa reputación de militar científico y arrojado, adquirida bajo las banderas venecianas, siendo además conocido por su odio acérrimo á los españoles. Reuniéronse pues los sediles, y por unanimidad fué elegido maestro de campo general.

Recibió D. Francisco Toraldo este nuevo desaire con gran despecho. Pues si le mortificó la anterior elección de Donnarumma, por lo zafio y humilde del compañero, ó por mejor decir, simulado superior que le daba el desconfiado pueblo; ahora le humillaba la elección de un caballero igual suyo, y mas entendido en el mando de la milicia, y en las operaciones científicas de la guerra.

Brancaccio se resistió á aceptar el nuevo cargo, diciendo abiertamente que no quería ponerse á la cabeza de una sublevación, que segun el rumbo que llevaba habia de concluir tarde ó temprano en un acomodamiento con los españoles, que ejer-

cerian á mansalva crueles venganzas. Pero como le asegurasen en unánimè voz los que le eligieron, que jamas, jamas llegaria tal avenencia, y que ya se combatia para sacudir el yugo extranjero, admitió el mando, y empezó á ejercerlo con suma enerjía ¹.

Como hubiesen vuelto á resonar, aunque rara vez, los gritos de *viva el Rey de España*, ya por la fuerza de la costumbre, ya por sugestion de los partidarios de la casa de Austria, reforzó Brancaccio las razones que militaban contra tan absurda aclamacion contradicha con los hechos, y la prohibió con severas penas. Mandó abatir en todos los edificios públicos las armas reales, y ponderó en continuas peroratas la ventaja de establecerse en república libre é independiente. Muy bien acogidas fuéron sus indicaciones; y aunque sin preceder acuerdo formal ni declaracion en regla de tan importante mudanza, empezó á mirarse la ciudad como cabeza de la república napolitana. Y se acordó en la junta popular la redaccion de un documento muy curioso, titulado : *Manifiesto del pueblo*, que se esparció por toda Europa, y que se envió oficialmente á diferentes gobiernos.

Mucho alarmó á Toraldo el supremo ascendiente que tomaba el maestro general Brancaccio, y el giro que, sin contar para nada con él, que al cabo era de derecho la suprema autoridad, iba dando

¹ De Santis. — Capecelatro, MS. — Comte de Modène.

á la sublevacion. Pero, conociendo su debilidad, trató de contemporizar, y de procurar, valido de sus amigos y parciales, que aun eran muchos, balancear y entorpecer los osados proyectos de su rival, y cada dia era mas embarazosa su posicion. D. Juan de Austria lo miraba como enemigo; el Virey como hombre despreciable y de fe dudosa; los nobles como desertor; los amantes de la paz como inútil para obtenerla; el pueblo como traidor solapado, y encubierto instrumento de sus opresores; y hasta sus mismos partidarios como demasiado blando y contemporizador; triste y merecida suerte de los que en las discordias civiles quieren servir á todos los partidos á un tiempo, y contemporizar con encontrados intereses con la vana esperanza de concertarlos.

CAPITULO XIV.

Antes de llegar el general Tuttavilla á la ciudad de Aversa, salieron, sabedores de su venida, á recibirle los principales nobles, que con sus fuerzas colecticias y de toda broza le esperaban para regularizar la guerra. Y despues de conferenciar largamente con ellos, y de inculcarles la necesidad de disciplinar su gente, de procurar socorros á los españoles apretadísimos en los castillos y puestos; designó á cada cual el que debia ocupar y sostener; y reuniendo lo mas granado de aquellas fuerzas, revolvió sobre Nápoles para apoderarse del Vómero, como tenia determinado.

Cada dia escaseaban mas los víveres á las tropas reales. Y habiéndose apoderado el pueblo de los molinos de la torre de la Anunciata, que estaban defendidos por solo cincuenta soldados tudescos, temió el Virey que corrieran la misma suerte los de Castellamare y Graguano, y expidió título

de gobernador de aquella costa á D. Pedro Caratta, dándole el mando de cien infantes españoles y de sesenta caballos napolitanos, fuerzas, aunque escasas, suficientes para rechazar toda invasion, pues eran tropas escogidas, y militaban en ellas el marques de Trévico, Bautista Alberico, Alejandro Caraciolo, el conde de Oppido, y otros soldados de reputacion.

Tambien envió á Puzzol una galera para llevar á Tuttavilla algunos cañones que habia pedido, y dos mil ducados en metálico para compra de vituallas. Hallóse oportunamente el general con este auxilio, cuando volvió de su entrevista con los barones. Y como en su marcha hubiese sorprendido una piara de vacas de carne, pertenecientes á un carnicero de Nápoles de los mas revoltosos, y un almacen de pipas de vino, escalado en medio de un espeso bosque; envió uno y otro á Castelnovo, y además gran cantidad de harina, que le habia procurado el duque de Maddalone. Socorro de gran consideracion en aquellas circunstancias, que dió gran fama al general Tuttavilla, y que restauró el abatido ánimo del Virey, y las casi postradas fuerzas de los valerosos españoles que en mal hora le obedecian.

El nuevo maestre de campo Brancaccio quiso estrenarse dando una arremetida general á todos los barrios sostenidos por los españoles; pero fué en todos completamente rechazado, lo que le hizo

perder un poco su popularidad, y que renaciera la de Toraldo. Este triunfo animó mucho al Virey, coincidiendo con el arribo á Baya de el duque de Tuosi, de quien ya hemos hecho mencion, que trajo algunas galeras que habian estado detenidas en Génova, temerosas de dar en manos de los cruceros franceses. Pero esta llegada no proporcionó socorro alguno, tanto porque no venian tropas de desembarco en dichas galeras, cuanto porque el personaje genoves se reunió inmediatamente con el príncipe, desaprobando cuanto se hacia en Nápoles, y lamentándose de no haber llegado á tiempo de impedir, con la autoridad de sus consejos, desaciertos tan trascendentales.

Quiso probar nuevamente fortuna Brancaccio atacando el puesto de San Carlos de Mortelle, y consiguió un nuevo descalabro. Los vecinos acomodados del barrio ayudaron á las tropas reales, y estas pelearon con tanta decision, que las masas populares fuéron rechazadas con espantosa pérdida ⁴. Igual suerte corrieron seiscientos napolitanos escogidos, que llevando á su cabeza el carnicero aquel que cortó la del desventurado D. José Caratta, atacaron con ímpetu el puesto de Puerta Medina. Quince españoles solos que la defendian, sin armas de fuego, ni otras que espada y pica, opusieron á la masa popular tan de-

⁴ Capecelatro, MS.

nodada resistencia, causándole tan horrendo estrago, que la rechazaron y desbarataron completamente, conservando aquel puesto importante (como dice de Santis, historiador contemporáneo y no muy favorable), con inmortal gloria de ellos y de la nacion española.

Los descalabros sufridos en la ciudad no desconcertaban al pueblo, ni amansaban la tenacidad de la sublevacion. Nuevos pasos dados por el señor D. Juan, con consejo del prudente duque Atuosi, para procurar un acomodo, fuéron completamente inútiles. Y los jefes populares, sabiendo que la nobleza dirigida por Tuttavilla empezaba á lo largo el bloqueo de la ciudad, trataron de encender la guerra en la provincia de Puglia, tanto para distraer á los barones, quanto para procurarse recursos en aquel feracísimo pais. Mandaron pues una expedicion para apoderarse de la ciudad de Ariano, colocada en el camino sobre una altura, y guarnecida de tropas reales. Los habitantes, por sacudir el yugo del duque de Bovino, su señor, querian abrir las puertas á los populares, teniendo ya apretada la guarnicion. Pero acudieron los barones, y en reñido encuentro escarmentaron á los napolitanos. Quisieron estos refugiarse en Bovino, pero encontraron resistencia, sin duda porque ya iban vencidos, y tuvieron que volver completamente rotos, en el mayor desórden y con notable pérdida, á la capital.

Ufano y orgulloso empezó á mostrarse el Virey con estas ventajas, y se imaginó que la fortuna comenzaba á mirarle con ménos desden. Repartió los víveres que le enviara Tuttavilla, entre los castillos y los puestos militares. Y aunque escaseaban las municiones, dispuso un nuevo bombardeo, pensando dar así el último golpe á la sulevacion, en su concepto ya abatida y postrada. Pero nuevos acontecimientos vinieron pronto á deshacer su lisonjeras ilusiones.

Conociendo los jefes populares que nada adelantaba su causa con aquella lucha interminable, y que de poco servian los ataques parciales á puestos de escaso interes, y las expediciones de dudoso éxito á las provincias; y que lo que interesaba era dar un golpe positivo que asegurara ante todo el completo dominio de la ciudad, determinaron atacar de firme, y con fuerzas que asegurasen la operacion, el convento de Santa Clara, recuperado otra vez y muy bien fortificado y guarnecido por españoles. Era punto importantísimo para el nuevo plan, pues su posicion central daba al que lo poseyese el dominio seguro de los barrios principales, y la llave de las comunicaciones entre los altos y los bajos de la poblacion. Decidido pues por los populares el ocuparlo á toda costa, se encargó Brancaccio de los preparativos, y del mando de las fuerzas que debian embestirlo, y D. Francisco Toraldo de las obras de ataque, y

de la escavacion de una mina con que debia volar un ángulo del edificio.

El día 21 de octubre, designado de antemano para la empresa, pusieronse al amanecer á punto las tropas populares, en tanto número, que casi eran embarazosas, y que solo la pericia de Braccaccio pudiera manejar sin confusion. Como perdido para los españoles podia ya contarse aquel importantísimo puesto, al ver las fuerzas que lo embestian, y el buen orden del ataque; pero al reventar la mina, precursora del asalto, vino la explosion por un lado, sin causar el menor daño al convento, y arruinando unas casas de enfrente que sepultaron entre sus ruinas todas las fuerzas populares que las tenian ya ocupadas. Al trueno de la mina siguió otro mas espantoso: el grito unánime de *traicion*, clavando la muchedumbre sus ojos de fuego en Toraldo. Conoció este el paso en que estaba, y revolvió el caballo para salir de él, mas suspendió la accion conociendo que con ella no podia lograr mas que aumentar la sospecha. Estrechóle por todos lados la furibunda turba, abrumándolo de insultos y de maldiciones. Y huyendo de una salida oportuna que hicieron los soldados de Santa Clara, arrastró consigo al desventurado general hácia la plaza del mercado. Quiso en vano la designada víctima arengar á la muchedumbre, en vano sus amigos quisieron darle favor, en vano sus parciales trataron de distraer al pueblo. Antes

de llegar á la plaza, donde tal vez hubiera encontrado defensores, en un sitio llamado la Pietra del Pesce, despues de acribillado á puñaladas y de contundido á golpes, le cortaron la cabeza, resonando en sus lábios estas palabras : *Muero por Dios, por el Rey y por el pueblo. Pues juro que mis acciones todas se han encaminado solo á conciliar los ánimos, para dar paz á mi afligida patria*¹... ¡Desgraciado caballero ! No sabia que en las disensiones civiles de nada aprovechan los medios de conciliacion ni los buenos deseos ; y que para reunir los ánimos discordes y embravecidos, y dar paz y concordia á un pais revuelto, es necesario una enerjía de bronce, un prestigio de ángel, una fuerza de coloso para sobreponerse á todos los partidos, pues no halagando á los unos y á los otros, no prestándose ora á unas, ora á otras exigencias, sino dominándolos todos é imponiendo silencio á todos, se consigue la union y se restablecen el órden y la armonía.

¹ De Santis. — Capecelatro, MS. — Raph. de Turris. — Conte de Módena.

CAPITULO XV.

MUERTO tan desastradamente el capitán general que se eligió el pueblo con tanto empeño pocos meses ántes, parecia regular que recayese el mando supremo en el animoso é incorruptible Brancaccio, que no poco lo deseaba. Pero hombre mas de guerra que de astucia y de sagacidad, y poco favorecido por la fortuna en las empresas que habia tentado desde que tomó como maestro de Campo el mando de la sublevacion, se vió con despecho grande pospuesto al villano de ménos valer. El pueblo en una tumultuosa junta, con el acierto que suele, elevó á Genaro Annése, desde el insignificante gobierno del torreón del Cármen, al alto empleo de que acababa de caer D. Francisco Toraldo, príncipe de Masia, uno de los primeros señores del reino. Y obteniendo el mismo dia 22 de octubre, por sorpresa, una votacion unánime de todas las utinas, confirmando la elec-

cion, tomó inmediatamente el zafio é ignorante maestro arcabucero el título de generalísimo, y la posesion del encumbrado puesto en que, no su capacidad que era limitada, ni su valor que era ninguno, ni su astucia que era corta, sino un capricho de la ciega fortuna le colocaba; con una especie de proclama ¹ firmada por él, y refrendada por Vicente Andrea.

Era este improvisado secretario abogado, por supuesto versado en las argucias del foro, y con gran clientela en el populacho. Y empezó desde aquel dia con pedantesca verbosidad y arrogancia á reproducir la idea de establecerse en república, recordando que ya Nápoles lo había sido, y pintando con gran copia de sofismas y de ejemplos históricos mutilados, las ventajas del tal sistema, y la ventura de los tiempos en que se ensayó en el pais. Sus peroratas acabaron de romper los ya escasos y harto relajados vínculos que aun ligaban aquel rico Estado á la corona de España. Y conviene á saber, aunque no sea de este lugar, que luego fué el mismo Vicente Andrea uno de los que mas eficazmente contribuyeron al restacimiento absoluto del dominio español; de lo que fué largamente remunerado ².

Desabrido Brancaccio con el nuevo generalísimo, y muy mortificado con que el secretario le-

¹ Véase el apéndice, núm. 21.

² De Santis.

guleyo, con la audacia que da este carácter, se entrometiese tambien en los consejos de guerra, manifestó resuelto que renunciaría á toda intervencion en la direccion de ella, si no la dejaban completamente en sus manos. Con lo que Genaro Annése, conociéndose con escaso saber en la materia, y temeroso de disgustar á los muchos veteranos que formaban el verdadero nervio de las tropas populares, y que eran partidarios del viejo maestre de campo, declaró que solo á este pertenecia el mando de las armas, y la direccion de las operaciones militares. Pero unos y otros quedaron desazonados, empezando desde luego á no ser tan grande ni tan compacto el poder del nuevo generalísimo, ni tan íntima y estrecha la union de los distintos elementos de aquella trabajada sociedad.

El general Tuttavilla entre tanto maniobraba para cerrar el bloqueo de la ciudad, ocupando y defendiendo los casales circunvecinos. Y salió á impedir la operacion, con considerable golpe de populares, Jaime Russo, hombre resuelto, y no ignorante en la guerra. Empezó atacando unas casas fortificadas, defendidas por el capitan D. Ignacio de Retes con cincuenta españoles. Los que se portaron con tanto esfuerzo, que, deteniendo muchas horas al enemigo, dieron tiempo á Tuttavilla para reunir sus fuerzas, y caer sobre los napolitanos. Mas estos aprovechando las ventajas del terreno se die-

ron tan buena maña, que empeñaron un reñido combate. Derribó una bala al marques de Lougarino que estaba al lado del general Tuttavilla, con una sobreveste del mismo color, y con un penacho igual en la cimera. Y creyendo que el general era el muerto, perdieron ánimo las tropas reales, y huyó á toda brida la caballería la vuelta de Aversa, publicando la pérdida del valeroso caudillo. Aprovechó grandemente Jaime Russo el momento de aquel desorden, cargando con intrepidez. Y aunque los soldados españoles, repuestos algun tanto y alentados por el bizarrísimo marques de San Giuliano, mejoraron de terreno é hicieron prodigios, llevaron lo peor de la jornada. Y retiráronse á favor de la noche, dejando á los enemigos artillería, bagajes, y crecido número de prisioneros, que fuéron pasados á cuchillo. El victorioso jefe popular volvió ufano á Nápoles, mostrando satisfecho al pueblo los despojos de la victoria, y las cabezas de los rendidos, entre las que todos querían reconocer la del general Tuttavilla, la del duque de Maddalone, y las de otros personajes temibles ú odiosos.

En tanto en Aversa fué grandísimo el abatimiento con la noticia del descalabro, aunque grave, muy abultado por los fugitivos. Pero la llegada de Tuttavilla sano y salvo, y la relacion verdadera de lo acaecido, calmaron los ánimos y restablecieron el orden

Brancaccio en Nápoles intentó varias acometidas, que no tuvieron feliz éxito. Una de ellas fué otra mina en la calle de Saponari, contra el convento de la Nuova, que no tuvo mejor resultado que la dirigida por el infeliz Toraldo.

Genaro Annése publicó un bando contra los barones armados, con pena de la vida para el que no acudiese en un corto plazo á servir al pueblo. Y el duque de Arcos, por no quedarse atras, publicó otro en sentido contrario. Y es menester decir en honor suyo, que despues de la muerte de Toraldo salió varias veces, ya á caballo ya á pié, á reconocer, como debia haberlo hecho desde el principio, los puestos; á dar por sí mismo las disposiciones, y á animar con su presencia á los soldados, que se estaban sacrificando inútilmente por llevar á cabo sus mal meditados planes.

Creia Tuttavilla, con razon, que su autoridad no era tan respetada, como á las operaciones de tan difícil guerra convenia, por los barones y caballeros, que con sus vasallos armados y mantenidos á su costa, ó con bandidos de su devocion, formaban aquel ejército colecticio, y por consiguiente indisciplinado. Y temia que cada uno de aquellos personajes desease hacer el *Condottiere*, y guerrear por su cuenta. Creencia y temor que le quitaba la enerjía que da la confianza. Quejóse varias veces de su embarazosa posicion. Y sabido por los barones, determinaron por el bien comun,

y poniendo aparte sus aisladas pretensiones, asegurar á Tuttavilla con escritura pública, documento muy curioso ¹, su ciega obediencia, y que tenia la facultades necesarias para gobernarlos. Provisto de esta nueva é inusitada autorizacion, que pinta al vivo el desórden de aquellos tiempos; pasó muestra el sesudo general á las fuerzas con que acudian los barones ². Conoció lo escaso de ellas y su mala calidad, y avisó al Virey para acabarlo de desengañar de lo errado de sus cálculos y de sus esperanzas. Trató de fortificar á Aversa lo mejor que pudo, y organizó como le fué posible aquellas tropas, saliendo de nuevo en campaña, para seguir cortando lo socorros á la sublevada capital.

En ella empezaba ya á conocerse la imposibilidad de apoderarse de los puestos fortificados que de hecho la dominaban. Y como hijas del desfallecimiento por tantas tentativas malogradas, y por la prolongacion de una situacion tan penosa, á que no se le veia fin, empezaron á circular voces en las reuniones populares, que manifestaban deseo de un acomodo con los españoles, con tal que fuese mediador el Pontífice, y se asegurasen las capitulaciones. Llegó esta especie á oídos del conde de Oñate, nuestro embajador en Roma, y sin perder tiempo rogó al Padre Santo que ejerciese la me-

¹ Apéndice, núm. 22.

² *Ibidem.* núm. 25.

diacion. Este, siempre temeroso de que los franceses se apoderasen del reino de Nápoles, se prestó gustoso á los deseos del Conde, y envió órdenes é instrucciones al nuncio Altieri para abrir las conferencias con el Virey y con el generalísimo del pueblo. El duque de Arcos, cada dia mas obcecado y tenaz, deshechó bruscamente toda propuesta, excusándose con que teniendo de su parte y empeñados en aquella guerra á los barones del reino, no podia sin su consentimiento entrar en tratos con los rebeldes. Genaro Annese contestó resueltamente, que no era posible avenencia, porque el pueblo estaba harto de las falsas promesas de los españoles, y resuelto á establecerse en república independiente ¹. Y esta fué la vez primera que sonó oficialmente esta resolucion, que cambiaba completamente la fisonomía de los acontecimientos, y daba mayor gravedad á las circunstancias.

El 25 de octubre, Juan Luis del Ferro, el mismo que expuso con tan mal resultado el retrato del Monarca Cristianísimo, y que se daba en las reuniones populares el no muy bien justificado título de su embajador, presentó á Genaro Annése, cabeza de la república napolitana, una carta del marques de Fontenay, en la que ofrecia al pueblo en nombre del rey de Francia una armada de cincuenta naves gruesas y veinticinco galeras, y un millon de ducados, que debian ser entregados por el ne-

¹ De Santis.

gociente Tadeo Barbarino. Leida en público en la iglesia del Cármen esta comunicacion, causó general entusiasmo. Y la gente, ganada ya á favor de los franceses, pidió con desaforados gritos que se echasen por tierra todos los retratos de Felipe IV, de Cárlos V y de los demas soberanos españoles, y que se colocase de nuevo en la plaza y bajo dosel el del Rey Cristianísimo. Iban las ciegas turbas á ejecutar uno y otro, cuando las personas mas sesudas impidieron lo segundo, manifestando que pues no se peleaba ya sino por la nacionalidad y por la independendencia, no convenia substituir señor á señor, y dominacion extranjera por dominacion extranjera. Y que por lo tanto no se debia hablar mas ni de España, ni de Francia, sino solamente de Nápoles. Prevaleció tan acertado dictámen, y se alzó un dosel con la imágen de Nuestro Señor Jesucristo, y con la de S. Genero¹, contestando con otras demostraciones de júbilo y de gratitud á las ofertas de Francia. Y se evitó con cuidado el dar á aquella generosidad el título de proteccion. En todo lo cual se descubre que no faltaban hombres de cabeza y de corazon entre aquellas desordenadas y rabiosas turbas.

¹ De Santis. — Raph. de Turrís. — Agnello de la Porta, MS.

CAPITULO XVI.

MIÉNTRAS esto pasaba en Nápoles, puesto otra vez en campaña Tuttavilla apretó el bloqueo de la ciudad, reforzando y manteniendo los puestos militares de Puzzol, Aversa y Acerra, y ocupando las aldeas intermedias, con lo que empezó á ser insoportable la escasez de víveres en la poblacion. Genero Annése, para remediarla, recurrió á Salerno y á las ricas costas de Amalfi. Pero la comunicacion directa con aquel pais estaba interceptada por doscientos caballos, al mando de D. Carlos Caratta, que era dueño de Castelamore, é impedía constantemente el paso del puente de Scafati. Trataron los rebeldes de apoderarse de él á viva fuerza ó por sorpresa. Mas llegando á tiempo el general Tuttavilla, los rechazó y deshizo, volviendo rotos y escarmentados á la ciudad. Ni esta ventaja, ni otras que diariamente conseguia aquel experimentado y activísimo caudillo, le inspiraban

confianza en el éxito de la empeñado pugna , considerando cuán malas y escasas eran las fuerzas con que se pretendia terminarla. Y escribió de nuevo al Virey una desconsolada carta, hablándole claro , y manifestándole que con solo las tropas allegadizas de los barones , y con los recursos de un pais tan exhausto , era imposible llevar adelante aquella guerra ¹.

Al mismo tiempo habiendo llegado al conocimiento de los señores las propuestas del Papa , y la repulsa del duque de Arcos , dando á entender que eran ellos los que dificultaban una avenencia, se indignaron con razon , y sin querer contar mas con el Virey , escribieron en derecho al señor D. Juan de Austria una reverente exposicion, manifestándole que no serían ellos jamas estorbo de una fraternal reconciliacion. Que tenian las armas en la mano para mostrar su lealtad , y sostener la soberanía del Rey de España , pero no para oprimir al pueblo , ni para asolar el pais. Y que léjos de oponerse á un avenimiento , suplicaban á su Alteza que concediese al pueblo los indultos, franquicias y ventajas que pudiese apetecer , siempre que dejase las armas , y de buena fe se sometiese á lo mas justo y razonable , y á lo mas conveniente al servicio del Rey , y á la felicidad de los napolitanos ².

¹ De Santis.

² De Santis. — Raph. de Turrís. — Conte de Módena. — Dunelli.

Las pocas esperanzas de Tuttavilla y las buenas disposiciones de la nobleza, movieron á Don Juan de Austria á tentar nuevo ajuste. Pero, dados con la conveniente cautela y la debida dignidad los primeros pasos, se vió claramente que era ya tarde, que habian cambiado completamente las circunstancias, que la sublevacion era ya rebelion declarada, y que el pueblo napolitano no peleaba ya por adquirir tales ó cuales franquicias, estos ó los otros privilegios, sino por su independencia y nacionalidad, y por sacudir el yugo extranjero. ¡Generosa y noble resolucion en verdad! Pero empresa descabellada en aquella época, y difícilísima, si no imposible, de llevar á cabo, tanto por la desunion mortífera en ideas y en intereses que devoraba el pais, quanto por los medios con que se queria hacerle triunfar, y por los hombres de bajos y ruines pensamientos, y de capacidad limitada, que la dirigian.

En las galeras llegadas con el duque de Tuosi, vino nombrado por el Rey, maestro de campo general D. Dionisio de Guzman. Por lo que Mr. Bateville renunció este cargo que ejercia por nombramiento del Virey. Pero temiendo este, con razon, el cambio de la direccion de la guerra, y el que cesase en él el valeroso Borgoñon, ya acostumbrado á ella y enterado ya del terreno, para caer en manos de un militar, aunque de alta y merecida reputacion, que jamas habia estado en

Nápoles, ni era conocido de los soldados, y que á una edad avanzadísima juntaba los continuos padecimientos de una gota tenaz; negoció con destreza y dispuso las cosas de tal modo, que Battville conservó el mando activo de las armas, y Guzman, sin resentimiento, quedó con el cargo de supremo consejero en casos de guerra.

Arreglado este negocio, para dar calor á las operaciones de Tuttavilla lo envió el Virey á Nola, al marques del Vasto, con ciento noventa caballos, y órden terminante de estrechar el bloqueo, y de atender á la sumision de las provincias limítrofes: sin descuidar el puente de Scafati, de que con tanto empeño querian apoderarse los napolitanos. Y llegando por entónces á Aversa con alguna fuerza el duque de Castel de Saupro, y el gran prior Caracciolo, envió el activo general de refuerzo á la torre, que defendia dicho puente, á Picolomini y al duque de la Regina; los que pusieron en ella de presidio cuarenta españoles y otros tantos alemanes, con el capitan Mengical y el sargento Serra, valerosísimo soldado. Y al mismo tiempo el príncipe de Montesarchío cortó el agua á los molinos de Torre de la Anunziata, de donde, aunque con trabajo y peligro, se proveian aun de harinas los rebeldes. Gran terror causó en Nocera la proximidad de las tropas leales, y llamó en su ayuda á Hipólito Pastena, el que gobernaba la rebelion en Salerno. Hubo reñidas escaramuzas en-

tre las tropas de bandidos que este capitaneaba, y las que obedecian á Tuttavilla. Pero dueño este del puente de Scafati, y extendiendo su dominio á los Casales de Avella, Barjano y Muguano, y apoderándose tambien de Somma y Maregliano, cerró completamente el bloqueo de Nápoles, poniendo en gran carestía á los rebeldes, miéntras envió socorros de consideracion al Viréy en dinero y vituallas.

Apretado así el pueblo, y viendo que pasaban dias y dias sin que asomara la escuadra francesa, y sin que llegaran los prometidos socorros, empezaron á circular voces de que la carta del marques de Fontenay, presentada por Ferro, y leida con tan buen efecto en el Cármen, era falsa, y un engaño para llevar adelante una guerra desastroza que empezaba á dar á todos fatiga y cuidado. Aumentó esta sospecha el que la tal carta habia desaparecido, en cuanto se verificó su primera lectura, y por mas que se habia deseado haberla á la mano, para examinarla de nuevo y meditarla mas detenidamente, jamas se habia podido dar con ella. Y llegó á tal punto la desconfianza popular, que como un fraile capuchino presentara otra carta tambien con la firma, verdadera ó supuesta del embajador frances, reproduciendo las ofertas y añadiendo seguridades, faltó poco para que fuese despedazado por el populacho. Pues debió la vida, á que mandó oportunamente Genaro

Annése meterlo en un calabozo, mientras se averiguaba la verdad.

Con este objeto envió el generalísimo del pueblo á Roma, con poder suficiente y autorizacion en regla para entenderse directamente, y en nombre de la república napolitana, con el marques de Fontenay, y pedirle socorro, á Nicolo Maria Manciara. Pues aunque el historiador de Santis dice que fué el Dr. Francisco Patti, es evidente equivocacion, porque este fué despues, como diremos, y con encargo muy distinto. Y nos apoyamos para asegurarlo así en el conde de Módena, que tuvo, como vamos á referir, ocasion de tratar á uno y á otro negociador, y parte muy activa en aquellas conferencias.—Y esta fué la vez primera que oficialmente y de un modo ostensible y autorizado se entablaron negociaciones formales entre los sublevados, ó por mejor decir, ya rebeldes napolitanos, y la corona de Francia. Pues aunque los trabajos estaban muy adelantados, todo hasta entónces se habia hecho bajo cuerda, por medios indirectos, por personas sin responsabilidad, y en reuniones privadas, sin acuerdo de las juntas populares y sin autorizacion de los jefes del pueblo.

El Sr. D. Juan de Austria, conociendo desde luego que la situacion se hacia grave y peligrosa, y que si el estado de cansancio y privacion de todo, en que se encontraban las escasas tropas españolas que solo á fuerza de constancia heróica

se sostenian, se presentaba de refresco una armada francesa, con gente de desembarco para socorrer al pueblo, era segura la completa pérdida del reino de Nápoles; envió nuevos emisarios á tentar el vado con ventajosas proposiciones. Pero solo consiguieron oír claramente por terminante respuesta, que estando ya comprometido el pueblo con el rey de Francia, y entabladas las negociaciones, nada tenia que tratar con el de España, ni con el Príncipe su hijo, ni con sus ministros. Con lo que despechado D. Juan perdió por primera vez los estribos, y mandó continuar la guerra sin tener mas miramiento con la ciudad ¹.

El duque de Arcos al mismo tiempo trató por otro lado de probar fortuna. Y envió un secreto confidente á Genaro Annése, ofreciéndole una gruesa suma y un lucrativo cargo de importancia en la Península, si entregaba el torreón del Cármen y ahogaba la rebelion. Pero el maestro arcabucero, ó porque no se fió de la propuesta y de quien la hacia, ó porque tuvo un momento de grandeza de ánimo y de elevacion de carácter, ó porque pudo mas en él la ambicion que la avaricia, delató inmediatamente al pueblo la propuesta, y mandó ahorcar en el acto al que la habia traído. Mucho le valió esta demostracion, pero para acabar de calmar las sospechas que contra él se propalaban en los corrillos amenguando su

¹ De Santis. — Capecelatro, MS.

autoridad, publicó el 29 de octubre un bando ó proclama¹, atribuyéndolo todo á manejos ocultos de los españoles para desacreditarlo.

Continuaba en tanto la guerra en la ciudad y en sus contornos. En ella eran diarios los asaltos á los puestos, y las escaramuzas por las calles; en ellos el general Tuttavilla mantenía sin soltar las armas de la mano el bloqueo; habiendo vuelto á empeñar un rudo encuentro, en que aunque con mucho pérdida quedó vencedor sobre el puente de Scafati. Castelnuovo cañoneaba sin cesar la calle del Puerto, con lo que incomodaba continuamente á los rebeldes. Y estos, aprovechando una noche oscurísima y lluviosa, levantaron con gran silencio y presteza, y con inteligencia admirable, una trinchera con espaldones, que los puso completamente á cubierto, empleando en su construcción sacos de lana y de algodón y hasta fardos de paños, tapices, ricas telas y géneros preciosísimo de Levante, que sacaron á viva fuerza de todos los almacenes de la marina. Cuando al amanecer se encontró el Virey con aquella obra encima, que resistía el tiro de cañon, y que ponía en gravísimo peligro la fortaleza, bramó de cólera, y mandó inmediatamente ahorcar de las almenas á los centinelas que no habían notado la operación, sin que les sirviese de excusa la oscuridad.

¹ Apéndice, núm. 24.

Aunque el pueblo no habia adelantado terreno alguno dentro de la ciudad, tampoco lo habia perdido; ni habia padecido en los contornos descalabro capaz de hacerle decaer de ánimo. Pero la falta de víveres lo trabajaba y consumia, y el cansancio de tantos dias de continua pelea sin adquirir notable ventaja, empezaba á manifestarse. Y bien por la necesidad que ya todos tenian de descanso, bien porque el tiempo iba calmando el ardor y entusiasmo de las masas populares, bien por los ocultos manejos de los partidarios del Virrey, empezaron á circular por los corrillos ideas de desaliento y deseos de salir de cualquier modo de tan insostenible situacion. Por otro lado, como en tiempos revueltos pululan las ambiciones, y anhelando todos saborearse con el poder, se trabaja para que pase de mano en mano, y al que lo ejerce se le desacredita y baldona, hágalo bien ó mal, solo porque lo ejerce á despecho de los que lo desean, y no saben ó no quieren esperar que les llegue su turno; empezaron tambien á renovarse con mas calor las hablillas en descrédito de Genaro Annése. No tardó este en saberlo, y violento y despechado publicó un furibundo bando, prohibiendo discurrir sobre la situacion, y tomar en boca su nombre, bajo pena de la vida, como asimismo toda reunion pública ó clandestina, sin exceptuarse las de jefes militares, sediles y capitanes de barrios, aun cuando fuese para tratar de

cosas de guerra ¹. Aterró é impuso silencio á todos esta disposicion. Pero Brancaccio, que siempre miraba al generalísimo del pueblo con odio, y lo pue es peor con desprecio, levantó el grito contra este bando, que decia, y con razon, que debilitaba su autoridad militar. Y por esto, y por creerse desairado porque en la correspondencia con el embajador Fontenay no se hacia mencion de él para nada, tuvo un acaloradísimo altercado con Annése; de que resultó el hacer renuncia del mando de las armas, y alejarse completamente de los negocios públicos. Ocurrencias todas que dividian mas y mas los ánimos, ya demasiado discordes, y que imposibilitaban el establecimiento de la soñada república. La que acabó de morir en la cuna, renunciando á su nacionalidad, cuando le ocurrió darse su supremo jefe extranjero.

¹ De Santis. — Dunelli.

CAPITULO XVII.

DESDE el momento en que unas barcas de la isla de Prócida, llevando fruta á Roma, esparcieron las primeras noticias de las ocurrencias de Nápoles, y de la exaltacion de Masanielo, el embajador de Francia cerca de la Santa Sede, marques de Fontenay Mareuil, tuvo á su gobierno al corriente de los progresos de la sublevacion. Y aunque le indicó desde luego la oportunidad que ofrecia para procurar la desmembracion de aquel importantísimo reino, de la corona de España, y no se descuidó en enviar á él agentes secretos, que acalorando el movimiento popular, procurasen darle el giro mas conveniente á los intereses de su corte; no recibió de ella instrucciones tan terminantes como habia creído. Y se vió obligado á mantener cierta circunspeccion, sin soltar empero de la mano los cabos de la red oculta que habia ya exten-

dido, para tirar de ellos segun las nuevas órdenes que pudiera y deseaba recibir.

En el gabinete de Francia empezaban á nacer deseos de no llevar adelante la guerra con España. Y habia resuelto continuarla lentamente, y sin tentar nuevas empresas, que dificultasen un próximo acomodo. Por lo que el cardenal Mazarino, aunque conoció todo el fruto que podrian dar los alborotos de Nápoles, se decidió por esperar sus resultados sin decidirse á nada, ni aventurar por lo pronto el crédito y poder de la Francia. Mas para estar dispuesto á todo, mandó aprestar en Tolon una gruesa armada que diese la vela al primer aviso. Hablóse de todo esto en Paris, y varios personajes franceses quisieron trasladarse á Nápoles. Y entre ellos el que lo tomó con mas calor, y mayores instancias hizo para verificarlo, ofreciendo hasta llevar á cabo la empresa á su costa, fué el príncipe de Condé; pero encontró en el gobierno una formal y decidida oposicion.

Entre tanto se desarrollaban aquellos extraordinarios sucesos. Y en Roma trabajaba con asiduidad para traerlos á su mano, sin contar para nada ni con el embajador de Francia ni con el gobierno frances, Enrique de Lorena, duque de Guisa. Este príncipe jóven, de ánimo osado y bullicioso, de poco maduro juicio, de gallarda presencia, de condicion liberal, de corazon valiente, de modales muy atractivos, se hallaba en la corte pontificia

solicitando anular su descabellado matrimonio con la viuda del conde de Bosiu , para contraer otro no mas acertado con Mlle. de Pons, á quien amaba ciegamente. Y cuando desesperado con las dilaciones y dificultades de la curia eclesiástica , pensaba en volverse á Paris , apretado por su amada; las noticias de las ocurrencias de Nápoles lo detuvieron. Tenia el duque frances en su compañía al discreto y sesudo baron de Módena , que con el título de Conde escribió y publicó poco despues memorias históricas de estos sucesos. El cual habiendo topado por casualidad con los Procitanos, que llevaron á Roma las primeras noticias ; los presentó al duque, quien echó con ellos el cimiento de un atrevido plan, cuyos resultados vamos á referir.

Descendia por línea femenina el duque de Guisa de Renato de Anjou , y acalorado con este recuerdo , se imaginó con derecho á la corona napolitana; y se propuso aprovechar las circunstancias del momento para ceñírsela á poca costa. Recibió contentísimo á los Procitanos, los regaló y agasajó grandemente, y les encargó hiciesen saber á los habitantes de Nápoles, que habia un príncipe del linaje de sus antiguos reyes, pronto á sacrificarse porque recobraran la libertad. Y efectivamente aquellos rudos marineros fuéron los que primero dieron origen de que naciese la idea de la proteccion francesa en el populacho sublevado. Despues

no se descuidó el duque en buscar con empeño, y en conseguir ver y hablar á cuantos napolitanos llegaban á Roma. Y hasta se atrevió á enviar mensajeros á Nápoles, que fuéron reconocidos, detenidos, y ahorcados en Gaeta. Tambien trató de que autorizara sus pretensiones el marques de Fontenay. Pero este sagaz diplomático lo acogió con tal frialdad, y le opuso tantas dificultades, que el ambicioso jóven resolvió recatar sus manejos del embajador, y valerse de otros medios para obtener el apoyo del gabinete frances. Dirigióse al cardenal de Santa Cecilia, hermano de Mazarino. Y le ofreció para una sobrina la mano de su hermano el duque de Joyense, si alcanzaba la proteccion del purpurado ministro, y la cooperacion de la Francia en favor de su proyecto. El cardenal de Santa Cecilia recibió no solo con gusto sino con entusiasmo las confidencias y las proposiciones del príncipe frances. Y tan lijero como él, y de viva imaginacion, llegó á pensar que el asegurar en las sienes de aquel pretendiente la corona de Nápoles, era asegurar la tiara para las de su hermano; y que no era ademas de desdeñar por lo pronto un enlace con la familia real: por lo que se apresuró á escribir al hermano ministro en los términos mas eficaces. Pero el ministro, hombre de otro alcance, y de mas flemma y madurez, contestóle sagazmente con aquellas frases que sueñan mucho y que no dicen nada; pero que vie-

nen bien á todos los resultados posibles de un negocio dudoso é intrincado ¹.

Entre tanto tentó el duque de Guisa nuevos medios de comunicacion con los napolitanos, y creyó el mejor de todos un hermano del famoso Domingo Perrone, que llegó á Roma, apoderóse de él, enviolo con cartas é instrucciones; pero la suerte parecia burlarse del ambicioso, y dispuso que este agente llegase á Nápoles, cuando ya su hermano habia tan desastrosamente desaparecido de la escena política.

Tampoco los partidarios de Francia en Nápoles se descuidaban, pues llegaron nuevos comisionados á Fontenay. Entre ellos Lorenzo Tóntoli, y Agustin de Liéte, que se quedaron en Roma, llamándose, no sabemos con qué autorizacion, residentes del pueblo napolitano ². Trabó con ellos estrechas relaciones el duque frances por medio del activo baron de Módena. Y uno y otro, oyendo las abultadas relaciones de estos agentes, que como interesados en dar importancia á su causa, abultaban los medios con que contaba; juzgaron la empresa mas fácil de lo que realmente era. Y con gran actividad buscaban todos los medios de llevarla á cabo.

El marques de Fontenay, por su parte, y á pesar de su sagacidad exquisita, tambien concebía

¹ Conte de Módena.

² De Santis.

lisonjeras esperanzas, sin conocer las exageraciones de los negociadores napolitanos : volvió á solicitar de su corte mas atencion á aquellos importantes acontecimientos. Y empezó á trabajar de véras bajo mano, para que la sublevacion se inclinase á buscar el amparo de su Rey. Pero el aspecto frio de este embajador, y su parsimonia en gastar, disgustaban tanto á Tóntoli y á Lieto, cuanto les hechizaba el calor y la generosidad del jóven y arrebatado príncipe frances ⁴. E ignorando sus antecedentes, y el poco crédito que gozaba en su corte, en él y solo en él fundaban sus esperanzas, escribiendo á Nápoles los mas exagerados elogios de su persona.

El ningun efecto de la llegada de D. Juan de Austria; lo que habia enardecido la situacion el inoportuno uso de escasa fuerza; la declaracion primera de los sublevados en favor del Papa; y su última resolucion de constituirse en república, aguijonearon de nuevo á Fontenay. Y lo hizo de tal modo al cardenal Mazarino, que dió este orden de zarpar inmediatamente á la armada de Tolon al mando del duque de Richelieu, llevando á bordo al señor de Creuzet, y al de Forgetz, generales de crédito, que podian ponerse á la cabeza de la rebelion. No juzgando político el ministro cardenal fiar empresa semejante, en que se trataba de la adquisicion de un reino, á príncipe de la san-

⁴ Conte de Módene.

gre, ó á personaje de tanta valía, que osase trabajar por cuenta propia en aquellas circunstancias.

En este punto estaban las cosas cuando llegó á Roma el verdadero comisionado oficial de Genaro Annése, Nicolo María Maunara.

La casual circunstancia de vivir en Roma en el mismo palacio, aunque en pisos distintos y en habitaciones totalmente independientes, el embajador de Francia, y el duque de Guisa, proporcionó á este el apoderarse del ánimo del enviado napolitano, y el verlo, oírlo y comunicarlo, ántes que el hábil diplomático lo consiguiera. — Arribó Maunara despues de una larga y penosa navegacion á Fiumicino, y de allí se trasladó á caballo á Roma, donde llegó á media mañana harto malparado, cubierto de lodo y empapado de la lluvia. Y en este estado que prevenia ciertamente muy poco á su favor, apeóse á la puerta del palacio Barberini, y subió á la vivienda del marques de Fontenay, precisamente cuando este acababa de salir. Los secretarios y dependientes de la embajada, como habian observado la frialdad y reserva con que el jefe acogia á los napolitanos, no le daban grande importancia; y recibieron con desden al recién llegado, diciéndole que esperase hasta que volviera el embajador. El agente de Annése tuvo que conformarse con un recibimiento tan poco

lisonjero : y se sentó á esperar, empapado y mo-
hino , en una de las primeras antecámaras.

Entró en ella por acaso un lacayo del duque de Guisa , le habló , y supo quien era. Y así como los servidores de Fontenay observaban con los napolitanos el desdeñoso continente de su señor , los del Duque se esmeraban en afectar el interes y cariño que el suyo le demostraba. Y despues de acariciar este á su manera á aquel hombre de tan mala catadura , solo porque venia de Nápoles , corrió á ponerlo en noticia del baron de Módena. Avisó este inmediatamente al Duque, y aprovechando los instantes de no estar en casa el embajador , mandó al mismo criado que, con disimulo y ocultándose de la gente de la embajada, trajese de un modo ó de otro aquel hombre á su presencia. La suerte favoreció la ejecucion, y Maunara se trasladó, sin que nadie lo notase, á los aposentos del duque de Guisa. Recibiólo el Baron con los brazos abiertos. Mandó darle vestidos , y servirle un abundante almuerzo, en que no escaseó el vino. Y cuando lo vió repuesto, enjuto, refrigerado, y agradecido sobre todo á tan buena acogida , y con el ánimo dispuesto favorablemente, lo introdujo en el gabinete del Príncipe, ya convenientemente preparado.

CAPITULO XVIII.

La acogida cariñosa y franca del duque de Guisa, contrastando sobremanera con el desden y poco miramiento de la recepcion en casa del marques de Fontenay, hizo su natural efecto. Pues el comisionado del pueblo de Nápoles fundó toda su confianza en tan jóven y gallardo príncipe; le manifestó sin reserva sus instrucciones, y le pintó el estado de la sublevacion, aumentando como era regular sus recursos y sus esperanzas. Con profunda atencion le oyó el Duque, no muy satisfecho de que no hubiera sonado para nada su nombre en los labios de aquel napolitano. Y empezando con destreza, superior á la que solia ostentar, por hacerle grandes elogios del embajador; por disculpar la mala acogida que habia encontrado en su casa, como descuido de criados; y por asegurarle que hallaria en aquel personaje, como representante de tan gran rey, toda proteccion: pasó lue-

go á hablarle largo de sí mismo. Explicóle con prolijidad su descendencia de la familia de Anjou, y le pintó con vivísimos colores su ardiente entusiasmo por un pueblo generoso y valiente que peleaba con tanto teson para conquistar su libertad y su independendencia. Y mostrando en seguida temores de que toda la buena voluntad del Rey Cristianísimo su pariente, y todo el celo del marques de Fontenay pudieran ser contrariados por el retardo que los vientos opusiesen á la armada, ó por otras causas imprevistas, insinuó al novel diplomático, en quien ya ejercia una verdadera fascinacion, la idea de lo conveniente que sería proveer á estas eventualidades, yendo él mismo á ponerse al frente del pueblo, y á combatir por la nueva república, como lo estaba haciendo en Holanda el príncipe de Orange. Y que su persona en Nápoles, ligada con la familia real, aumentaría el celo de los ministros, para no retardar los socorros; y avivaría en el rey de Francia el deseo de que triunfase una causa en que tenia empeñado á tan cercano pariente, grato ademas á los napolitanos, como vástago de sus antiguos reyes.

Alucinado Maunara con este discurso, creyó ver en su mano una importante y brillantísima negociacion, que iba á darle alto nombre y fortuna. Y aunque en sus instrucciones no se le decia nada del duque de Guisa, creyó tener en el artículo en que se le autorizaba en general para

procurar lo que mas conviniera al triunfo de la república, campo abierto para solicitar la cooperación de un príncipe que tan poderoso se imaginó, y tan preponderante en la corte de Paris. El Duque conociendo que era ya suyo completamente aquel mensajero, para asegurárselo aun mas, le ofreció grandes mercedes, y le encargó que ocultase aquella conferencia á los ojos del marques de Fontenay, para no lastimar su amor propio de embajador. Ofrecióselo el napolitano, y saliendo de la casa del Duque por la puerta del jardin, volvió á entrar por la principal, y subió á la del embajador, haciendo creer que venia de la posada en que habia dejado su equipaje.

Recibiólo el Marques con agasajo, pero con reserva. Leyó las cartas de Genaro Annése, que le escribia por sí y á nombre de la junta popular. Y despues de informarse detenidamente de la situacion de Nápoles, y de la confianza que tenia en la proteccion del Rey Cristianísimo, manifestó al mensajero la gratitud de su soberano á tales pruebas de confianza, y le aseguró que de un instante á otro la armada francesa, que habia zarpado ya de Tolon, llegaria á patentizar con poderosos socorros el alto aprecio con que miraba su corte la amistad de los valerosos napolitanos. Dióle rendidas gracias por todo el enviado del pueblo, y añadió, como cosa sencillísima y natural, que para prevenir cualquier eventual retardo, deseaba

la república naciente tener en su seno, como prenda de alianza, algún príncipe frances que mandara las armas, interesara á Francia en su socorro, y asegurase el éxito de la independenciam por que se peleaba. No cayó por lo pronto en la cuenta el Marques, y respondió en términos generales. Mas volviendo á la carga el napolitano, le dijo : que informado el pueblo de que se hallaba en Roma el duque de Guisa, príncipe del linaje de Anjou, pedía que fuera á ponerse á su cabeza, y á organizarlo convenientemente para la guerra con sus opresores, interin llegaban la armada y los demas socorros que el Rey Cristianísimo enviase. Sorprendióse grandemente el astuto y experimentado diplomático oyendo tan explícita petición, y cuidando de no darlo á entender en el semblante, contestó á pesar suyo con agitado aliento y balbuciente voz, que creia que el duque de Guisa estaba en Roma de incógnito y por negocios particulares. Y que no sabía si hallándose sin carácter, séquito y aparato de príncipe, le acomodaria ir á Nápoles en aquellas circunstancias, y arrostrar las dificultades que podria ofrecer el viaje. Maunara sin titubear (mas diestro entónces que Fontenay), ocultando con gran primor que estaba ya de acuerdo con el Duque, repuso que los napolitanos no necesitaban mas que de la persona de tan gran príncipe, no de su séquito y aparato; pues hallaria entre ellos uno y otro superiores al del mayor

monarca. Y que para asegurar el viaje bastaban las falúas napolitanas, tan prácticas de aquellos mares, y tan acostumbradas á burlar los cruceros españoles. Estrechado tan de cerca el embajador, terminó sin afectacion la conferencia, prodigando en cuanto pudo agasajos al negociador. Y se encerró en seguida en su despacho á meditar detenidamente cómo impedir la ida del duque de Guisa á Nápoles, sin comprometerse con él, ni con la corte, ni con los napolitanos.

El baron de Módena, por quien sabemos todas estas menudencias, dice que el Marques tenia deseos de ir á Nápoles, pero que le faltaba resolucion, que acaso lo hubiera verificado, llegando á tiempo la armada francesa, y que por esto se opuso en cuanto le fué posible á la marcha del Duque. Mas nosotros, registrados otros autores, no tan interesados en la empresa del príncipe frances, visto el modo con que este se portó cuando logró lo que tanto ambicionaba; y examinando imparcialmente su conducta pública y privada ántes y despues de aquellos acontecimientos, juzgamos que el Marques debió creer que el Duque iba á imposibilitar el triunfo de los napolitanos, y á empeorar su causa, con su lijereza y corta capacidad, y á enfriar tambien en la corte (como sucedió), el deseo de socorrer á la nueva república por los resentimientos antiguos y modernos de la corona de Francia con la familia Guisa. Y que por

esto sin duda se opuso constantemente á que cargasen tan débiles hombros con empresa de tanto peso é importancia. El éxito no tardó en justificar los recelos del previsor diplomático.

Maunara informó sin perder momento al duque de Guisa de su conferencia con el embajador. Y este al dia siguiente fué á visitarlo y á referirle la proposicion de los napolitanos, sin darle importancia y calificándola mas bien de descabellada. Pero el Duque le manifestó que no la creia tanto, que no fuera aceptable en interes de la Francia. Y que si el deseo del pueblo napolitano era tenerle en su capital, y valerse de sus servicios, estaba muy dispuesto á ir allá á servir al Rey, y á impedir á costa de los mayores sacrificios, que el retardo eventual de la armada diese lugar á imprevistos acontecimientos que privasen á Francia de tan oportuna ocasion para acrecentar su gloria y su poderío. Desconcertóse el embajador con esta declaracion explícita, y mucho mas cuando el cardenal de Santa Cecilia, que llegó casualmente en aquel momento, reforzó con gran calor los argumentos del Duque. El sagaz diplomático no se atrevió á combatir con un príncipe osado, que tambien sabia disfrazar su ambicion con el traje de sacrificio por la gloria de su Rey, y con un cardenal influyente y hermano de su primer ministro. Y por eludir toda responsabilidad celebró una consulta, sin aventurar su juicio, con otros

cardenales y prelados franceses que estaban en Roma. Y estos, no tan sagaces como Fontenay, ó ignorantes de los antecedentes del personaje y del disfavor en que estaba con la corte, decidieron por unanimidad : que pues el pueblo napolitano pedia que el duque de Guisa lo gobernara , no debia retardarse el viaje del príncipe , por convenir así á los intereses de la Francia ¹.

Regresó Maunara á Nápoles con cartas de Fontenay muy expresivas y satisfactorias para el generalísimo del pueblo, y para la real república napolitana. Y llevó tambien otras del Duque llenas de pomposas ofertas y de magníficas esperanzas. Su llegada á Nápoles fué en el momento en que Genaro Annése, aborrecido generalmente por su bárbara grosería, crasa ignorancia é insaciable avaricia, tenia un desastrado fin. Y salvóle de él el entusiasmo general que encendieron las noticias positivas y seguras, de tener efectivamente la proteccion de un poderoso monarca, tan cercanos sus socorros, y pronto para ponerse á su cabeza un esclarecido príncipe de su familia. Cuidando los partidarios del arcabucero de atribuir á su habilidad y celo tan grandes ventajas, lo rehabilitaron en la opinion de las populares turbas enajenadas de contento, y nuevamente alentadas para continuar la guerra. Annése, viéndose de nuevo asegurado, creyendo en el primer momento que se

¹ Gonte de Módene.

pondria para siempre á cubierto de las veleidades del populacho trayendo á su lado al Duque, se apresuró á que fueran efectivas sus ofertas. Y sin pensarlo mejor despachó de nuevo inmediatamente á Roma al mismo Maunara con el P. Capece, fraile dominico, y con Aniello de Talco, general de artillería, para dar en nombre de la real república las gracias al embajador frances; y para rogar al duque de Guisa que se presentase sin demora á tomar el mando supremo de las armas, en los mismos términos que lo desempeñaba en Holanda el príncipe de Orange⁴.

Apénas habia partido de Nápoles esta formal legacion, y aun estaban casi á la vista las barcas que la conducian con próspero viento, cuando se arrepintió el generalísimo del pueblo de haber obrado con tanta lijereza y precipitacion. Pues ó bien porque le abrieron los ojos algunos de sus partidarios mas sagaces que él, ó bien por que el instinto de la ambicion alumbró á su escaso entendimiento, conoció que le iba á ser imposible mantener superioridad sobre un personaje tan esclarecido; y que pronto sería suplantado por él, volviendo de nuevo á la insignificancia de su vulgar condicion, y á ponerse al alcance de la venganza de sus muchos enemigos. Asombróle esta idea. Maldijo su inconsiderada resolucion. Y anheloso de remedio consultó sus temores con Fran-

⁴ De Santis. — Capecelatro, MS.

cisco Patti, abogado de mucho crédito, y hombre de gran astucia y desfachatez. Este, en lugar de desvanecerlos, como el pobre Annése esperaba, se los aumentó asegurándole que se habia cortado la cabeza. Y que debia por todos los medios imaginables impedir la venida del príncipe frances. Desesperado el generalísimo del pueblo, y sin mas afan que el de conservar su posicion á toda costa, se echó en brazos del confidente letrado, rogándole hasta de rodillas que marchase á Roma sin perder un instante, para deshacer con su maña y osadía, cuanto hicieran los otros tres comisionados; y para oponer todos los obstáculos posibles á los intentos del duque de Guisa. Hízose de rogar Francisco Patti, pero al fin se determinó á encargarse de mision tan delicada, de que él mismo redactó las instrucciones. Reducíanse estas á negociar directamente con el Padre Santo, y proponerle, ó que conservase para sí la Santa Sede el reino de Nápoles, cuyo dominio directo le pertenecia, ó que lo tomase bajo su proteccion y amparo como república dependiente de la tiara; ó que concediese la investidura de rey de aquel reino á uno de sus sobrinos. Y en el caso de que el romano Pontífice no diese acogida á ninguna de estas tres proposiciones, á dirigirse al marques de Fontenay y manifestarle que Genaro Annése, el consejo supremo de la república, y los napolitanos de arraigo y de responsabilidad deseaban en-

tenderse solo con él y con el Rey Cristianísimo. Y rogarle que fuese á Nápoles sin demora á representar á tan poderoso monarca, seguro de que haria su presencia y su autoridad mucho mas efecto que la del duque de Guisa, jóven inexperto y que solo habia sido deseado, con poco acuerdo momentáneamente, por una parte muy pequeña de lo mas despreciable del populacho. De suerte que la mision de Patti abrazaba dos negociaciones para echar mano de la una si no tenia buen resultado la otra. Y ambas dirigidas á impedir la venida á Nápoles del príncipe frances, con quien le era imposible competir al villano Genaro Anése.

CAPÍTULO XIX.

MAUNARA y sus dos compañeros llegaron con felicísimo viaje á Roma , donde fuéron muy bien acogidos por el marques de Fontenay. Presentáronse en seguida al duque de Guisa , quien , adestrado sin duda por el baron de Módena y otras personas de talento que le circundaban y en lo posible lo dirigian, los recibió afectuosísimamente, pero negándose á oír sus proposiciones oficiales sino en presencia del embajador. Por lo que á instancia de los comisionados se celebró aquel mismo dia una entrevista en el salon del Marques, en que oficial y solemnemente en nombre de la república pidieron al Duque que se dignase de ir á Nápoles, y de tomar el mando de sus ejércitos. El príncipe, siempre bien aleccionado , despues de manifestar su gratitud á los mensajeros , y de asegurarles de su ardiente deseo de complacer al pueblo que representaba , dijo : que para volar

á su socorro solo esperaba, á fuer de leal súbdito frances, el que se lo mandase el representante de su rey y señor. Apuradísimo se vió Fontenay conociendo el compromiso, y la inmensa responsabilidad en que podia incurrir. Y balbuciendo algunas palabras sin sentido, que manifestaban su turbacion, expuso al cabo que no tenia instrucciones bastantes, y por lo tanto autoridad ninguna para mandar y dar órdenes á tan alto personaje. Pero que tampoco las tenia para poderse oponer á una eleccion espontánea del pueblo napolitano y de su generalísimo, cuando recaía en un príncipe frances, que aun no habia recibido contestacion de la corte á sus últimos despachos. Y que lo único que podia asegurar era, que la escuadra francesa estaba ya navegando la vuelta de Nápoles, y que en ella tendria la nueva república el mas firme apoyo, para asegurar su independenciam y su libertad¹. Bastóle al osado Duque esta declaracion aunque tan ambigua. Y apoyado en ella, aceptó en el acto el cargo con que Nápoles le brindaba, y resolvió partir en cuanto vinieran á buscarlo las falúas.

Contentísimos los comisionados de Genaro Anése con el buen éxito de su negociacion, despacharon por mar y tierra avisos á su capital, pidiendo que viniesen inmediatamente á Finmicino

¹ Comte de Módena.

las barcas que debian conducir al príncipe general.

Loco de contento el duque de Guisa con ver tan cercano el objeto de sus anhelos, miéntras preparaba el viaje y buscaba dineros y municiones que llevar consigo, daba incautamente una inconsiderada publicidad á todas las negociaciones, sin recatarlas ni aun de sus mas encarnizados enemigos. Y con diez mil escudos, que le proporcionó el cardenal de Santa Cecilia, y con una escasa cantidad de pólvora que le vendió el duque de Bracciano, se aprestó á la partida. Nombró confesor al padre Capece, ofreciéndole una mitra, y envió á Paris á un secretario con cartas para su madre pidiéndole fondos, y que negociase con la autoridad de su nombre el que no escaseasen los socorros, y el que apoyasen con calor los ministros del Rey su atrevida empresa⁴.

Cuanto se habia trabajado por unos y otros en tan embrollado negocio lo sabía menudamente el conde de Oñate, embajador de España en Roma, y que seguia una activísima correspondencia con Madrid sobre todo lo que ocurría en Italia. Y como sagaz y entendido, y gran apreciador de las cosas y de las personas, creyó que la ida del duque de Guisa á Nápoles era la ocurrencia mas favorable en la situacion en que se encontraba aquel reino. Conocía personalmente al jóven príncipe, y sabía

⁴ Comte de Módena.

que estaba mirado de mal ojo en la corte francesa, donde su audacia debia despertar recelos, y entorpecer cuando no imposibilitar los socorros, que sin estar él de por medio, hubiera dado la corte de Francia; y no ignoraba tampoco la mala voluntad del marques de Fontenay, circunstancias todas que unidas al estado de desórden en que habia caido la rebelion, y á la envidia y temores que ya se habian despertado en el corazon del villano Annése, debian apresurar forzosamente el descrédito del Duque, y con él nuevos acontecimientos, que al cabo proporcionaran el completo triunfo de las armas españolas. Con tales seguridades del porvenir, fundadas en datos casi positivos, léjos de trabajar contra el duque de Guisa, pensó solo el diplomático español en allanarle diestramente el camino de su perdicion. Teniendo siempre al corriente de todo al Sr. D. Juan de Austria, y al duque de Arcos, que no se descuidaron, valiéndose de sus muchos confidentes, en preparar el terreno de modo que lo encontrase el príncipe aventurero deleznable y resbaladizo.

Tan feliz como habia sido el viaje de los tres comisionados de Genaro Annése, fué largo y penoso el de Francisco Patti, que llegó cuando el negocio estaba ya resuelto. Empezó sin embargo con gran actividad y sigilo sus negociaciones. Mas desengañado pronto de que el Padre Santo no daba oídos á sus propuestas, se acogió á la se-

gunda parte de sus instrucciones, y se dirigió al embajador marques de Fontenay. Mucho, muchísimo se alegró este de cuanto le dijo el agente secreto. Pero conoció muy luego que llegaba tarde, y que impedir ya el viaje del de Guisa era punto ménos que imposible. Así se lo manifestó á Patti, exhortándole á que fuera á Paris para tratar directamente con la corte. Entónces el astuto abogado, consultando ante todo su propio interes, creyó que le importaba ya mas servir al duque de Guisa, que al maestro arcabucero. Se excusó del viaje á Paris con la falta de medios, y de credenciales é instrucciones. Y se despidió del embajador, demostrándole que se resignaba con lo resuelto, supuesto que podia ser en beneficio de su patria. En seguida fué á buscar á los otros comisionados, fingiendo que acababa de llegar de Nápoles, para apresurar la partida del Duque. Y aun tuvo la desfachatez de asegurarlo así al mismo, con las mas bajas y viles adulaciones ¹.

Llegaron en esto á Finmicino catorce barcas ó falúas napolitanas destinadas para el viaje del príncipe. Este apresuró sus preparativos, y despues de mil necias publicidades y de darse una pueril importancia, dispuso su salida de Roma con un aparato triunfal. Llevando la lijereza y petulancia hasta el extremo de pasar con su comitiva y un trompeta delante, por la plaza de España, y por

¹ Comte de Módena.

debajo de los balcones del conde de Oñate, que acaso al verlo desde detras de sus vidrieras desplegaria los labios con la sonrisa de la compasion. Acompañáronlo en varios coches el marques de Fontenay, el cardenal de Santa Cecilia, y otros señores y prelados franceses, hasta la Basílica de San Pablo, extramuros. Allí se despidieron, prosiguiendo el Duque su viaje á caballo hácia el mar, con el baron de Módena y los emisarios napolitanos. Llevando ademas en su séquito al señor de Cerizantes, como representante de Francia nombrado por el embajador, esto es de espía; á Jerónimo Fabrani en calidad de secretario, y á Agustin de Lieto con la de capitan de guardias. Cada falúa no podia contener mas que dos ó tres pasajeros. El Duque entró en una con solo su ayuda de cámara, y en las otras se repartió la comitiva, dando la vela con tiempo bonancible el 13 de noviembre de 1647, á la media noche⁴.

Al siguiente en las aguas de Ponza descubrieron esta flotilla tres galeras españolas, que estaban en acecho. Pero no pudieron darle caza, porque se dispersaron inmediatamente las falúas en todas direcciones, y no conociendo en la que venia el príncipe, no sabian á cual habian de perseguir, mucho ménos desapareciendo pronto todas á favor de la noche oscurísima y borrascosa. En tanto con destreza suma y sin perder tiempo,

⁴ Comte de Módena.—De Santís.—Capecelatro, MS. y otros A. A.

la barca en que venia el Duque, navegando tierra á tierra, y pasando entre las islas Ischia y Procida, con rumbo á la de Capri, apareció al amanecer en el golfo. Y aunque acosada por la mosquetaría de los botes armados, que envió D. Juan de Austria á perseguirla, arribó en salvo á la torre del Grecco; de allí se trasladó inmediatamente á la playa del Cármen, recibida por el pueblo con la mayor alegría y entusiasmo.

CAPITULO XX.

EN punto harto crítico llegó el duque de Guisa, provisto de fantásticas esperanzas, mas bien que de efectivos recursos, á ponerse á la cabeza de un alzamiento popular, con mas ruidosa apariencia, que poderosos medios de conseguir un triunfo glorioso y duradero. El movimiento que, empezando motin despreciable de muchachos contra la gabela de la fruta, llegó á ser rebelion abierta contra la dominacion española, habia recorrido en breve tiempo largo espacio, pero por terreno poco firme, y se hallaba desfallecido de su propio esfuerzo. Es verdad que todo el pais estaba en armas; pero no conforme ni en la causa ni el fin con que las empuñaba y esgrimia. Es verdad que ciento y cincuenta mil hombres, secundados por la casi totalidad de la poblacion, habian peleado, y peleado con valor heróico y con constancia tenaz, en la capital y en los alrededores; pero este

número estaba ya muy disminuido, y era aun mas pequeño si se contaba con él para operaciones difíciles y en regla. Y ademas no eran solo aquellas tropas populares, y aquellas masas informes é indómitas de popolucho los habitantes de la ciudad. Los vecinos de arraigo, los que vivian ó de empleos públicos, ó del tráfico, ó de la industria, llamados entónces *Capas-negras*, y que componian la clase media del pueblo napolitano; si se alzaron contra los impuestos, ó por satisfacer resentimientos personales, ó por buscar medio de acrecentar su fortuna, estaban hartos de aquel desorden, disgustados de los excesos del populacho, desengañados de toda ilusion, deseosos de tranquilidad; y no eran enemigos de la dominacion española, creyéndola prenda única de estabilidad y de reposo. La nobleza, que no dejaba de tener poderío, y mucho peso en la balanza de los destinos del pais, combatia encarnizadamente la revolucion. Y tres castillos casi inexpugnables, muchos puntos importantes de la ciudad y el dominio absoluto del mar, eran de los españoles. La conmocion duraba y crecia, pues porque el temor de los *Capas-negras* á los asesinatos y á los incendios los tenia aterrados y retraidos, sin atreverse á comunicar entre sí y á ponerse de acuerdo por no incurrir en sospecha de los agitadores; y porque las escasas fuerzas españolas, aunque ventajosamente colocadas, no tenian poder suficiente para

destruir las masas proletarias, ni para inspirar confianza bastante á la clase media, inerte, sí, pero disgustada y numerosa.

La organizacion misma de la parte militante del pais no dejaba esperanza de consistencia alguna. En las provincias no era uniforme; en la ciudad, si bien habia la suficiente para pelear, no habia ninguna que la constituyese. Y ya creyéndose fiel al Rey de España, ya declarándose enemiga de los españoles, ya proclamándose república, ya echándose en brazos de un príncipe extranjero, siempre era una masa de proletarios, de descontentos y de bulliciosos, armada é indomable, con un hombre cualquiera y eventualmente á la cabeza, que la empujaba mas que la regía; y que la tiranizaba ó la obedecia humildemente, pasando con rapidez de señor á siervo, y de verdugo á víctima. La rebelion en fin del reino de Nápoles, que tanto ruido hacia en Europa, no podia tener por resultado la independencia, porque no tenia fuerzas propias ni físicas ni morales para conquistarla. Solo con una escuadra superior á la de D. Juan de Austria, y con tropas de desembarco suficientes para levantar el bloqueo de la capital, uniformar la opinion de las provincias, organizar el pais y arrojar despues de largos sitios en regla á los españoles de las fortalezas, hubiera podido Nápoles cambiar de dominacion; pero no constituirse en estado independiente. Y esta mudanza de mano,

si es que era favorable para los napolitanos , solo podian verificarla franceses ; pero su cooperacion era dudosa con la intervencion de un príncipe mal visto en la corte de Francia , temerosa de su exaltacion.

Todas estas circunstancias y las reflexiones consiguientes habian ya , como dijimos , arreglado la conducta del conde de Oñate , y marcaron al señor D. Juan de Austria y al Duque virey , la que debian de observar ; así que no vieron en el duque de Guisa mas que un aventurero , que si iba por lo pronto á dar calor efímero á la rebelion , iba luego á ser un estorbo para su progreso , y acaso el medio mas eficaz de su acabamiento y de su ruina. Y resolvieron mantener á toda costa las posiciones ventajosas de que eran dueños , apretar el bloqueo de la ciudad , y esperar á que los desaciertos del nuevo caudillo , y el cansancio , desorden y miseria de las masas combatientes , dieran el triunfo á las armas españolas.

No pensaba lo mismo el inexperto y arrogante príncipe frances , pues sin considerar que solo habia traído á la república en embrion una docena de aventureros para todo refuerzo , siete ú ocho mil escudos por todo auxilio , y unos cuantos quintales de pólvora por todo socorro ¹ ; ufano y desvanecido en el feliz éxito de la travesía , con las salvas del torreón del Cármen , con las aclamacio-

¹ De Santis.

nes del populacho , se creia ya libertador de un pueblo oprimido , fundador de una monarquía independiente , árbitro futuro de la suerte de Italia toda. Rodeado de tan lisonjeras esperanzas y de un inmenso gentío que lo vitoreaba , se dirigió á caballo á la iglesia catedral para dar gracias de su feliz arribo al Todopoderoso. Y en seguida lo llevó consigo Genaro Annése á su guarida del torreón del Cármen , para que allí viviese en su compañía, ínterin se le preparaba mas digno y decoroso alojamiento ⁴.

No sería ciertamente muy agradable para el orgulloso príncipe frances , para el atildado petimetre de Paris , el verse tratado tan familiarmente por el zafio arcabucero , y el encontrarse en su asquerosa manida. Donde aunque se veian hacinadas por los rincones vajillas de plata y oro , telas riquísimas y otros preciosos objetos robados , habia tanta inmundicia , tan pestífero olor , tales harapos , y ajuar tan pobre y tan repugnante , que la persona ménos delicada no hubiera podido permanecer allí cinco minutos. Aumentaba lo disgustoso de aquel cuartucho la desharapada esposa del generalísimo del pueblo , que allí á su lado , desgñada y sucia , preparaba en un anafe de yeso la escasa comida de su marido ; que iba á ser el banquete de todo un Enrique de Lorena. Y como para dar el último perfil á tan repugnante

⁴ De Santis.

escena, Genaro Annése, mientras se acababan de preparar los macarrones, haciendo alarde de confianza con su huésped, se puso muy oportunamente á curar con ciertos unguentos una llaga pestífera y cancerosa, que tenia en una pierna ¹.

Es la ambicion la mas acomodativa y doblegable de todas las pasiones. Y el duque de Guisa conociendo que el indisponerse con Annése, ó el desagradarle en aquellos primeros momentos, podria dar por tierra con sus gigantescos planes, se mostró contentísimo de aquella grosera familiaridad y repugnante acogida. Abrazó muchas veces al arcabucero, acarició á la cocinera, elogió el albergue franco y la comida sóbria, conferenció íntimamente con el generalísimo, procurando desvanecer en él todo recelo de ser suplantado, y hasta se prestó á acostarse con el hediondo jefe popular, pasando la noche á su lado en un colchon en el suelo, mientras roncaba en otro allí inmediato la señora del castillo. — No sabemos si el cansancio de la navegacion, y las fuertes emociones de la llegada le proporcionaron tranquilo reposo en tan poco digno hospedaje; ni si ensueños de gloria y de poderío revolaron sobre su frente. Las historias de aquel tiempo solo dicen, que pasó la noche vestido, y que se levantó al amanecer para recorrer la ciudad.

Cercado de innumerable populacho que creia

¹ Comte de Módene.

ver en el duque de Guisa su libertador , y seguido del temor de los *Capas-negras* , que ignorantes de los antecedentes de aquel príncipe , creían que estaba detras de él todo el poder de Francia ; fué á reconocer los puestos militares , á revistar las tropas de paisanos armados , que tan denodadamente combatían , y sobre las que , justo es confesarlo , brillaba la aureola de la constancia y del valor ; y á examinar por sí mismo los recursos con que contaba el pueblo rebelde que venía á gobernar. Muchas ilusiones se le desvanecieron aquella mañana , viendo con sus propios ojos lo exagerado de las noticias que volaban por el mundo sobre el poder y el porvenir de la rebelion napolitana. Halló , es verdad , una masa de hombres resueltos y armados muy considerable ; pero solo había en ella ocho ó diez mil verdaderamente capaces de guerrear en regla. Y cuando creía encontrarse con todos los habitantes de la capital , y aun de las ciudades de provincia , uniformes en opinion , en deseos , en odio á los españoles , en ansia de libertad , se encontró con que una respetabilísima clase media permanecía indiferente y disgustada cuando no hostil ; y que era tan numerosa , que con solo resolverse y querer podía inclinar á su lado la balanza de la fortuna. Vió que en la misma masa militante no reinaba orden ni concierto : que la república no estaba organizada y constituida , y que era imposible que lo estuviese : que los jefes

populares gozaban de escasísimo poderío y de muy efímero ascendiente; y que, aunque abundaban en las filas del pueblo, veteranos de bizarría y de arrojo, no habia al frente de ellas oficiales expertos, prácticos é inteligentes, capaces de dirigir con tino las combinadas operaciones que aquella guerra requeria. Advirtió la falta total de dinero, la escasez completa de víveres, la mezquina provision de armas y de municiones: finalmente la imposibilidad de llevar á cabo con aquellos elementos los planes que habia concebido en Roma, y que le habian traído á aquel teatro de desdichas.

Pero sin amilanarse, confiando en lo sonoro de su nombre, en los caprichos de la fortuna, en su valor personal; y creyendo alucinado que el gabinete frances no le abandonaria, y que la influencia de su familia podria procurarle tesoros y soldados con que coronar su empresa, se propuso seguir adelante impertérrito, y aprovechar aquellos primeros momentos de entusiasmo popular para probar la mano, procurando obtener alguna ventaja sobre los españoles, que diese gloria á su nombre, y que sirviese de buen agüero para las empresas futuras.

Con el objeto de aumentar la consideracion del pueblo de Nápoles y del reino todo, y para fortalecer la suprema autoridad militar, que iba á ejercer, dispuso el duque de Guisa, ó por mejor decir, hizo proponer á Genaro Annése, y aprobar á

la junta popular de San Agustín, que se le tomase juramento de fidelidad á la República solemnemente en la catedral. Y que se le entregase allí, con las ceremonias debidas, un estoque bendito en forma por el arzobispo cardenal. Conociendo Filomarino cuánto iba á comprometerlo este paso, con que sancionaba la rebelion, se excusó con el mal estado de su salud. Pero un aviso, mejor dicho una amenaza secreta, que le fué comunicado, de que si no se prestaba de buena voluntad correria riesgo su persona, le decidió á asistir á la funcion y á bendecir y entregar una espada con que debian ser exterminados los españoles y destronado el legítimo soberano. Accion que le desacreditó sobremanera con la gente sensata⁴, y que oscureció en gran parte la justa reputacion que habia ganado con su conducta, ya prudente, ya enérgica, ya arrojada, y siempre digna en aquellas difficilísimas circunstancias.

En tanto el general Tuttavilla consiguió nuevas ventajas sobre el puente de Scafati, deshaciendo, no sin trabajo y despues de reñida pelea, unos cuatrocientos caballos napolitanos que salieron de la ciudad para sorprenderlo. Con lo que apretado el bloqueo pudo rehabilitar las aceñas de Torre de la Anunciata, y enviar algunas harinas á Castelnovo. Pero no bastaron para socorrerlo, segun la

⁴ De Santis.—Capecelatro, MS.—Aguello de la Porta, MS.—Comte de Módena.

necesidad en que estaba. Por lo que le mandó terminantemente el Virey que tratase á toda costa de abrir el paso de la gruta de Posilipo, único camino de recibir bastimentos. Tuttavilla, aunque creia de difícil éxito esta empresa, se preparaba á tentarla. Y dispuso en Punol doscientos buenos caballos, que reuniéndose con alguna infantería que de la guarnicion de Castelnuovo debia llevar á la playa de Pagnoli una galera, intentasen sorprender la gruta. Pero como tuviese aviso por medio de sus confidentes de que el duque de Guisa queria empezar su campaña atacando á Aversa, cuartel general de la nobleza; y luego á Capua, para abrirse el camino de Roma, tuvo que reconcentrar sus fuerzas para impedir esta operacion.

Efectivamente el príncipe frances intentaba acometerla; mas cuando supo el movimiento concéntrico de Tuttavilla, la dejó para mas adelante, y pensó solo en ganar alguna ventaja notable en la ciudad. Determinó pues, consultando con los jefes populares, por los que afectaba la mayor deferencia, atacar el puerto de San Carlos de Mortella, para apoderarse luego de las eminencias y acercarse á Santelmo.

El 21 de noviembre dispuso el duque de Guisa al amanecer una columna de cuatro mil hombres para verificar las operaciones, que empezó con muy buenos auspicios. Apoderáronse de los pri-

meros reparos, con muerte de muchos españoles, y se derramaron á saquear é incendiar las casas contiguas. Cargaron sobre ellos D. Carlos de Gante y el capitan Fusco con dos compañías de arcabuceros, y los pusieron en grande apuro. Y queriendo la reserva de las tropas del pueblo socorrer á los suyos, se interpuso oportunamente Mr. de Batteville, seguido de D. José de Sangro y del príncipe de Taosis con gente de fresco, y destrozó completamente la columna que subia al socorro de la que estaba ya derramada por la altura, causándola una gran mortandad. Consternóse el pueblo y quedó no solo frustrada la operacion del nuevo caudillo, sino tambien desacreditado su nombre y con mal agüero su fortuna ⁴.

⁴ De Santis. — Comte de Módene. — Capecelatro, MS.

CAPITULO XXI.

Este descalabro, y el descrédito del corto séquito con que se habia presentado el duque de Guisa, de los ningunos socorros que habia traído y de la tardanza de la armada francesa, empezaron á disgustar á muchos de los hombres del pueblo. E instigados secretamente por los agentes ocultos del Virey y de D. Juan de Austria, no dejaron de manifestarlo en plazas y corrillos. Esto obligó á Genaro Annése, aunque no le sonaban mal aquellas hablillas, á dar varias órdenes prohibiendo con severas penas tal desahogo, y al Duque á publicar una melíflua proclama, henchida de ofertas y de buenas esperanzas. Y á procurar por todos los medios que le habia dado naturaleza, captarse el afecto del populacho. Achacó la rota padecida á la confusion que ocasionaba la multitud de jefes y cabos que, interpretando á su modo las órdenes superiores, imposibilitaban toda unidad de ac-

cion. Y dispuso un nuevo arreglo del paisanaje armado, organizándolo segun un nuevo sistema frances. Para esto quiso formar un regimiento modelo, y mandó que cada capitán de Utina le diese diez hombres escogidos, con el sueldo de un carlin diario. Y ofreció la misma ventaja á los soldados napolitanos que desertasen de las banderas españolas. Mientras se dedicaba á estos arreglos militares, no se descuidaba en atraerse por todos los medios reservados posibles la adhesion de los *Capas-negras*, dejándoles entrever que iba á enfrenar al populacho, y á darles la influencia saludable en los negocios públicos. Y empezó tambien á procurar que se disminuyese el encono del pueblo contra la nobleza, buscando tambien medios de halagarla y de darle esperanzas del pronto restablecimiento del orden en todo el pais. Pero llevando de frente y no sin sagacidad todas estas negociaciones, meditaba al mismo tiempo el plan de apoderarse de Aversa. Y tomaba sus medidas para alejar de ella al general Tuttavilla, que con su columna volante y actividad suma corria de una parte á otra, logrando siempre ventaja en diarios encuentros y continuas escaramuzas.

Por entónces recibió de Madrid el Virey, duque de Arcos, en contestacion á sus despachos dando parte de la segunda avenencia celebrada con el pueblo despues de la muerte de Masanielo, completa aprobacion de su conducta, y plenos pode-

res para un arreglo definitivo, y para hacer en nombre del Rey todo género de concesiones á los napolitanos. Y creyendo que esta autorizacion, la sancion real dada á las capitulaciones hechas, y la seguridad de que le obtendrian las que aun se pudieran hacer, abrian nuevo campo á una fácil negociacion; imprimió y repartió con profusion la plenipotencia de que estaba revestido, con una exhortacion á la paz, y con nuevas ventajosas propuestas. El crédito del negociador entra por mucho en el éxito de las negociaciones, y el del duque de Arcos andaba muy por tierra, con la mala fe de sus anteriores tratos, para que pudiese inspirar confianza alguna. Así que, á pesar de sus nuevos y amplios poderes, su nombre solo cerraba la puerta á todo acomodamiento⁴. Siendo la respuesta general á sus nuevas insinuaciones, que nadie se fiaba de sus ofertas, ni creia en sus palabras conciliatorias. Desaire completamente personal, reforzado con un bando de Genaro Annése prohibiendo bajo pena de la vida todo trato con el Virey.

Corrido el duque de Arcos disimuló la afrenta que á su nombre se hacia, y trató de minar al de Guisa y á Annése por otros medios. Miéntas el Sr. D. Juan de Austria, convencido de que el reino se perdia, miéntas tuviese el mando supremo tan desacreditado y aborrecido Virey, meditaba el

⁴ De Santis.

modo prudente de quitar este estorbo á la paz y á la terminacion de tantos desastres.

El duque de Guisa persistiendo en su idea de salir en campaña, y de acometer á Aversa, reunió la gente popular en San Agustín, y expuso en ella, no sin acierto, y dando á entender que no le era extraña la ciencia de la guerra, que continuar perdiendo fuerzas y tiempo en atacar con éxito ó sin él los puestos españoles, sería perecer en una lucha interminable. Y que era preciso llevar la guerra fuera de la ciudad, deshacer el bloqueo para proveerse de bastimentos, animar al país, y esperar con ventajas positivas y con una organizacion estable la armada francesa, que no podia ya tardar en aparecer. Y concluyó proponiendo la expedicion sobre Aversa, pintándola tan fácil como importante. Grandes y unánimes aplausos recibió por respuesta, y se decidió en la junta, por voto general, ponerse completamente en sus manos, y fiarle, sin restriccion alguna y sin intervencion de nadie, el arreglo y ejecucion de las operaciones militares⁴.

No agradaba mucho á Genaro Annese este ascendiente que ganaba el Duque. Pero tenía que doblegarse á él, mal de su grado. Y ayudó á la empresa propuesta con eficacia, por no hacerse sospechoso. El de Guisa organizó con destreza el cuerpo de tropas populares que debian acompañarle

⁴ Comte de Módene. — De Santis.

á la expedicion , y dispuso al mismo tiempo varias oportunas salidas para distraer á Tuttavilla , y ocuparlo léjos del verdadero punto de ataque. Pero el activo y entendido general no ignoraba ninguno de sus planes , y se los comunicaba constantemente al Virey. Mas este no daba gran valor á sus noticias , y le apretaba sin cesar para que emprendiera la toma de la gruta , creyendo remediar así la miseria que reinaba ya en los castillos , alterando la salud de sus guarniciones.

Preparado todo para el ataque de Aversa , trató el duque de Guisa de nombrar maestro de campo general , altísimo empleo que habia querido reservar para su hermano segundo. Muchas ambiciones se pusieron alerta. Monsieur de Cerisantes se lisonjeó de obtenerlo , aunque solo habia venido como espía del marques de Fontenay , y era completamente ajeno á la carrera militar. Tambien tuvo la audacia de aspirar á él Agustin de Lieto , hombre de nada , y cuyo nombramiento de capitán de guardias habia ya escandalizado á Nápoles. Pero lo obtuvo el baron de Módena , buen soldado y leal caballero , que no quiso por cierto recibir la patente de la junta popular con la firma de Annése , sino expedida y firmada por el mismo Duque¹.

Entre tanto un bandido llamado Papone se alzó en las inmediaciones de Gaeta con una tropa nu-

¹ Comte de Módene.

merosa, y saqueando y destruyendo los casales en que no habia cundido la rebelion, llegó á talar los campos de Capua, y á dar cuidado á Aversa, que ya temia ser embestida. Aprovechando esta favorable incidencia y la venida de Pastena de tierra de Salerno con gran golpe de rebeldes á acometer á la Cava, y á caer de nuevo sobre el puente de Scafati, salió el Duque de la capital el doce de diciembre al frente de cuatro mil peones, quinientos ginetes y seis cañones gruesos, todo con bastante órden y buen ánimo, pero con escasas municiones. Y se dirigió á San Giuliano, casal de mucha importancia, situado ventajosamente entre Aversa y Nápoles. Apoderóse de él sin dificultad, y extendióse al de Santantimo poco distante. El baron de Módena, con tanta actividad como inteligencia, pensó inmediatamente en fortificar ambos puntos. Pues teniendo los nobles mucha y buena caballería y pocos infantes, era necesario ponerse á cubierto de un rebato.

El general Tuttavilla avisado á tiempo de la salida en campaña del Duque, dejó reforzado el puente de Scafati, avisó á Castelamare para que saliera su escasa guarnicion á detener á Pastena, y revolió al socorro de Aversa, llegando oportunísimamente.

El príncipe frances, aprovechando la ocupacion del Baron con las obras y reparos que dirigia, trató de entablar, contra su dictámen, hablas se-

cretas con los de Aversa, para mostrar á los nobles su buena voluntad. Y solicitó una entrevista con alguno de ellos, lo que no tardó en conseguir. Cuando lo supo el leal y entendido consejero, le manifestó que era muy aventurado el paso que iba á dar, no por desconfianza de los nobles napolitanos, incapaces de felonía, sino por la sospecha que iba á despertar en el pueblo, y por el partido que podia sacar el envidioso y enconado Genaro Annése. El Duque recibió con ceño estas juiciosas observaciones del único hombre que lo seguia con verdadera lealtad y puro interes, y llevó adelante su poco meditado plan.

Ajustada la conferencia, se señaló para celebrarla el convento de Capuchinos, que está entre San Giuliano y Aversa; y se pactó que cada parte llevaria solo nueve hombres de séquito. Al dia siguiente por la mañana llegó el primero al puesto marcado el duque de Andria, en nombre de los de Aversa, con sus nueve caballeros. Y minutos despues llegó el duque de Guisa con otros nueve, entre los que iban el baron de Módena, que no quiso dejar solo al Príncipe, y algunos oficiales napolitanos. Al avistarse se adelantó á galope el de Andria, y lo mismo hizo el de Guisa; y despues de saludarse cortesmente, echaron ambos á un tiempo pié á tierra y se abrazaron. Visto lo cual se apearon y acercaron ambas comitivas, mezclándose sin recelo y con noble cordialidad. Conferen-

ciaron los dos Duques largo tiempo en la celda prioral, tratando el frances de persuadir á la nobleza que dejara la causa de España y se adhiriese á su servicio; y contestando el napolitano, que jamas dejarian los nobles las armas en defensa del Rey legítimo á quien habian jurado fidelidad. Con lo que, sin adelantar nada, se retiraron, satisfechos uno y otro de la cortesanía, lealtad y honra con que por ambas partes se habia celebrado la entrevista¹.

El historiador de Santís, á quien no hemos perdido de vista en el curso de esta historia, dice que esta habla se tuvo despues del ataque del puente de Frignano. (que luego referirémos). Y que la procuró y ajustó el general Tuttavilla, con la intencion de apoderarse traidoramente de la persona del Duque, si no se prestaba á retirarse del reino. Y añade que el temor de la escuadra francesa, que llegó el mismo dia, impidió el atentado. Pero el baron de Módena, que no pierde ocasion de denigrar á los españoles y á sus partidarios, y que como maestro de campo general y confidente íntimo del príncipe frances debia estar al corriente de cuanto pasaba, y que, como hemos dicho, asistió á la conferencia; la refiere como ocurrida ántes de la tal jornada de Frignano, y del arribo de la escuadra francesa. Y no indica la menor sospecha sobre la buena fe y caballerosidad del

¹ Comte de Módene. — Memoires du duc de Guisa.

general Tuttavilla , á quien siquiera nombra en esta ocasion , y de los señores de Aversa. Ni es de creer que tan esclarecido general , y caballeros de tanta estima , como lo son y lo han sido los napolitanos , pensasen en tan indigna superchería. O estuvo de Santis mal informado , ó algun resentimiento personal le hizo acoger como cierta la sospecha de algun malicioso , ó alguna hablilla vulgar y despreciable.

Sucedió como lo habia previsto el Baron. Genaro Annése y muchos de los jefes populares se escamaron con esta conferencia. Y no tuvieron que hacer poco el Duque y sus partidarios para remediar el daño , rectificar la opinion de las turbas , contener las hablillas de la soldadesca y restablecer la confianza y la disciplina.

Pocos dias despues , avisado el duque de Guisa de que en el casal de San Cipriano habia un considerable almacen de grano , envió las compañías de Giaromo Rosso á apoderarse de él. Este movimiento alarmó á Aversa , y salieron de ella mil y quinientos caballos con direccion á San Giuliano. Estaba comiendo el Duque cuando recibió el aviso de los puestos avanzados. Y montando á caballo , mandó al Baron que pusiera las tropas á punto de defender el cuartel general , al Sr. Zuords que con la infantería de Santantimo saliese á sostenerle , y voló con la caballería al encuentro de la de sus enemigos , que en buen orden se aproximaba. Pa-

sado el puente de Frignano decidió la carga , y las compañías de su guardia la dieron con intrepidez. Pero los nobles las arrollaron de tal modo, que se pusieron en desórden los escuadrones que las sostenian. El Duque en aquel conflicto se portó con la bizarría que distingue y ha distinguido siempre á los príncipes franceses , y haciendo prodigios de valor trató de rehacer á los suyos ; pero lográndolo tan imperfectamente, que era imposible el sostenerse , mandó tocar á recoger , y dispuso la retirada por el puente de Frignano , paso dificultoso, y en el que se temió una completa derrota, porque la caballería de la nobleza le apretaba muy de cerca. El baron de Módena habia provisto á su seguridad , pues sin decirle nada habia emboscado la infantería en unas casas hundidas y espesos matorrales que cubrian la entrada del puente. Y saliendo al proviso con ellas sostuvo la retirada del Príncipe , conteniendo con notable descalabro la caballería de Aversa⁴. Del séquito del Duque quedó prisionero el Sr. de Orillac , vilmente asesinado luego por un cobarde ; pero los nobles napolitanos le hicieron unas magníficas exéquias , para dar un testimonio público de que no habian tenido parte en aquel crimen , y de que como buenos, sabian honrar el valor de sus enemigos.

Este reencuentro, aunque tan desgraciado, dió mucha nombradía al Duque, por la brillante mues-

⁴ Comte de Módena. — Capecelatro, MS.

tra que dió de su valor personal. Y desmintió completamente las hablillas y las sospechas nacidas de su conferencia con el de Andria.

Seguia pues en su cuartel general de San Giuliano extendiéndose por los casales que circundan á Aversa, esperando para embestirla que Papone acabase de interceptar el camino de Capua, y que Pastena llegase con las fuerzas de Salerno; cuando recibió aviso de Genaro Annése de estar á la vista la armada francesa. Noticia que le enajenó de gozo en el primer momento, pero que re exionando luego, lo dejó suspenso y discursivo.

Efectivamente, el 18 de diciembre de 1647, al amanecer, aparecieron en el golfo de Nápoles, y fondearon luego en la punta de Posilipo veinte y nueve naves gruesas con cuatro mil hombres de desembarco, y cinco brulotes. Mandaba estas fuerzas el duque de Richelieu, y le acompañaban el comendador de Gontes, el bailio de Valance, y otras personas de cuenta que venian voluntarias á la expedicion¹. La armada española, casi desmantelada y desprovista de tripulacion, se hallaba dividida en tres distintos puntos. En Baya donde estaba el Sr. D Juan, en el puerto de Nápoles al abrigo de los castillos, con Gianetin Doria. Y en Castellamare á donde habian ido algunos bajeles para guardar la costa. Y si la escuadra francesa la

¹ Comte de Módene. — De Santis. — Raph. de Turrís. — Capece-
latro, MS.

hubiese atacado así dispersa y desapercibida, y sin tener en ninguno de los tres puntos fuerza suficiente para resistir, habria sido sin duda alguna destruida. Y el no haberlo hecho fué cosa tan de bulto que maravilló á todos, dando á los napolitanos suspicaces muy mala espina del intento de aquellas fuerzas auxiliares.

Dado fondo, trataron los franceses de reconocer la punta, para verificar la desembarcacion. Y despues de recibir á bordo á los comisionados del pueblo que fuéron á cumplimentar al almirante con gran cortesía, al despedirlos les manifestó este que estaba dispuesto á enviar guarnicion de sus tropas al torreón del Cármen. Desconcertó esto sobremanera á Genaro Annése, siempre temeroso de perder un ápice de su autoridad. Y reuniendo la junta popular, presentó la proposicion sin apoyarla ni contradecirla; pero los amigos del arcabucero, ayudados sin saberlo por los agentes del Virey, y por los *Capas-negras*, pusieron tan diestramente en juego la desconfianza que habia inspirado el que la armada francesa en cuanto llegó no hubiera empezado su ayuda á la república, por destruir la armada española; que resolvió casi por unanimidad oponerse á que los franceses guarneciesen la ciudadela del pueblo. Desabrido el de Richelieu con esta repulsa, no verificó tampoco el desembarque en la punta de Posilipo. Solo saltó en tierra, con escaso acompañamiento, el abate

Baschi, familiar del cardenal de Santa Cecilia, para ir á San Giuliano á visitar al duque de Guisa.

Llegó sin contratiempo, fué recibido con mucho júbilo, y regresó á los bajeles despues de una larga y secreta conferencia. No sabemos lo que en ella pasó, pero quedó de ella tan desconcertado el Duque, que prorumpió imprudentísimamente en público en groseras injurias á la Francia, á su gobierno y su Almirante, con palabras y acciones de frenético¹. Traia órden el de Richelieu de entenderse solo con Genaro Annése, y de ponerse en todo á su disposicion. Sin que en las instrucciones se mencionase ni aun por incidencia al duque de Guisa. Y aunque el prudente baron de Módena procuró calmarlo y aconsejarle lo que mas convenia, el acalorado mancebo, sin oir mas voces que las de su resentimiento, resolvió impedir por todos los medios posibles el desembarque de franceses á quienes ya detestaba como enemigos, y dar á conocer al gobierno de Francia que se engañaba miserablemente dando importancia al ignorante y vil maestro arcabucero, y en no darla á un príncipe ilustre de su nacion. Decidido á todo para desembarazarse de los juiciosos consejos del Baron, lo envió bruscamente á continuar el sitio

¹ Comte de Módene. — M. Marie Turge-Loredan. *L'état de la république de Naples sous le gouvernement de monsieur le duc de Guisa*, traduit de l'italien. (Este autor, que no creemos fuera mujer, dice en el prólogo que su obra es traduccion de las memorias manuscritas del P. Capece, confesor del Duque, á lo que tampoco damos gran fe.)

CAPITULO XXII.

INFORMADO el duque de Arcos de cuanto habia hecho y dicho tan indiscretamente el de Guisa, y del proyecto que á Nápoles le traia, vió el cielo abierto, y que la suerte propicia le proporcionaba el medio mas oportuno de alejar la armada francesa, que le habia puesto en extremo cuidado. Y ántes que llegase á la ciudad el irritado y poco sesudo príncipe, puso en juego sus artes habituales, circuló con tanta rapidez sus instrucciones á los *Capas-negras*, y preparó el terreno con tanto acierto, que la recepción del Duque frances tuvo toda la apariencia de un verdadero triunfo, y jamas el entusiasmo pareció mas general. El letrado Agustín Milo, y los otros que adulando al incauto mancebo pérfidos lo vendian, aprovecharon su desvanecimiento para hacerle creer que el pueblo no queria mas jefe que á él, y que para nada necesitaba de franceses ni de una escuadra sospe-

chosa, por no haber destruido la española, como tan fácil le hubiera sido.

Hinchado con tales obsequios y lisonjeado con tales insinuaciones, reunió el duque de Guisa la junta popular, y pidió en ella determinado, el mando supremo; acusando á Annése de querer entregar el torreón del Cármen al almirante Richelieu, que podia estar de acuerdo con los españoles, para atacar la independencia de la república. En tablóse acalorada discusion. Pero los esfuerzos secretos de los *Capas-negras*, y los públicos y descarados del P. Capece, de José Palumbo, de Grazullo de Rosis, de Cárlos Longobardo y de otros jefes populares, allanaron la pretension del Príncipe frances. Y fué proclamado el 23 de diciembre *Duque de la república napolitana, y defensor del Estado*⁴. Despechado Genaro Annése montó en un caballo, y recorrió los barrios bajos, gritando: que el jefe que proclamaba la junta los iba á vender á los nobles, con los que estaba de acuerdo. Pero como el zafio, cobarde y codicioso arcabucero no habia sabido mas que hacerse enemigos, no encontró eco ni amparo en parte alguna, y confuso y ahogado de impotente rabia se encerró en su torreón. El Duque envanecido con su fácil victoria, avisó de ella, como por desprecio, á Richelieu, y recorrió las calles de la ciudad, recogiendo aplausos de la multitud, y llegando de

⁴ Comte de Módene. — M. Maré Tourge-Loredán.

cuando en cuando á sus oídos los lisonjeros acentos de *viva nuestro Rey*.—El historiador de Santis asegura que fué aquel dia proclamado Dux , como el de la república de Venecia ; pero ningun documento hemos visto que lo indique , y el baron de Módena y otros AA. solo refieren que le fué conferido el título que dejamos mencionado.

Genaro Annése en su torreón podia muy bien haber desconcertado la ufanía y fantásticos proyectos del ambicioso mancebo , entregando aquella fortaleza á los franceses , ó á los españoles. Pero incapaz de resolucion en que se necesitase de habilidad ó de valor , tomó la de enviar humildemente su sumision al nuevo jefe del Estado. Con lo que quedó el Duque reconocido sin contradiccion en Nápoles como la suprema cabeza de la soñada república , recibiendo en seguida la adhesion y felicitaciones de Pastena , Papone y demas jefes de bandas populares de las provincias limítrofes.

Entre tanto la armada española aprovechando una oscurísima noche , con ágiles maniobras , y sin ser sentida , se reunió en Baya. Lo que advertido al amanecer por la francesa , trató de embestirla. Púsose á la vela Richelieu para verificarlo , pero teniendo en contra el viento leveche , que soplabá recio , se dirigió á Castelamare , donde encontró en el valiente Caraffa gallarda resistencia causándole notable daño la artillería de tierra , por

lo que dió fondo fuera de su alcance. El dia 22 fué la armada española reorganizada lo mejor posible con actividad é inteligencia por el Sr. D. Juan; la que atravesando el golfo hizo rumbo contra la francesa. Viéndose esta embestida, levó anclas y salió al encuentro. Ya comenzaba el combate, que era ciertamente de éxito muy dudoso, cuando una violenta turbonada que levantó mucho mar y causó averías en unos y en otros, lo imposibilitó. Los franceses se vieron obligados á salir del golfo, pasando con gran peligro por entre la punta de la Campanella y la isla de Capri, y los españoles fondearon, despues de larga briega, al abrigo de los castillos⁴.

Creyéndose el duque de Guisa ya seguro en la soberanía de Nápoles, y animado con las noticias de las ventajas conseguidas por Papone sobre Teano, por Pastena en el puente de Scafati, y por el baron de Módena en las inmediaciones de Aversa; miraba las fuerzas navales francesas como enemigas, y al verlas alejarse se llenó ¡insensato! de júbilo, prorumpiendo sin reserva en los mayores dicterios contra Francia en general, y contra el duque de Richelieu, el marques de Fontenay, y el cardenal Mazarino.

Pasado el temporal, volvió á aparecer la armada en el golfo el dia 27; salió á su encuentro la es-

⁴ De Santis. — Comte de Módene. — Relacion de D. Juan de Austria, dirigida al Rey.

pañola, trabóse combate, pero flojamente y sin suceso decisivo. Y fondeó el duque de Richelieu detras de Nisida. Desde allí pidió socorro de víveres al de Guisa, este le respondió secamente que Nápoles los necesitaba, con lo que desabrido el Almirante, y sabedor de las bravatas y fieros del desvanecido Príncipe, dió la vela y desapareció, llevándose ademas un bergantin cargado de grano que venía para los rebeldes. Esta brusca partida contentó mucho al duque de Guisa, sin conocer que aseguraba el triunfo á los españoles. Pero los napolitanos, que ignoraban las pasiones de unos y de otros, los manejos ocultos y las verdaderas instrucciones que tenia la armada del Rey Cristianísimo, quedaron atónitos y desanimados viendo partir aquellas fuerzas que con tanto empeño habian solicitado, y en las que habian fundado con razon todas sus esperanzas ¹. Así pues quedaron realizados los sagaces cálculos del conde de Oñate, del duque de Arcos, de D. Juan de Austria y de cuantos tenían verdadero interes por la corona de España.

Libre el duque de Guisa de tan importunos testigos, dió rienda suelta á su ánimo jactancioso, á su propension al lujo y vana pompa, y á su debilidad por el bello sexo ². No descuidaba, es verdad, la guerra, y no dejaba de mostrarse justiciero, con exceso tal vez; pero hablaba mucho y

¹ De Santis. — Comte de Módene.

² M. Marie Tourge-Loredan.

con escasa discrecion; ostentaba un boato que contrastaba con la miseria pública, y hacia descaradamente, sin pudor ni miramiento, la corte á la hermosa viuda del desdichado Toraldo, y á una hermana de su capitan de guardias Lieto ¹. Este y el licenciado Milo, que eran sus íntimos favoritos, ostentaban tambien un lujo insultante. Y echaban mano para sustentarlo de los mas sórdidos manejos ². Todo esto causó el efecto natural en el pueblo; y el mismo duque de Richelieu, ántes de ausentarse la última vez, tuvo á bordo mensajeros secretos para hacerle saber aquellos excesos y escándalos, y que la nacion no queria tal jefe. Y despues marcharon con gran sigilo comisionados á Roma para quejarse al marques de Fontenay de la depravada conducta del Duque ³.

Miéntas este se lisonjeaba ciego de ceñir pronto una corona que alejaba de sus sienes con su poco tacto y liviano proceder, su fiel amigo y leal servidor el baron de Módena, trabajaba para proporcionársela, y darle triunfos que contrabalanceasen sus desaciertos. Y aprovechando las ventajas conseguidas por Papone y por Pastena, apretó con teson la ciudad de Aversa. Hallábase ya en ella en grande apuro el general Tuttavilla, pues con solo la caballería de la nobleza, muy mermada, era imposible defenderla. Pidió socorro de in-

¹ M. Marie Tourge-Loredan.

² Comte de Módene. — De Santis. — Aguello de la Porta.

³ De Santis.

fantería al Virey; pero este no tuvo de donde enviársela. Y se contentó con excitarle á resistir con firmeza todo ataque. Mas viéndose aquel valiente y entendidísimo militar estrechado muy de cerca; que empezaban á ser distintos los pareceres de los nobles, cuyas eran las fuerzas con que contaba, y que algunos de ellos, como lo hizo el duque de Maddalone, se retiraban sin contar con él, llevándose su gente, convocó un consejo de guerra donde, leídas las órdenes del duque de Arcos, expuestos los medios de defensa, y debatidas las probabilidades de su éxito, se acordó por mayoría, como consta del acta de aquella reunion, que tenemos á la vista ¹, abandonar á Aversa, y marchar á reforzar la guarnicion de Capua, plaza mucho mas importante, y necesitada de gente que la defendiera. Ejecutóse inmediatamente aquella misma noche esta resolucioin; pero no con tanto órden como hubiera sido de desear, y con precipitacion tan grande que quedaron abandonados graneros inmensos atestados de grano y de forrajes. El baron de Módena ocupó la plaza al amanecer, viéndola abandonada, se apoderó de todos los repuestos, picó la retaguardia de los fugitivos, y avisó al Duque sin pérdida de momento. Marchó este en persona inmediatamente á tomar posesion de tan importante conquista. Y ó ya que miró con envidia al hábil general que la habia conseguido;

¹ Apéndice, véase el núm. 25.

ó ya que ufano y envanecido con haber depuesto á Annése, y alejado á Richelieu, le ofendian los buenos consejos del amigo; ó porque el veneno que habian derramado en su corazon los nuevos pérfidos confidentes habia hecho su efecto; trató al baron de Módena con un despego, con una altanería, con una ingratitud tan ajena de aquel momento, tan en disonancia con el importante servicio que acababa de hacer á su causa, y manifestadas con tan poco miramiento á la vista de todos, que quedó el vencedor de Aversa harto humillado y ofendido ¹.

El general Tuttavilla logró con dificultad suma llegar á Capua: tan grande fué el desórden de la retirada. Y entró en ella casi solo. Los barones, roto el freno de la obediencia, como suele acaecer en los desastres, se dispersaron con sus fuerzas indisciplinadas. Y unos se derramaron á guerrillear por su cuenta, otros se dirigieron á sus tierras sublevadas, para ver si las podian hacer entrar en razon, y otros acercándose á Nápoles entablaron comunicacion con el Virey. Este puso en consejo de guerra al valiente y desgraciado general, y nombró para sustituirlo á D. Luis Podérico, que con algunas compañías de infantería, y unos cuantos caballos borgoñones, marchó en una galera á la boca del Voltumo para trasladarse á Capua ².

¹ Comte de Módene. — M. Maria Tourge-Loredan.

² De Santis. — Capecelatro, MS.

CAPITULO XXIII.

AUNQUE alejada la escuadra francesa, estaba verdaderamente perdida la rebelion napolitana, nunca en apariencia se vió mas boyante, ni habia contado con tan grandes ventajas. El ejército formado por la nobleza, respetable en caballería, estaba disperso. Papone, dueño de Sesa, Fondi é Itri, y engrosada considerablemente su banda, señoreaba un extenso territorio, sin dejar salir á los españoles de Capua y de Gaeta. Pastena, despues de haberse apoderado del puente de Scafati, habia vuelto triunfante por nuevos refuerzos á Salerno, y era dueño absoluto de tan importante ciudad. Con la toma de Aversa y de sus abundantes graneros, debia reinar la abundancia en Nápoles. Las primeras capitales de las provincias reconocian ya la suprema autoridad del duque de Guisa, seguian armadas y hacian continuas correrías contra los castillos que aun conservaban

los barones, ó que aun estaban por el rey de España; con lo que la guerra era continua, general y encaminada al mismo fin en todo el reino. Y hasta la importante persona del duque de Tarsi, consejero y director de D. Juan de Austria, estaba en Nápoles prisionero, víctima de un exceso de noble arrojo ó de ciega confianza. Pero el duque de Guisa, con su lijero é inconsiderado comportamiento, desperdició el fruto que podian haber producido tan felices coincidencias. Pues creyéndose ya sin enemigos de ninguna especie, ó por mejor decir, derrotados todos, se entregó á rienda suelta á sus pasiones, manifestó abiertamente su envidia á todo género de mérito, é hizo imprudente alarde de sus costumbres relajadas y licenciosas¹, con lo que apresuró su perdicion y la de la causa que tan lijeramente y con tan fantásticos planes habia abrazado. Descuidó el sitio de Capua, donde por falta de dinero se insubordinaron las tropas, padeciendo el honrado Baron que las mandaba serios descalabros. Desaprovechó el recurso de los graneros de Aversa, entregándolos á la codicia de logreros, con lo que no remedió sino aumentó la carestía de Nápoles. Y por mas que los hombres sensatos de la revolucion, que deseaban consolidarla, asegurando la independencia nacional, le instaban para que organizase la república, y le indicaban el modo de ha-

¹ M. Marie Tourge-Loredan.

cerlo pronto y del modo mas conveniente para el país; persistió en permanecer él solo á la cabeza de la sublevacion desorganizada, obrando, segun su capricho, y como absoluto déspota sin regla ni concierto.

Por aquellos dias recibió D. Juan de Austria pliegos de España, con poderes ámplios para hacer todo cuanto considerase necesario para acabar con la rebelion, y para asegurar el dominio de Nápoles, y ofreciéndole pronto socorro. Y trató de corresponder dignamente á esta confianza de su padre y de su Rey. Divulgada la noticia, que oyó con imbécil desprecio el duque de Guisa, aunque debió haber conocido que habia hecho gran mella en los napolitanos; Genaro Annése y su partido por un lado, y por otro los *Capas-negras*, que ya conocian que la Francia habia levantado la mano, manifestaron reservadamente al Príncipe español, que no le sería difícil concertar un ventajoso acomodo, como no interviniese en él el Virey, cuyo nombre era odioso á la nacion. Tambien los barones que guerreaban en distintos puntos, se pusieron de acuerdo entre sí, y le enviaron un mensajero rogándole que tomase el vi-reinato y alejase al duque de Arcos; con lo que podria lograrse fácilmente en una avenencia el fin de tantas calamidades.

D. Juan, de ánimo generoso y benigno, y ajeno de toda ambicion, resistia el despojar á una

autoridad legítima para ponerse en su lugar. Pero apretado por todas partes, y convencido de que el odiado Duque era un obstáculo invencible para la deseada pacificación, juntó un numeroso consejo en Castelnovo. Discutióse en él detenidamente si era ó no posible tranquilizar el reino bajo el gobierno del Virey; si convendría ó no destituirlo, y si el Príncipe, en virtud de sus poderes, podía ó no verificarlo, y tomar su lugar. Los tres puntos, despues de largo debate y de razones de mucho peso, expuestas por las distintas opiniones, se decidieron por considerable mayoría de votos en contra del duque de Arcos, el cual resignó allí mismo su autoridad y entregó el baston, despedido al considerar que otro iba á coger el fruto de su obstinada paciencia y de su lentísima astucia. Pues menester es confesar que si su debilidad, imprevision y falta de enerjía primero, y luego sus imprudentes arrebatos, pusieron las cosas á punto de perdicion; su constancia inflexible en los reveses, esperándolo todo del tiempo, y su funesta habilidad, no envidiable, en atizar rencores, encender pasiones, y desunir, sin reparar en los medios, los ánimos de sus enemigos, tenian ya inminente la completa ruina de todos ellos, y el triunfo seguro de las armas españolas. — Despojado pues del mando y sustituido en él por un príncipe de sangre real y de tan altas esperanzas, partió el 28 de enero de 1648, en una galera, para

Civittavechia , llevando tras sí la maldicion de todo un pueblo. Pero , sea dicho en elogio de su probidad, tan pobre, que tuvo que buscar prestado el dinero indispensable para los gastos del viaje ⁴.

Tomó el Sr. D. Juan el título de Virey interino. Publicó en Nápoles y esparció en el reino una proclama escrita con mucho tacto , que hizo un efecto maravilloso , y despachó á Madrid un correo con relacion circunstanciada de lo acaecido. Y pocos dias despues, ó para demostrar lo seguro que estaba de recóbrar el dominio de la ciudad y del reino todo , ó porque realmente fuese deplorable el estado de la armada , determinó privarse de su apoyo , y de un medio de retirada , y la envió á puerto Mahon.

No dejó de inquietar al duque de Guisa aquel cambio, y trató de ganarse á toda costa al duque de Tuasi , tan influyente en el ánimo del nuevo Virey , y á quien como hemos apuntado tenia prisionero , y no muy generosamente tratado. Mas habiéndose estrellado su plan en la entereza del noble anciano , despreciador de halagos y de amenazas , de palabras blandas y de groseros insultos; determinó ganar con las armas en la ciudad ventajas tales, que aumentaran su prestigio y deshiciesen las esperanzas que empezaban á fundarse en el Príncipe austriaco. — Reunió un cuerpo es-

⁴ De Santis. — Comte de Módene. — Capecelatro, MS.

cogido de tres mil hombres, y atacó con él vigorosamente el arrabal de Chiaja y su ribera. Apoderóse sin gran resistencia del torreón de Piedigrotta, y en seguida de la iglesia de San Leonardo sobre el mar, y se derramaron los vencedores á saquear y ejercer todo género de violencias en los habitantes de aquel barrio poco entusiasta de la rebelion. Orgullosa el Duque con esta victoria quiso embestir á Puzzol, pero volvieron de allí sus tropas escarmentadas.

El Sr. D. Juan, con prudencia muy superior á sus años, anudó diestramente las negociaciones rotas por culpa de su antecesor, tanto con Genaro Annése quanto con los *Capas-negras*. Y no se descuidó en comunicar órdenes á los barones que obraban fuera de Nápoles, para que se reunieran de nuevo, con lo que algunos vinieron disfrazados á tomar personalmente sus órdenes y á ponerse completamente á su disposicion.

Los tratos secretos entre los populares descontentos y el nuevo Virey, empezaron á abrir camino á un arreglo, y aun se cruzaron proposiciones no desatendibles. Aquellos pedian la ocupacion de uno de los castillos, la intervencion en la eleccion de autoridades, y la facultad de enviar embajadores al Papa, bajo cuya proteccion se habia de hacer el ajuste. Este contestaba que el pueblo ocuparia los muros y puertas de la ciudad, y conservaria el torreón del Cármen; que intervendria

en el nombramiento de funcionarios públicos, exceptuándose el de Virey, el de general de la armada y el de gobernador de los castillos; y que podría enviar comisionados á Roma. Pesábanse secretamente estas demandas y estas concesiones, cuando algunos favorables sucesos vinieron á reforzar el prestigio del Príncipe austriaco. Pues si tuvo el descalabro de que las galeras San Francisco de Borja y Santa Teresa fuéron entregadas al pueblo por las chusmas que se rebelaron y asesinaron á los cómitres y oficiales de mar; el príncipe de Roca-romana sorprendió y derrotó á Papone, libertando de su pesado yugo la Tierra de Labor, y restableciendo la comunicacion entre Capua y Gaeta; y el duque de Bovino en un reñido encuentro destrozó á Pastena, en el momento que marchaba á apoderarse sin dificultad de Castelamare y de torre de la Anunciata ⁴.

Estas ventajas adquiridas por las armas reales consternaron á los rebeldes. Y viendo que no estaban contrapesadas con la toma de Aversa, pues que no se habia remediado con ella el hambre de la ciudad; y reconociendo ya todos el error de haber rechazado los socorros de la armada francesa, fué universal el despecho y el abatimiento. Aprovecháronse grandemente de él el villano Genaro Annése, los ardientes partidarios de la soñada república, y los afectos á la paz á toda costa y á los

⁴ De Santis. — Comte de Módena.

españoles. Reuniéndose, como siempre acontece en ciertas circunstancias, los distintos partidos, pequeños aunque opuestísimos entre sí, para destruir al dominante : lisonjeándose cada cual de que quitado el estorbo, supeditara luego á los otros sus aliados, triunfando sus ideas y sus peculiares intereses. ¡Error gravísimo y comun en todas las disensiones civiles!

El duque de Guisa llena la cabeza de viento, confiado siempre en sus propios recursos, y abandonado en brazos de infames favoritos, era el único en Nápoles que no conocia los peligros de la situacion, y creyéndose con mas fuerzas de las que realmente tenia, y contando siempre con el prestigio de su nombre, sin ver que andaba ya por tierra, determinó una embestida general y simultánea á todos los puntos de la ciudad ocupados por los españoles : jactándose de que en un momento y de un golpe iba á apoderarse de toda ella. Opúsose á este descabellado proyecto el baron de Módena, que aunque ofendido y desairado por su Príncipe, persistia á fuer de leal en aconsejarle, y le manifestó con sólidas razones, que la operacion era de éxito muy dudoso, y que lo que convenia era estrechar á Capua, y apoderarse de ella á toda costa. Pero el presuntuoso mancebo despreció sus avisos y preparó el ataque, sin recatar de nadie su plan, ni reservar las instrucciones dadas á los distintos jefes que debian ejecutarlo.

En lo que el príncipe Virey tuvo lugar de prepararse, de reforzar los puestos y de asegurar el éxito para sus banderas.

Dispuesto todo á medida del capricho del Duque frances, que recibió de refuerzo para aquella jornada un número inmenso de bandidos que vinieron á su llamamiento, y de los restos de las tropas del derrotado Pastena, señaló el dia 12 de febrero para el ataque general. Repartió la masa de tropas populares, no mal organizadas, en divisiones de dos y de tres mil hombres, mandadas por los jefes mas expertos y animosos, quedándose él con una numerosa y escogida reserva en San Lorenzo. Prontas las columnas en sus puestos respectivos, y bien aleccionados los jefes, se dió la señal de arremeter, y cada una por el camino trazado de antemano se arrojó denodada sobre el puesto español, cuya expugnacion le estaba encomendada. Con lo que fué en un momento general el combate por toda la ciudad. Duró todo el dia y gran parte de la noche furioso y encarnizado. Y aunque el orden y el ímpetu de la acometida hubiera honrado al ejército mejor disciplinado y mas valeroso, la defensa fué tan resuelta y gallarda que ni un solo puesto donde ondeasen las enseñas españolas fué ganado por el pueblo¹. Y siendo tan desigual el número de los defensores, que cada uno de ellos tenia que pelear á la vez con diez asaltantes, que-

¹ Comte de Módene. — De Santis.

dó la victoria por las armas del Rey; siendo increíble el destrozo de las masas populares, que dos, cuatro y seis veces volvian como perros rabiosos á las estacadas y parapetos, inexpugnables por el esfuerzo heroico de los españoles. Pues lució tanto aquel tremendo dia, que el mismo baron de Módena, sobrio en elogiarlos, dice en sus memorias como testigo de vista: «el valor de los españoles adquirió muchos grados de gloria en tan importante jornada».

Dia de luto y de consternacion fué para la angustiadísimá ciudad el que siguió á tan horrenda matanza. Sangre, y sangre napolitana corria por los arroyos de las calles; y lágrimas amargas por los rostros de sus habitantes. Cuál buscaba al amanecer, entre los montones de muertos horrendamente heridos y mutilados, el cadáver de un padre; quién el de un hijo ó un hermano; aquella el de un esposo ó un amante; otros los de sus amigos y protectores; y todo era confusion y despecho, y los alaridos de las viudas, de los huérfanos, de los ancianos, resonaban en aterradora armonía.

Furioso el duque de Guisa, culpando, con bien poca razon, de cobardes y de traidores á los jefes de las columnas, recorrió á caballo la ciudad, oyendo en toda ella gritar á los afligidos grupos: *Paz, paz queremos*; y no pocas veces ni en pocas partes: *viva el rey de España*. Exclamaciones que

le pintaban el estado de los ánimos, el abatimiento de las turbas y el deseo general de reposo á cualquiera costa. Y para aumentar la desesperacion de Nápoles y completar el día, los bandidos, que habian venido á tomar parte en tan desastrosa faccion, y que pasaban de cinco mil, pidieron descaradamente la recompensa ofrecida. El Duque, por contentarlos, no pudiendo cumplir su oferta, les dió una escasa suma de dinero, con lo que enojados aquellos facinerosos, aprovechando del luto y desfallecimiento general, atacaron y saquearon ántes de salir de Nápoles el barrio de San Antonio, sin que nadie se lo pudiese estorbar ⁴.

Nuevas proclamas del Duque y nuevos esfuerzos de sus partidarios calmaron poco á poco tan aflictiva situacion; renacieron esperanzas del pronto regreso de la armada francesa, suponiendo que habia ido á la isla de Elba á recoger unas tropas de desembarco. El bandido Papone volvió á aparecer en las inmediaciones de Capua, repuesto de su derrota. Y un numeroso cuerpo rebelde, mandado eventualmente por un frances aventurero, consiguió una señalada victoria, sorprendiendo otro de tropas napolitanas leales, mandadas por el marques de Salsa, el de Buonabergo, D. Pedro Spínola y otros caballeros que pelearon como buenos y murieron desastrosamente. Tantas ventajas animaron mucho á los

⁴ De Santis. — Baron de Módene.

populares , haciéndoles olvidar la pasada rota, y trataron de apoderarse por inteligencia del importante puesto de Piño-Falcone. Pero fuéron descubiertos los agentes de la trama, y ahorcados inmediatamente.

Aclarado un poco el horizonte, y tranquilizado algun tanto el espíritu público, insistieron los partidarios de la república en que no fuese esta una mentira, y en que se organizase como tal el Estado, saliendo del de confusion en que se hallaba, y que creian ser la causa de tanta alternativa y de tan poca consistencia. El duque de Guisa, viéndose estrechado de cerca, esquivó las exigencias de los republicanos, y fomentó un partido contrario que se opusiese abiertamente á ellas. Con lo que llevó con su prudencia habitual las cosas casi á punto de rompimiento. Pues en la plaza del mercado y en otros sitios de la ciudad hubo serios disturbios en que sonaron encontrados los gritos de *viva la República, viva el duque de Guisa*; dando la contienda ocasion de que con buen agüero llenasen tambien el aire las voces de *vivan la paz y el Rey de España*. Y por último el Duque, para terminar aquel desórden fomentado por el mismo, pero que no giraba tan en su provecho como habia creido, manifestó que queria organizar debidamente el gobierno republicano, arboló una bandera que por un lado tenia sus armas y por otro las iniciales S. P. Q. N.; nombró

una comision para trabajar el proyecto de constitucion y la forma que se habia de dar al Senado; y acuñó moneda con su busto, y el sello y leyenda de la República napolitana ⁴.

⁴ De Santis. — Baron de Módena.—Capecelatro, MS.

CAPITULO XXIV.

EL Sr. D. Juan de Austria, con gran tacto y discrecion, aprovechaba las circunstancias todas que debian apresurar el favorable desenlace de aquel sangriento y prolongado drama. Logró, como era de esperar, ausente el duque de Arcos, atraer de nuevo al arzobispo Filomarino. Y haciéndole olvidar pasados resentimientos, le obligó á poner de nuevo el peso de su influencia en la balanza. Estrechó relaciones con Genaro Annése, acaloró á Vicente Andrea y á los republicanos, y dió oportunas instrucciones á los *Capas-negras*. Con todo lo cual adelantó muchísimo en el camino de las negociaciones; y con tanto recato, habilidad y circunspeccion, que nada, nada pudo traslucir ni sospechar el lijero y atolondrado duque de Guisa: formando ciertamente un contraste singular el carácter de los dos príncipes.

Cerca estaba pues el triunfo que merecian los

españoles por su constancia en mantenerse firmes contra los embates de la fortuna, cuando vino á reemplazar á D. Juan en el cargo de Virey, que interinamente y con tanto acierto desempeñaba el conde de Oñate, embajador de España en Roma, y de quien ya hemos hecho honorífica mencion.

Alarmado el gabinete de Madrid con la noticia de la, aunque saludable, ilegal deposicion del duque de Arcos, juzgándola con harta razon de peligroso ejemplo, por mas que hubiese recaido la suprema autoridad en tan leal y generoso príncipe, hijo predilecto del soberano, se apresuró sabiamente á enviar un Virey con nombramiento real. Dudóse en la corte sobre la eleccion, y aun hubo en el consejo quien desacertadamente propuso al duque de Medina de las Torres, ya conocido y muy poco amado de los napolitanos; pero afortunadamente recayó en el conde de Oñate. Eleccion feliz, pues este personaje habia con su sagacidad y entereza ganado en Roma mucho crédito, aumentando en muchos quilates el buen nombre que heredó de su padre, famoso por los importantísimos servicios que habia prestado en Alemania, ya descubriendo y contrarestando la conjuracion de Walstein, ya deshaciendo los atrevidos planes del esforzado Gustavo Adolfo. Recibió pues su nombramiento en Roma, avisó de él al Sr. D. Juan, y el 2 de marzo de 1648 llegó á

Nápoles con cinco galeras, dinero, municiones, y aunque poca alguna gente de refuerzo. Desembarcó en el arsenal, saludado por la artillería de los castillos y combatido por la del torreón del Cármen, cuyos tiros le mataron dos galeotes del esquife al momento de tocar en el muelle¹.

El Sr. D. Juan de Austria como generoso príncipe, honrado caballero, reverente hijo y leal vasallo, acató las órdenes de su Rey y la voluntad de su padre, sin el menor descontento, despojándose gustoso de un mando que ejercía, no legalmente, sino por la fuerza indeclinable de las circunstancias. Y lo entregó sin titubear y sin reserva al que venia en toda regla á ejercerlo. Y para que lo hiciera con mas acierto y mejor servicio de la corona, puso en sus manos todos los hilos de las negociaciones secretas, y le instruyó lealmente del estado de los negocios, dándole ademas muy sesudos é importantes consejos. A lo que el Conde correspondió como debia á tan franco proceder, elogiando mucho la conducta observada por el Príncipe en los dias que habia gobernado el reino, y siguiendo sus mismos pasos, no ejecutó en lo sucesivo nada importante sin tomar ántes su beneplácito.

Reconoció personalmente el nuevo Virey los castillos y puestos fortificados de Nápoles; circuló proclamas y ofertas de completo olvido por la ciu-

¹ De Santis. — Comte de Módene MS. — Capecelatro, MS.

dad y por las provincias ; se puso en comunicacion con las capitales subalternas del reino, y con todas las fortalezas mantenidas por las armas del Rey ; envió oportunas órdenes y acertadas instrucciones á las columnas volantes que cruzaban el pais todo. Socorrió con hombres, municiones, viatuallas y dinero las plazas de Capua y de Gaeta ; estrechó relaciones con Genaro Annése y con los *Capas-negras* ; animó con cartas y honrosos mensajes á los nobles que peleaban y sostenian el nombre español en sus feudos. Y á los que estaban mas inmediatos les rogó viniesen, como lo verificaron , á la ciudad para reforzar su guarnicion.

Desconcertado el duque de Guisa con la actividad increíble del nuevo Virey, y por la facilidad y acierto con que organizaba sus recursos, empezó á sospechar que tenia minado el terreno que pisaba. Pero en lugar de conocer que le perdian sus nuevos favoritos, y su poca circumspecta conducta, se entregó mas y mas en brazos de ellos, y aumentó mas y mas los escándalos. Llegando á tal punto de ceguedad, que como el baron de Módena, á pesar de verse en desgracia, solo arrastrado de su buen celo por aquel ingrato príncipe, le rogase que mirara por sí y por su reputacion, se indignó tanto que lo mandó prender, lo encerró sin comunicacion, y dispuso que se le formase causa por una comision militar creada expresa-

mente ¹. Este arbitrario é injusto proceder con militar tan valiente, tan entendido y tan estimado de todos; y algunas muertes violentas que mandó dar á personas de gran valía entre el populacho, y los desórdenes de su vida privada, acabaron de disgustar completamente aun á sus mas ciegos partidarios. Llegando á ser ya tan poco respetada su persona y acatada su autoridad, y á hacerse el servicio de tan mala gana, que algunos puestos de los mas importantes de la ciudad quedaron algunas noches completamente abandonados.

No dejó de aprovechar este resfriamiento por el Príncipe frances el villano Genaro Annése. Pues se salia á caballo de su guarida para concitar contra él los barrios del Lavinaño y de la Congeria. Mas el Duque, que alcabo era valerosísimo y jamas recataba su persona, voló á atajar el desorden y á reprimir la osadía del arcabucero, que viéndose sorprendido y descubierta huyó cobardemente á esconderse en su torreón. Este acontecimiento, el haber sido ahorcados despues de padecer tormentos espantosos los fautores y cabezas de dos conspiraciones republicanas que se descubrieron, y la voz esparcida con oportunidad de que de un momento á otro volvía la armada francesa con fuerzas muy considerables, restablecieron algun tanto la opinion y autoridad del duque de Guisa, dando

¹ Comte de Módene.

vida á nuevas esperanzas. Y algunas ventajas conseguidas por Papone en las márgenes del Volturno; y por Pastena cerca del puente de Scafati, reanimaron el aliento del populacho.

El duque de Guisa, ó porque efectivamente esperase socorros, sino de la armada francesa, de algunos bajeles que le pudieran enviar sus agentes particulares; ó por dar á entender que los esperaba; quiso asegurarse de un buen fondeadero, como era indispensable en estacion tan cruda. Y discurrió en malhora apoderarse de la isla de Nisida, que colocada detras de la punta de Posilipo, ofrece abrigo á embarcaciones de poco porte. Defendíala un castillejo con escasa guarnicion española. Trató de ganar á esta con dinero, y viendo rechazadas sus ofertas, determinó acometer la isla. Y lo verificó saliendo con corto aviso de Nápoles, al frente de unos cinco mil hombres, disponiendo que le ayudasen cuantas barcas de pescadores pudo armar y fortalecer convenientemente ¹.

El conde de Oñate que acechaba, para aprovecharse sin dilacion, todos sus desaciertos, viéndolo ocupado en aquella inoportuna empresa, pensó inmediatamente en hacer una salida de los castillos, publicando la paz, pero dispuesto á la guerra si hallaba resistencia en el pueblo. Reunió inmediatamente un consejo de guerra presidido por el Sr. D. Juan de Austria, y consultó con él

la operacion, confesando que era osada y que podia ser de gravísimo riesgo. Acostumbrados todos los concurrentes á la paciencia ejemplar y nimia circunspeccion del duque de Arcos, y empapados en sus máximas, creyeron imprudente y demasiado arrojada la determinacion. Pero el príncipe D. Juan, cuyo ánimo generoso no estaba muy satisfecho con tanta espera, y el anciano D. Dionisio de Guzman, de genio pronto y arrebatado, é inteligentísimo en el arte de la guerra, defendieron el proyecto del Virey con tanto calor y con tan poderosos argumentos, que decidió al cabo el consejo su ejecucion ⁴.

⁴ De Santis.

CAPITULO XXV.

Sin pérdida de tiempo combinó su plan el activo conde de Oñate. Circuló las órdenes necesarias con el mayor recato, y dió las instrucciones convenientes con la mayor reserva. Y aprovechando el oportuno socorro llegado de España en una galera de Sicilia, de quinientos buenos soldados al mando del valeroso maestro de campo D. Alonso de Monroy, decidió la jornada.

Reforzado el castillejo de Nisida, reconocidos los puestos militares de los rebeldes, y puesto de acuerdo con los *Capas-negras*, y con los jefes populares ganados de un modo ó de otro, ántes de amanecer el memorable dia 6 de abril de 1648 puso el determinado Virey sobre las armas todas las tropas disponibles, españolas, napolitanas y tudescas, que formaron una columna de poco mas de tres mil hombres. El denodado D. Juan de Austria fué de los primeros en acudir á caballo. Y

como el conde Oñate le rogase que no saliera del castillo ni aventurara su persona en aquella jornada, en que podia ser grande el riesgo y el éxito dudoso, le contestó resuelto y como verdadero Príncipe, que porque lo consideraba así, no dejaria de hallarse en ella y de hacer lo que á su alto nombre convenia. Llegada la hora y dada la señal, marchó la fuerza unida al puesto de San Sebastian. Y de allí partiendo á un mismo tiempo las distintas divisiones que debian atacar simultáneamente los puestos populares, se dió glorioso principio á la reconquista de la ciudad.

El maestre de campo Caraffa, con ciento sesenta españoles y cincuenta napolitanos, tomó la puerta de Alba y los baluartes de la de Constantinopla, encontrando escasa resistencia. Y fué á reunirse á la plaza del Almirante con D. Diego de Portugal, que la habia ocupado con trescientos españoles, para sostener al capitan Vargas que entró en el alojamiento del duque de Guisa arrollando su guardia. El puesto de Sant-Anello fué acometido vigorosamente y tomado por el maestre de campo Gennaro con cien españoles, cien walones y doscientos tudescos. El marques de Torrecusa se encargó con un peloton de veteranos y de oficiales excedentes de atacar la Vicaría, como lo ejecutó con felicidad; y detras de estas columnas, que á un mismo tiempo obraban, sostenidas por otras que las seguian de cerca, salió la caballería mandada

por el general Tuttavilla, llevando á sus órdenes al marques de Peñalva, á D. Alonso de Monroy, al príncipe de Torella y á otros nobles napolitanos. Y ya se dividia para sostener los ataques, ya se reunia en las plazas, segun convenia al plan propuesto, ó lo exigian las circunstancias. Mandaba la retaguardia el Sr. D. Juan de Austria, cercado de una escolta de nobles napolitanos á las órdenes del duque de Andria, y llevaba consigo el tercio de Viedma y la caballería del pais, dividiéndose ó reuniéndose esta fuerza oportunamente segun convenia al éxito de la operacion, ó lo exigia el terreno. Y detras con la reserva marchó el Virey, conde de Oñate, con la caballería borgoñona y algunos arcabuceros españoles escogidos. Acompañábanle los generales Guzman, Batteville y Visconti, con otras personas de importancia. Y acudia con actividad é inteligencia á donde era menester.

Ni uno solo de los puntos embestidos pudo resistir el ímpetu de nuestras tropas. Y dejando en los mas importantes un piquete que los custodiase, sin perseguir á los fugitivos, sin ensangrentarse en los vencidos, volvieron á reunirse las fuerzas en tres columnas, para atravesar la ciudad y caer á un tiempo sobre la plaza del Mercado y el barrio del Lavinaro, pues las turbas populares que habian sido desalojadas con tanta facilidad, se habian refugiado en aquellos puntos, donde rehe-

chas y engrosadas con todos los habitantes de ellos, se disponian á arrancar á los españoles la hasta entónces tan fácil y rápida victoria.

El cardenal Filomarino, que aunque había cooperado á las últimas negociaciones, lo había hecho con frialdad y corto empeño, sabiendo que el Virey y el Príncipe estaban reconquistando tan fácilmente la ciudad, al frente de un puñado de soldados, y que pasaban con sus columnas vencedoras cerca de su palacio, salió á pié y en ropa de casa á su encuentro, para felicitarlos y ofrecerles su cooperacion. Acogiólo el Conde con muestras de gran respeto y de atenta cordialidad. Y disponiendo le trajesen al proviso sus vestiduras de ceremonia, y dándole un caballo dignamente enjaezado, que llevaba de respeto, lo puso al lado del Príncipe, continuando la marcha hácia la plaza del Cármen ⁴.

A medida que se acercaba el rumor de las tropas vencedoras, se enfriaba el ardor de las aun respetables masas, que aunque en desórden y con la confusion propia del caso, podian haber hecho una obstinada defensa. Solo Mateo Amore osó adelantarse al encuentro de las columnas con unos cuantos valientes, pero pagó con la vida su temeridad. Lo mismo acaeció á Pedro Longobardo en el barrio del Puerto, donde opuso á las fuerzas españolas una obstinada resistencia. Estos últimos

⁴ De Santis.

descalabros acabaron de desanimar al pueblo, y á media mañana las escasas tropas del Rey eran dueñas de toda la ciudad, sin mas pérdida que la de diez hombres. Tan escasa fué la resistencia que encontraron. Pues por todas partes, al grito de *viva el Rey, viva la abundancia, no mas gabelas*, caian las armas de las manos de los rebeldes, y se poblaban las calles, balcones y azoteas de alegre gentío, que repetia agitando en el aire blancos pañuelos: *viva la paz, viva el Rey de España.*

Solo quedaban ya en poder de la rebelion San Lorenzo, puerta Nolana y el torreón del Cármen. Envió el Virey dos destacamentos á apoderarse, como lo lograron sin dificultad de los dos primeros puntos. Y puso todo su conato en apoderarse lo mas pronto posible del tercero, que era el verdaderamente importante. Reunió las fuerzas todas, no dándole ya cuidado los barrios bajos. Y encargó al príncipe D. Juan que las llevase sin detenerse á la plaza del Mercado, miéntras él con algunos arcabuceros escogidos y caballos á la lijera recorria y aseguraba las avenidas de las calles laterales, y se apoderaba de paso de algunos puestos de poca importancia, y cuerpos de guardia que podian aun servir de puntos de reunion á los desesperados. Y se llevó consigo al cardenal arzobispo para asegurárselo, conferenciando con él sobre el modo de restablecer completamente la tranquilidad, despues de afianzada la victoria.

Sin oposicion ni contratiempo alguno llegó el

Sr. D. Juan de Austria á la plaza del Cármen, donde pálido y temblando salió del convento y se arrojó á sus piés el nuevo electo del pueblo. El que oyendo en los benignos labios del Príncipe las palabras consoladoras de *perdon y olvido de lo pasado*, se animó algun tanto, le besó la mano, y tomando un caballo lo siguió en silencio. Vinieron muy pronto el Virey y el Arzobispo, y extrañando que no se hubiese ya presentado Genaro Annése, y advirtiendo que el torreón daba muestras de ponerse en defensa, enviaron un oficial de energía á entenderse con el maestro arcabucero. Este consternado le dijo, que pues se hallaba allí el cardenal Filomarino deseaba tratar con su eminencia. Diósele gusto, por evitar inútiles desgracias, y entró el prelado solo en el torreón. Y no tardó en salir dejando convencido á aquel hombre soez, pero todavía temible, de que rendir y entregar la fortaleza inmediatamente era lo que le cumplía. Envió el Virey á D. Carlos de Gatta á posesionarse de ella. Pero el pérfido Annése con su gramática parda, mostrándose muy solícito en enterarle menudamente de las armas, víveres y municiones que estaban allí almacenadas, retardaba visiblemente la entrega. Con lo que cansada la paciencia del Virey, que se había apoderado entre tanto del convento, mandó arrimar dos petardos á la puerta del torreón ¹. Su estruendo y el efecto que produjeron aterraron á Genaro Annése, y salió

¹ De Santis. — Comte de Módene.

pálido, trémulo, miserable á presentar las llaves de la fortaleza al Príncipe español. Acogiólo Don Juan con benignidad, manifestándole con el ademán y con las palabras que lo perdonaba. Y como aquel villano aun continuase dando muestras de terror y de desconfianza le gritó S. A. con enfado: *Por vida del Rey, mi Señor, álzese y no dude de que está perdonado* ¹. D. Cárlos de la Gatta fué en el acto nombrado gobernador del torreón, y quedóse en él con dos compañías escogidas de españoles, y algunos artilleros alemanes.

Enarbolado el estandarte real en la ciudadela de la rebelion, la capital toda estaba en poder del Virey, cuya osada empresa habia completamente coronado la fortuna. Solo restaban dos cosas: asegurar completamente la victoria, y dar gracias al Todopoderoso. Para lo primero envió el conde de Oñate al general Tuttavilla y al valeroso D. Alonso de Monroy, con fuerzas escogidas, á ocupar las alturas del Vómero y las marinas de Chiaja, para impedir al duque de Guisa la vuelta á la ciudad. Para lo segundo D. Juan á la cabeza de las tropas vencedoras se dirigió á la catedral. Cantóse allí un solemne *Te Deum*, con gran concurrencia. En seguida dió el Príncipe un paseo triunfal por las calles principales, colgadas y adornadas ricamente, y puestos de trecho en trecho retratos del Rey,

¹ De Santis.

victoreados sin cesar por un inmenso gentío. El historiador de Santis, testigo de vista, refiere con estas palabras, que traducimos del italiano, tan inesperada escena: « Era cosa increíble el ver cómo lloraban de ternura y de alegría, hombres, mujeres, jóvenes, viejos, ricos y pobres. Y abrazarse amigos y enemigos, habitantes y forasteros, sin rencor de los pasados robos y recientes violencias..... Parecia que no habia mas que una voluntad, la de gozar la paz tantos meses deseada ». El baron de Módena la refiere tambien casi en los mismos términos.

Entre los sonoros aplausos de la muchedumbre alborozada llegaron á palacio el Príncipe, el Virey y el Cardenal, seguidos y acompañados de los generales y consejeros, de los señores napolitanos y de los jefes populares que ó se habian rendido á tiempo, ó habian contribuido á la feliz pacificacion. Las tropas se retiraron á los cuarteles y castillos, desbaratando ántes las trincheras y empalizadas de los puestos populares. Gruesos retenes quedaron en los mas importantes, y numerosas patrullas se derramaron por la ciudad, con órdenes terminantes de observar la mas estrecha disciplina, y con pena de muerte para el soldado que molestase en lo mas mínimo á los habitantes.

El estruendo de las salvas, el rumor de las aclamaciones populares, y el rimbombe de las campanas, avisaron al Duque de que algun suceso

de mucha importancia ocurría en la capital, y levantando el campo, trató de regresar á ella inmediatamente. A pocos pasos llegaron confusas nuevas de lo ocurrido, pero que no dejaban duda del completo triunfo de los españoles. Y vióse el Duque frances en el momento abandonado por las fuerzas populares que acaudillaba. Resolvió entonces seguido de algunos caballeros dirigirse á Aversa, para ponerse á la cabeza de las tropas que amagaban á Capua, y hacer con ellas el último esfuerzo. Pero al anochecer llegó allí ántes que él la noticia exacta de lo ocurrido en Nápoles, y aquel ejército popular, ya muy indisciplinado y desobediente por la falta de pagas, se dispersó en cortos instantes. Informado de todo Don Luis Poderico, y temiendo la fuga del Duque al Estado romano, derramó su caballería por la frontera para cortarle el camino. El desgraciado Príncipe perseguido y cercado por todas partes, y no solo ya por sus enemigos, sino tambien por sus propios soldados y por los villanos de la comarca, que pocas horas ántes lo victoreaban y obedecian, trató valerosamente de abrirse camino con la espada. Pero herido su caballo y estrechado de cerca por el bizarro Visconti, teniente de la compañía de corazas de D. Diego de Córdoba, se entregó prisionero. Y fué conducido á Capua con diez caballeros franceses, que como buenos no le abandonaron. Recibiólo allí cortesmente el gene-

ral Poderico; púsole á buen recaudo, y dió aviso al Virey. Dos dias despues fué conducido á Castelvoturno, y de allí al castillo de Gaeta, donde el severo conde de Oñate quiso cortarle públicamente la cabeza. Mas el Sr. D. Juan se opuso hasta recibir órdenes del Rey. Así se hizo y á pocos meses vino la de que fuera el Príncipe prisionero á España, donde no tardó en recobrar su libertad ¹.

Con gran rapidez se extendieron las noticias de lo ocurrido en la capital, y de la prision del duque de Guisa, por todas las provincias del reino. En todas ellas cesaron al punto los horrores de la guerra. Y todas despacharon comisionados á Nápoles para someterse á la autoridad del Virey, é implorar la clemencia del príncipe D. Juan. Y aunque despues de trastornos tan complicados como habian agitado aquel vigoroso pais, era difícil restablecer pronto y de un golpe la calma y el reposo, la entereza del conde de Oñate, templada acaso por la benignidad de D. Juan, y la prudencia, sagacidad y tacto de ambos, restablecieron en pocos dias el imperio de las leyes y el orden público, borrando pronto hasta las huellas y rencores de tan calamitoso período.

No cumple ya á nuestro propósito referir que algunos dias despues habiendo momentáneamente

¹ De Santis. — Comte de Módene. — M. Marie Tourge-Loredan. — Capecelatro, MS., y otros autores.

aparecido á la entrada del golfo la armada francesa, se descubrió una conjuracion de poca importancia, que costó la cabeza al turbulento Genaro Annése. Ni como el activo conde de Oñate aseguró el Estado de Nápoles, desalojando gallardamente á los franceses de la isla de Elba y de las costas de la Toscana. Ni tampoco que mucho tiempo mas adelante el atrevido duque de Guisa volvió, sin éxito, á dejarse ver en las playas de Castelamare. La sublevacion napolitana, que nos propusimos referir, empezó el 15 de julio de 1647, y terminó, cansada de sus propios esfuerzos y vencida por la perseverancia española, el 6 de abril de 1648; corto período en que manifestaron los napolitanos un valor fabuloso, y á veces una ferocidad inaudita; y los españoles una constancia heróica.

El primitivo objeto de aquel movimiento popular, esto es, el de la abolicion de las gabelas, quedó conseguido; aunque á costa de un mar de sangre y de pérdidas incalculables, que hicieron, como siempre acontece en tales casos, mucho mas doloroso y terrible el remedio que la enfermedad. El anhelo de emancipacion y de independenciam que nació en el curso de la conmocion, aunque noble y generoso, fué tan inoportunamente concebido, y por tan malos medios, y por tan impotentes manos encaminado, que no podia tener efecto. El cielo en sus inescrutables decretos tenia guardada la

emancipacion é independencia del reino de Nápoles para un siglo despues, y de un modo mas tranquilo, legítimo y conveniente, que afianzara bajo el cetro de un gran Príncipe de la casa de Borbon su grandeza, su gloria y su estabilidad.

FIN.

APENDICE

CON LOS DOCUMENTOS QUE SE CITAN EN ESTA HISTORIA : UNOS
COPIADOS DE LOS ORIGINALES, Y OTROS DE LOS PUBLICADOS
EN RELACIONES DE AQUEL TIEMPO.

APÉNDICE.

NUMERO I.

Napoli parrocchia di Santa Catarina in Faro Magno. Libro XII de' battezzati, folio 44 al rovescio, numero progressivo 174 ; a 29 giugno 1620.

Thomas Aniello figlio di Cieco d' Amalfi et Antonia Gargana é stato battezzato da me D. Giovanni Matteo Peta , et levato dal sacro fonte da Augustino Monaco, et Giovanna de Lieto , al Vico Rotto.

NUMERO II.

Emmo. y Rmo. Señor mio :

El fidelísimo pueblo de esta fidelísima ciudad me ha suplicado la confirmacion de sus privilegios, y atendiendo al afecto y sumo amor con que en todas ocasiones se ha señalado en el servicio de S. M. , he venido en su peticion y en hacerle merced de despacharle privilegio en forma cancellérica , y porque me ha hecho instancia que para mayor autoridad se publique por V. Ema. en forma pontificia, suplicó á V. Ema. me ha-

ga esta merced, y al pueblo este consuelo, que será para mí de particular estimacion.

Dios guarde á V. Ema. muchos años como deseo.
Datum 6 de julio 1647.

El privilegio se queda despachando, y lo llevarán á V. Ema. los del fidelísimo pueblo.

De V. Ema. Rma. mayor servidor, el duque de Arcos.

Privilegio á que se refiere la carta anterior.

Philippus Dei gratia Rex, etc. D. Roderico Ponce de Leon duca d' Arcos, etc.

Noi con perpetuo privilegio concediamo al fedelissimo popolo di questa fedelissima città di Napoli, che siano estinte e abolite tutte le gabelle et impositioni poste nella città di Napoli, e nel regno dal tempo dell' Imperador Carlo V di fel. mem. fin á quest' hora: e di più indulto generale di qualsivoglia delitto d' ogni sorte commesso dal principio della presente revolutione fin á quest' ultimo punto, com' anche d' ogni delitto, e inquisitione passata, etiam con non havere remisione di parte, dando tempo quattr' anni d' accaparla, etc. Dat. nel. Castel Nuovo 10 luglio 1647. — El duque de Arcos.

NUMERO III.

Emmo. y Rmo. Señor mio :

Las nuevas desconfianzas del pueblo con el accidente del duque de Magdalon, me tienen en sumo cuidado, porque no deseo otra cosa que la satisfaccion del pueblo y ajustamiento de la ciudad, hame parecido decir á V. Ema. que si hubiere á las manos algunos de los bandidos, le entregue en manos de la fidelísima ciudad, y cualesquiera otros que nos perturben la quietud. V. Ema.

se sirva de que pase esta noticia, y de mandarme avisar lo que se ofrezca, y cómo se halla V. Ema., cuya Emma. persona guarde Dios por muchos años.—Palacio 10 de julio 1647.

Aviseme V. Ema. de lo que haya hecho, ordenado y ajustado; porque mi ánimo es y será cumplir cuanto he ofrecido á la fidelísima ciudad de parte de S. M. y mia.

Señor mio: Dejóme maravillado este caso, y ofrezco á V. Ema., por vida del Rey, que cualquier bandido ó persona de estas que yo pueda haber á las manos, enviarla he á las del fidelísimo pueblo, á quien quiero desengañarle de que yo deseo la quietud. — De V. Ema.— El duque de Arcos.

NUMERO IV.

Emmo. y Rmo. Señor mio: Por mano de V. Ema. se han ajustado las pretensiones de este fidelísimo pueblo de Nápoles, y yo le he concedido el privilegio que me ha pedido, despachado en toda forma, y le he entregado el del Sr. Emperador Carlos V, y de nuevo apruebo y ratifico todo lo que contiene, así el privilegio de la Cesárea Majestad, como el que en nombre de S. M. he despachado, y que se comprenda en el indulto, no solamente lo hecho hasta ahora y tiempo que le envié á V. Ema., sino lo que despues acá se ha obrado, y castigaré con toda severidad á los bandidos que hubieren sido llamados por cualquier persona, y con mayor rigor á los que los hubiesen convocado como perturbadores de la paz pública. Y viendo que se dilata la conclusion de este negocio y que crecen por instantes los inconvenientes, he querido representarlo á V. Ema., para que como padre de toda esta ciudad, se sirva de dar á entender á este fidelísimo pueblo cómo de esta dilacion

puede resultar que los enemigos de S. M. tomen ocasion para inquietar este reino , y sembrár dentro de esta ciudad nuevas disensiones , cosa que no puede dejar de sentir mucho este fidelísimo pueblo , que siempre se ha mostrado tan celoso del servicio de S. M. , y que ahora lo encamina todo á este fin ; y juntamente se servirá V. Ema. de decirle , que todos los daños que se siguieren de no tomar luego esta resolucion , así en esta fidelísima ciudad como en su reino , al servicio de Dios, al del Rey nuestro señor, á los templos, á los ciudadanos, mujeres y niños inocentes , todo correrá por cuenta de los que dilataren el cumplimiento de lo que está ajustado , cuando yo en nombre de S. M. estoy dispuesto á la ejecucion de él , y he hecho por mi parte lo que he podido , para que este fidelísimo pueblo conozca los tiene S. M. por hijos, y de los mas amados de su monarquía, y yo los trato como á tales y deseando su alivio y quietud. Todo lo pongo en manos de V. Ema. á quien guarde Dios muchos años. — Nápoles 11 de julio de 1647.

Despues de haber escrito este billete he entendido que V. Ema. no se halla en el Cármen. Suplico á V. Ema. se sirva de volver allí y hablar á este fidelísimo pueblo en la conformidad referida, y procurar darle á entender con su autoridad cuánto conviene ajustar luego lo concertado , sin dar lugar á dilaciones , que será obra muy digna de V. Ema., á quien no tengo que añadir nada. De V. Ema. Rma. mayor servidor.—El duque de Arcos.

NUMERO V.

Emmo. y Rmo. Sr.: Quedo con mucho gusto de las nuevas que me trae el maestre de cámara de V. Ema. muy conforme la esperanza que siempre he tenido de ver ajustadas estas materias por mano de V. Ema. á quien se

déberá todo, y le suplico continúe la diligencia que hasta aquí ha puesto porque veamos con perfeccion concludido negocio tan grande, y porque no estemos sujetos á que se desbarate tantas veces lo que una vez se ha asentado; será el único remedio que V. Ema. se sirva de asentar firmemente con la junta de este fidelísimo pueblo que no se dé crédito á ninguna novedad de las que dijeren, si no fuere por mano de V. Ema., pues yo tampoco creeré ninguna de las que llegaren á mí, si no por el mismo medio.—Dios guarde á V. Ema. largos años, Castelnuovo 11 de julio de 1647.—De V. Ema. Rma. besa las manos su mayor servidor, el duque de Arcos.

NUMERO VI.

Emmo. y Rmo. Señor mio.

El teólogo de V. Ema. me ha dicho que hoy se pondrá en ejecucion por parte de este fidelísimo pueblo lo que está ajustado, y que yo detenga las galeras. Envío la orden inclusa abierta para que se detengan en cualquier parte que se hallaren. Espero que hoy saldrémos de este cuidado por mano de V. Ema., á quien vuelvo á suplicar no permita se dilate mas como lo he hecho en el papel que lleva el maestro de cámara de V. Ema., á quien Dios guarde muchos años.—Palacio 11 de julio de 1647.

De V. Ema. Rma. su mayor servidor, el duque de Arcos.

NUMERO VII.

Philippus Dei gratia, etc.

D. Roderius Ponce de Leon, dux civitatis Arcos, Marchio de Zara, comes de Bailen, dominus domus villæ

de Marchena, et Garzia, et in presenti regno vicerex, locumtenens, et capitanus, generalis, etc.

Essendoci stato supplicato per parte del fedelissimo popolo di questa fedelissima città di Napoli la esecuzione delli privilegi, e concessioni fatte dalla felice memoria del Re Ferdinando Primo d' Aragona per insino al re Federico, e depo il spoglio di detto re Federico, della mità de voti alla piazza del popolo, che su promessa la restituzione da Ferdinando il Cattolico, a petizione dell' eletto di quel tempo Alberico Terracina, e questo nell' anno 1506, e sempre per detto popolo si è preteso la restituzione di detta mità de voti, e che per tale effetto se le dovesse dare ed esibire il propio privilegio originale, ed in caso che non si trovasse, che da noi si procurasse averlo quanto prima da Spagna, e frattanto tutta la città e regno goda detto privilegio in perpetuo con l' infrascritti altri capitoli, che ci sono state presentati per parte del detto fidelissimo popolo, quali sono l' infrascritti, videlicet.

I. In primis questo fidelissimo popolo di Napoli vuole il propio privilegio originale del rè Ferdinando d' Aragona per insino al rè Federico e dipoi il spoglio del rè Federico, della mità delli voti alla piazza del fedelissimo popolo, che su promessa la restituzione da Ferdinando il Cattolico a petizione dell' eletto di quel tempo Aberico Terrazina, e queste nell' anno 1506, e sempre per detto popolo si è pretesa la restituzione di detta mità de voti, e se non si trovasse, vadino otto e dieci deputati del popolo a trovarlo, et dato caso, che non si trovasse che sua eccellenza procuri averlo quanto prima da Spagna. Frattanto tutta la città e tutto il regno goda il detto privilegio in perpetuo.

II. Item, che goda la città il perdono generale de crimine læsæ majestatis, etiam in primo capite, quatenus

cì fusse incorsa, e così d'ogn' altra cosa etiam in persona di sua eccellenza (benchè il popolo intenda non essere in corso mentre sempre ha detto, viva il re di Spagna), dalli sette del presente mese di luglio per tutto il tempo che si dara esecuzione a questo privilegio, perche detto popolo pretende essere estata tantummodo mossione di gente, figlinoli, e bassi per levamento, ed oppressioni di gabelle; e che li carcerati, che hanno fatto uscire dalle carceri, godano l' istesso indulto, non obstante qualsivoglia altro ordine che non godessero altro indulto in loro favore.

III. Item, che l' eletto del popolo se faccia per sei mesi in S. Agostino dalla capi dell' Ottine, come concesse Carlo V, in virtù di privilegio, tiene stampato, e non piacendo al popolo detto eletto ne possano fare un altro; e di più se debbiano mutare li capitani di strada, consultari e deputati ogni sei mesi, e che li facci il popolo in S. Agostino: in tutto conforme li capitoli; avvertendo, che da qua avanti per detto eletto non si pessi pretendere conferma dalli capitani, ma dall' Ottine, e che sopra di questo si osservino li capitoli stampati.

IV. Item, che l' etto sopradetto abbitanti voti e voci egualmente quante ne ha tutta la nobiltà, conforme le teneva avanti, che rè Federico no lo privase, e se occorrera moltiplicare le piazze de nobili, se acerescano altre tante voci al popolo.

V. Item, si per caso detto privilegio non si trovasse, che nessuna gabella stia in piede, ma se levino tutte, tanto per la città quanto per il regno ed anco delle cose spettanti a Moccia, seu al regio Portolano, ed imposizioni, seu alla piazza delli melloni, e ad ogni altra cosa spettante alla città, e che questo abbia effetto.

VI. Item, che lo donativo novamente imposto dal signor duca de Medina si levi, perche nel privilegio di

Carlo V non vi è, e se in detto privilegio si fosse se obliga il popolo di darlo, purché non sia nella margine o vero aggiunto; e questo s'intenda per la città, e per tutto il regno; e detto donativo duri per il tempo conforme la stipulazione delli baroni.

VII. Item, che si levino le imposizioni delli sigilli della regia camera della summaria, della gran corte della vicaria, del consiglio delle regie audienze del regno, e per la città; e dette prerogative se abbiano da firmare sotto il sopra eletto privilegio di Carlo V di gloriosa memoria, quando si ritrovasse, da tutto il callatezale e consiglio di stato; ed anco che si levi il jus dell' ano e mezzo per cento, che si paga nelle sentenze del sacro consiglio novamente intro detto.

VIII. Item, che non si facci dimostrazione alcuna di questo tumulto, successo dalli fette del mese di luglio insino all' infrascritto giorno del presente privilegio, e che sua eccellenza prometta fra termini di mesi tre fare venire la ratifica e confirmazione di S. Maestá per dette prerogative, e che tutto il convenuto si debbia sculpire in marmo da porsi nella piazza del Mercato, ed in tutti altri luoghi dove verra il popolo a sua elezione.

IX. Item, che in nessuno altro futuro tempo non si possa mai piu ponere nessuna gabella, sua avendo bisogno Sua Maestá, vuole il popolo sovvenirla con la vita, con la roba e quanto hanno.

X. Item, vogliono ancora il popolo, che detto privilegio si stipuli nel luogo, dove eleggerà detto fidelissimo popolo, pubblicamente con l' eletti nobili, e con quello del popolo firmato da Sua Eccellenza, collaterale e consiglio di stato; e che detta stipulazione si abbia da fare nella chiesa maggiore di Santa María del Carmine di questa fidelissima città di Napoli, e che venghi poi la ratifica da Sua Maesta fra detto tempo.

XI. Item, che il Graffiero lo facci il popolo con la nobiltà accettando detto privilegio.

XII. Item che li delinquenti e contumaci napolitani siano liberi ed indultate da qualsivoglia loro inquisizione e delitti ancorchè non tenessero remissione di parte offese, ma dove sarà necessario, la debbiano procurare fra diece anni di tempo, ancorchè fossero fuorgiudicati di sententia in qualsivoglia tribunale, etiam regie giunte e visite. E tutte le giunte debbiano restare stente, sia che li negozi si trattano nelli tribunali ordinari, e particolarmente che restino assoluti, liberi ed indultati tutti l' inquisiti d'interceti e contrabandi e che li carcerati per tal causa siano subito escarcerati, tanto napolitani quanto forastieri, levando anco tutte le delegazioni, restando in piede quelle fatte da Sua Maestà, servata la forma della sua real lettera.

XIII. Item, che le armi non si debbiano levare a detto popolo, insino a tanto che non se sia dato lo exequatur a detti privilegi e capitoli, e che insino che non se li consegnara detto privilegio, non si levino dette armi, ringraziando similmente detto popolo Sua Eccellenza di tal privilegio, accettando detto privilegio.

XIV. Item, che se intendano levate tutte le gabelle, tanto della regia corte, quanto della fidelissima città, non solo quelle importe d'ordine de signori Vicerè e Nobiltà, sia anco del popolo, sia che siano mantenuti nella possessione, che al presente si ritrovano, ottenuta etiam per violenza, di non pagare gabella alcuna, cosi di corte come della città; ed anco tutti nuovi imposti ed imposizioni, che s' esiggono nella Dogana; ma solamente restino in piede quelle che si pagavano nel tempo dell' imperatore Carlo V, e qualssivoglia altra, etiam in solutum data a particolari, ed ocorrendo ricorrere alli bisogni del rè nostro signore, l' abbia da un eludere il

modo l' eletto del fedelissimo popolo solamente capitani di Strada e consultori.

XV. Item, che le chiavi dove si conservano li privilegi della città, una di quelle ne abbia da tenere l' eletto del popolo.

XVI. Item, in caso che non si ritrovasse lo privilegio originale, conforme di sopra Sua Eccellenza permetta, che il fedelissimo popolo facci le minute del detto privilegio, e di altre grazie che desidera; che Sua Eccellenza se li concederà per li meriti del detto fedelissimo popolo.

XVII. Item, che l' azioni fatte dal popolo contro chi ha consultato dette imposizioni, ed indebite gabelle, e di chi l' avea affittate, estorquendo ed esigendo quelle con tanta rigurosità in avere abbruciato li mobili di quelli; loro in pena e che detti tali non possino aver giammai voto nelle cose pubbliche nell' amministrazione di questa città, e che di qualsivoglia cosa, o delitto per detta causa fatto, non se ne possa pigliare informazione comedi sopra.

XVIII. Item, che nessuno di detti che hanno patito di asserli abbruciate le robe, eioè officiali regi, siano sospetti contro chi si fosse trovato abbruciare dette robe, tanto per cause civile come criminali.

XIX. Item, che le cose comestibili si possino e debbiano vendere in tutti luoghi pubblici, non ostante qualsivoglia proibizioni di portolano o altri ministri.

XX. Item, che tutte le contrassise che si faranno alli subditi, etiam à faccia à faccia, non s' intenda altro di pena, che di carlini sette e grana sette.

XXI. Item, che tutti li forzati di galera, che hanno finito il tempo siano liberati subito.

XXII. Item, nel detto indulto generale vada anco compreso Masanello d' Amalfi napolitano, e suoi com-

pagni, li quali marciando verso la torre del Greco con la sua compagnia, accompagnati da molti di Portici a S. Gio; a Teduccio, per incontrare alcune compagnie, che entravano nella città, ed avendone quelle incontrate, si posero dentro la chiesa di S. M. di Costantinopoli in difesa, ed esso Tommaso Anello, e compagni, per averle armi, che portavano detti soldati, fu necessario mettere fuoco alla porta della detta Chiesa, e per detto eccesso in detto luogo successo si perdoni ad esso Tommaso Anello e compagni, stante che si è fatto per servizio del publico, e per osservanza de' privilegi, mentre ch'essi non tenevano armi.

XXIII. Item, che non osservandosi detti capitoli e privilegi, volendo il popolo pigliare le armi, non s'intenda rebellione (quatenus ce ne fosse), di nessuna maniera, ma giusta defensione delle ragioni del popolo. Convieni con la prontezza con che sempre ave accudito al servizio di Sua Maestà cattolica fare la presente, con la quale assentemo é condescendemo alli suddetti capitoli e dimande, justa loro serie continenzia e tenore. Ita, etc., taliter, che cosi si osservino ed abbiano il loro debito effetto ed esenzione. Datum Neapoli in regio palatio die 13 mensis julii millenisimo sexcentesimo quadagesimo septimo.

Diego Bernardo de Zufia Reg. Mattias de Casanate Reg. Antonius Caracciolus Reg. Hector Capyecius Latro Reg. Dom. Vicereus. Locumtenens, etc., capitaneus generalis mandavit mihi donato coppola. Il Principe di Satriano, Pompeo di Gennaro duca di Belforte, il principe di Cellammare, D. Garone Capece Galeota principe di Monteleone, Gio: Tommaso Blanco, il marchese di S. Sebastiano, Francesco Toraldo principe di Massa, Gio: Battista de Mari Marchese di Assigliano, Carlo de-

lla Gatta , il Marchese della Torella , Luzio Caracciolo duca di S. Vito. D. Giuseppe Mariconda , Achille Minutalo duca del Sasso , D. Luise Ponze de Leone.

Capitoli , e Grazie aggiante per Sua Eccellenza , concesse a petizione di detto fedelissimo popolo di Napoli.

I. Item , che nella Mastria del governo della santissima Annunciata di Napoli , esercitata cosi dal Mastro , seu governatore nobile , come da quelli della piazza del fedelissimo popolo , possano entrare e concludere li maestri , seu governatori di detto fedelissimo popolo di detta S. Casa , ancorche non intervenga lo maestro , seu governatore nobile , essendone però di numero , che possono concludere.

II. Item , che il regio protomedico abbia da essere medico nativo napoletano tantum , con l'istesse prerogative , ed emolumenti , che se li davano anticamente.

III. Item , che essendo reintegrato , che li voti , seu voci dell' eletto del fedelissimo popolo siano tanti , quanti quelli di tutte le piazze de Nobili , per questo avendo ogni piazza di Nobili , nel tesoro di S. Genaro , due cappellani bullati dal Sommo Pontefice , se ne abbiano dal detto fedelissimo popolo da eleggere otto altri , che in tutto siano diece , quanti ne hanno detti deputati de Nobili , e che abbiano da essere Preti nativi Napolitani tantum.

IV. Item , che li marinari pescatori , ed altri soggetti alla gran corte dell' Almirante , non abbiano da essere riconsciuti per qualsivoglia causa d' altro tribunale , eccetto che da detta gran corte dell' Almirante assolutamente ; e con semplice requisitoria restino alli tribunali recluse le vie di pligliare informazione , conforme all' antichi privilegi di detta gran corte dell' Almirante.

V. Item , che s'intendano anco levati , e sospetti tanto il segretario della vicaria , quanto il jus di detta se-

cretaria , conforme anco saranno levati tutti l' altri sigilli regi ; e della secretaria si abbia da esercitare dalli magnifici mastridatti in capite della vicaria , conforme l' antico solito , etiam con li loro sigilli. Dat. Neapoli die 13 juli millesimo sexcentesimo quadragesimo septimo.

El duque de Arcos.

Diego Bernardo Zufia Reg. Mattias de Casanate Reg. Antonius Caracciolus Reg. Hector Gapyeius Latro Reg. Dominus Vicereus, Locumtenens, etc., capitaneus generalis mandavit mihi donato coppola. Il principe di Satriano, il marchese di S. Sebastiano , il principe di Cellammare, il marchese della Torella, Gio : Tommaso Blanco , Gio : Battista Mari , Carto della Gatta , D. Giuseppe Mariconda , D. Gerone Capece Galieto. D. Luise Ponze de Leone.

NUMERO VIII.

Il fidelissimo popolo di questa fidelissima città di Napoli avendo inteso , che chi tengono le cisterne dell' oglio , quello vendono a somma grossa di stara a monasteri , e persone facultose , in grave pregiudizio e danno de cittadini , e volendo rimediare a tale inconveniente ; ordinamo e comandamo a tutte le persone , che tengono cisterne d' oglio , ed altri che vendono a stara , che da oggi avanti sotto pena di rebelione non debbano quello vendere , se non a bottegari , ed a quelli , che vendono a quarto per Napoli , e volendo comprare a stara , che vengano da noi. Di più ordinamo e comandamo sotto l' istessa pena a tutti li capitani cosi dell' Ottime , come di fanteria , che debbiano provvedere l' artiglierie di facchetti di palle di moschetto , o di cartocci di latta pieni di dette palle , per essere il tiro a corto,

dove non serve la palla. E di più si ordina e comanda a tutti li cittadini di qualsivoglia grado, stato e condizione si sia, che da oggi avanti, sonatta un ora di notte, si debbiano trovare alla loro casa, ed accorrendo caso di urgente cessità, come del Santissimo Sacramento, o di filianze, debbiano farlo intendere al capitano delle milizie, il quali li debba subito dargli soldati sufficienti che l'acompagnino dove sarà necessario. Di più che tutti li soldati delle compagnie de questo suddeto popolo debbano dar l'ubbidienza alli loro capitani, cosi delle Ottine, come militari, e gli altri loro superiori, sotto pena di quattro tratti di corda, o parendo altrimenti a detti capitani ed a loro superiori, li debbano mandare carcerati da noi per ordine di Sua Eccellenza, e del fidelissimo popolo. Die 12 mensis julii 1647. Tommaso Aniello d'Amalfi.

NUMERO IX.

Philippus Dei gratia Rex, etc., D. Roderio Ponce de Leon, duque de la ciudad de Arcos. Por quanto se ha entendido, que dentro la fidelissima ciudad, y sus burgos se hallan muchos bandidos con grande escándalo y desconsuelo del fidelissimo pueblo, deseando poner el remedio que conviene, hemos resuelto publicar el presente bando, y mandamos en pena de la vida, salgan luego, sin dilacion ninguna, los bandidos de esta fidelissima ciudad, y sus burgos, y con la misma pena de la vida y pérdida de todos sus bienes, mandamos que ninguna persona de cualquier calidad y grado que sea, los tenga en su casa, ni debajo de su proteccion, porque se ejecutarán irremisiblemente las dichas penas, sin respeto ni excepcion alguna. Dado en palacio á 12 de julio de 1647. —El duque de Arcos.—Donato Coppola, secretario.

NUMERO X.

Philippus Dei gratia Rex. D. Rodericus Ponze de Leon, dux civitatis Arcos, Marchio de Zara, comes de Bailen, etc., casares, Dom. Domus Villæ de Marchena, etc. Garzia, etc., in præsentî regno Vicerex, Locumtenes, etc. capitaneus generalis. Essendo pervenuto a nostra notizia, che in questa fedelissima città si vanno cercando diverse persone per causa del tumulto successo in essa da Tommaso Anello d' Amalfi; e perchè la nostra intenzione e che non solo si osservi l' indulto fatto, sua quello ampliare, come con questo ampliano, etiam per li delitti commessi per sino alla pubblicazione del presente bando. Perciò ci è parso ordinare a tutti li capitani di giustizia, di campagna, Barigelli, ed altre qualsivogliano persone di qualsivoglia grado e condizione si siano, che sotto pena di morte naturale non ardiscano carcerare nessuna persona eccettuando però il fratello, e cognato di detto Tommaso Anello, e gli altri carcerati portati dal fedelissimo popolo, al quale confermamo, e quatenus opus est, di nuovo concedemo tuttili privilegi, e grazie concesse al detto fedelissimo popolo e da noi giurate alla chiesa dell' Arcivescovato la giornata di sabato tredici del corrente mese. Dat. Neapoli die 16 mensis julii 1647. — El duque de Arcos, Cristóbal de Rivera.

NUMERO XI.

In Dei Nomine Amen.

Die sexta mensis januari primæ indictionis 1648. S. Excellentissimus et Illustrissimus Dominus Dominicus Cojessi generalis Serenissimæ Reipublicæ civitatis Neapolitanæ eum juramento tactis literis dixit, asseruit, et de-

claravit se ipsum quatenus ad ipsum spectat non intendit modo aliquo usurpare nec prejudicare juribus, actionibus, Dominio, possessioni bonorum, jurium jurisdictionum, privilegiorum, immunitatum, prerogativarum Sacro Monasterio Montis Casini Divi Benedicti Spectantium ac pertinentium pleno jure domini et possessionis, in quo ad præsens reperitur dictum Venerabile Monasterium; nec etiam præjudica realiis Eclæsiis sub quovis pretestu querito solare et ingenio, expresse declarando, ut declaravit concessiones factas universitati Santi Germani nec includi nec obesse debere ullo modo Venerabilis dicti Sacri Monasterii juribus actionibus, prerogativis possessionibus et jurisdictionibus nec aliter, nec alio modo ec, quibus ec, unde ec. Presbyterus ec, Carolo Rerio de Sauvino. — Petro de Talluccio Qud. ad Cont :

V. S. D. Octaviano Sabellico.

V. S. D. Bartolo Sabellico.

Cap. Dominico de benis pres.

NUMERO XII.

Eminentiss. e Reverendiss. Signore Sene viene questo fidelissimo popolo à supplicare Vostra Eminenza, che come amorevolissimo Padre e Pastore, voglia restar servita di adoperarsi in modo queda Sua Eccellenza ne venghi osservato tutto ciò, che per mezzo di V. Emin. concesse alle giuste petizioni di questo fidelissimo popolo; perchè lo strapazzo, che al presente Sua Eccellenza fa, mancando all' osservanza de privilegi, ne darà occasione di farne risolvere a dar piuttosto ubbidienza, a qualsivoglia persona, che agli spagnuoli, che cercano di dominare un regno per solo fine di distruggerlo. Non è necessario, Eminentissimo Signore, di serivere

a V. Em. che sta benissimo informata, in quali e quante calamitadi e miserie si ritrova questo fidelissimo popolo, colpa de passati Vicerè, e Nobiltà, basterà solamente supplicare V. Emin. voglia degnarsi ricordare a Sua Eccell. che facendo questo fidelissimo popolo altre deliberazioni, e mancando a Sua Maestà, conforme la presente S. Eccellenza ne manca, tutto farà colpa della sua soverchia stiratura abusando troppo tanta fedeltà, quanto l' ha mostrato il fidelissimo popolo. Supplica di più questo fidelissimo popolo, che V. Emin. voglia farli grazia ordinare alli Padri gesuiti, che vogliano attendere alli Divini officii, stante che detti Padri con indebito zelo, e con una carità pelosa vanno cotidianamente a raccomandare al signor Genovino gl' interessi propri e particolari, stuzzicando il vespajo per essere cacciati in camicia, con poco gusto e soddisfazione di questo regno; e qui sol fine bacia a Vostra Eminenza li piedi. Di Napoli á 21 de luglio 1647. Di V. Emin. Reverend. Fid. e devotissimo servo, il popolo napolitano.

NUMERO XIII.

* Nota di quanto si e mutato, ed aggiunto ne primi capitoli avertendo, che l' aggiunto, o mutato e quello che sequita dopo questo segno †.

Número 1.º Fin Verb. Spagna † o vero dove si trova.

Núm. 3. In med. Ver. deputati † e secretario del popolo.

Detto num. in fin. Ver. stampati † e tutti li officiali di sopra di tutti officii, che spettano alla città, detti siano nativi napolitani.

Núm. 5. Item si per caso, † che nessuna gabella stia in piedi masi levino tutte, tanto per la città, quanto per il regno, etiam fiscali, ed anco si levino le cose spetan-

ti a Moccia, seu al regio, Portulano, Montiero maggiore, l' imposizione della piazza delli Melloni, ed ogni altra cosa, ed imposizione spettante alla città e regno. Ma debbiano solamente restare in piede quelle, che ritrovò, e confermò l' imperator Carlo V; e caso che si trovassero a quel tempo gabelle ed imposizioni onerose e gravi, siano nulle, ed anco restino in piedi tutti li privilegi, che concesse Carlo V, e suoi antecessori a beneficio della fidelissima città, e suo regno.

Núm. 6. In prim. Verb. perchè † purchè nel privilegio di Carlo V non vi fosse, e se in detto privilegio ci fosse, si debbia pagare purchè non stia nelli margini, ovvero aggiunto, e detto donativo duri per il tempo conforme la stipulazione delli baroni.

Núm. 7. In med Ver città † ed anco il sigillo per fuori Napoli, e il Jus registri.

Núm. 8. Ver. insino † a tanto che saranno eretti, ed affissi l' epilaffii nelli luoghi stabiliti, e data esecuzione a tutti li privilegi, e che per detto tumulto in futurum tanto la città, quanto il regno non si molestano.

Núm. 9. In fin. Ver. il popolo † la città. Nel Ver. roba † recondo la possibilità di ciascheduno per servizio di questa fidelissima città.

Núm. 14. In prin. Ver. che † si levano tutte le gabelle. Ver. città † di Napoli, e regno. Ver. popolo † ed altre, e Ver. Degana † e che si levi qualsivoglia altra etiam in solatum data a particolari, e si levano tutte le altre imposizioni. Ver. in piede † tutti li privilegi, e benefici, che concesse l' imperator Carlo V, e suoi antecessori, successori a beneficio di detta fidelissima città, suo regno. Ver. il modo † dal Sig. Eletto del fidelissimo popolo, con li signori consultori, capitani, e capi dell' ottine.

Núm. 15. In fin. Ver. popolo † ed un' altra la nobiltà.

Núm. 16. In princ. ritrovasse † ritrovassero li privilegi originali. Ver. popolo, † e regno, e cosi promette e vuole, che si osservi in futurum.

Núm. 17. In prin. Ver. popolo, † e regno in med. Ver. mobili † case ed altri stabili.

Núm. 18. In princ. Ver. essendo † adesso, o in futurum ufficiale regio, tanto di questa fidelissima città, quanto di tutto il regno, non possa giudicare, nè intervenire nelle cause di persone popolari, cosi civile, come criminali, e miste, per esserli sospetti.

Núm. 21. In fin. Ver. subito † e cosi si osservi in futurum.

Núm. 23. In fin. Ver. abbiano † il libero.

Nelli capitoli, e grazie concesse da S. E.

Núm. 1. In fin. Ver. concludere † ed essendo il nobile unitto all' audienza di detta casa santa con li governatori del popolo, abbia avere detto nobile una voce conforme ciascheduno del popolo, e dell' istesso modo detti governatori del popolo debbiano avere li voti nelle cose concernenti del banco.

Núm. In fin. Ver. anticamente † e detto protomedico, unito con li nove dell collegio dell' arte della medicina, possano far esequire con loro tasse e debbia durare un anno, ed anco li detti nove di detto collegio di medicina non possano essere nuovamente detti, se non sono finiti tre anni e siano nativi Napolitani.

Núm. 3. In prin Ver. che lo † dello eletto.

Núm. 4. In fin. Ver. ammirante † eccetto però le cose di grassa.

Núm. 5. In prin. Ver. che † si levano tanto il secret. In fin. sigilli † registri.

VI. Item, che ocorrendo di soggiovare il rè nostro signore, abbia da pigliare espediente il popolo per la sua rata parte, come anco debbiano fare li cavalieri per la

medesima loro rata parte, e che possano eleggere una persona per portare il donativo a S. M. come anco li cavalieri debbiano eleggere un'altra persona, come fa il popolo, per condurre detto donativo a Spagna per li bisogni di S. M.; ed in evento, che li cavalieri non restassero contenti di eleggere detta persona, in tal caso S. E. l'eligga, nominando uno della nobiltà, che vadi insieme con quella eletta dal popolo.

VII. Item, che in ogni futuro tempo non si possa dar tratta fuora del regno di cosa comestibile, seu di grassa da S. E. e da baroni e da chi spetta, ancorchè avessero privilegio di dar tratta, e in futurum.

VIII. Item, che quando si ha da fare la cavalcata, il popolo possa eleggere il sindaco della città, che vadi, con detta cavalcata, cioè una volta al detto fidelissimo popolo, e un'altra al seggio, che toccherà alli cavalieri, cioè caso che tocasse al seggio di Nielo, dopo debbia toccare al popolo; al seggio di porto, e dopo al popolo e così alternativamente, e ringraziando S. E. delle tante grazie, che ha fatto, e fa al fidelissimo popolo di Napoli.

IX. Item, che il popolo debbia eleggere una persona che vadi in Spagna a rappresentare á S. M. le capitola- zioni concesse da S. E. in nome di S. M.

X. Item, come insino ad oggi il Jus della Dogana per tutta e qualsivoglia sorte di mercanzia si è stato a ragione di carlini dodici e grana sei per onza, e discusso al presente quello, che si ha da dedurre per le nove grazie concesse al detto fidelissimo popolo, e rimasta solo l'esazione dell'antico a tempo dell'imperatore, non più che carlini tre e mezzo per onza etiam in futurum. Con declarazione, che detti tre carlini e mezzo per onza, si debbiano pagare di quelle robbe, che erano soggette a dette imposizioni a tempo di Carlo V; e questo lo

debbia dimostrare il Doganiere, o a chi spetta, che robe erano a quel tempo; altrimenti sia lecito al padrone di dette robe di non pagare detti carlini tre e mezzo.

XI. Item che il battaglione creato dalla Cesarea Maestà di Carlo V non possa uscire in futurum fuori di questo regno di Napoli, stante che lo creò per custodia di detto regno e questo s' intenda anco per la caballeria.

XII. Item che l' apprezzi, misure de territori, e beni, che accorrerà commettersi in partibus, cioè fuori della città, e Borghi, si possano commettere all' ufficiali delle terre di detti beni, e quelle debbiano eleggere due esperti, non sospetti per detti apprezzi, e misure, non ostante qualsivoglia prammatica, ed ordine, e questo per evitare le spese, ed altri danni delli poveri negozianti.

XIII. Item che lo danaro da esiggersi in futurum per li bisogni di S. M. lo abbia da tenere la fidelissima città, cioè una chiave gli eletti nobili, e un' altra l' eletto del fidelissimo popolo, e quello portarsi a S. M. da due deputati, uno della piazza del fidelissimo popolo, e un altro della nobità.

NUMERO XIV.

Su Excelencia á peficion de la noble arte de la seda, ha sido servido de que toda la seda, que se halla en esta fidelísima ciudad, y que en lo venidero se emitiere, se haya de labrar dentro de esta fidelísima ciudad, sin que se pueda extraer para labrar en otra parte del reino, ó fuera de él, de que aviso á V. S. para que asi lo haga ejecutar. — Dios guarde á V. S., Palacio 13 de agosto de 1647, y que acudan con el privilegio para que se dé el despacho por cancillería, con rúbrica de S. E. — El duque de Cansano.

NUMERO XV.

Perchè questo fedelissimo popolo di Napoli fra gli capitoli supplicati á Sua Eccellenza (qual è l'ottavo) li dimanda, che il castello di S. Ermo fosse governato e custodito dal detto fedelissimo popolo, al detto capitolo e rimasta Sua Eccellenza servita far la risposta del tenor seguente. *Ecco la risposta di Sua Eccellenza.* Al octavo capítulo se responde, que S. E. estima como siempre el celo y fidelidad de este fidelísimo pueblo, y cree que estará muy bien gobernado en sus manos el castillo de S. Elmo; pero que siendo provision de castillo, no puede disponer en ella, ni el castellano obedecerá sus órdenes, por tener hecho pleito homenaje de no entregarle sin órden de S. M., y sin embargo S. E. suplicará á S. M. conceda este capítulo á este fidelísimo pueblo. *Ecco l' accettazione con la pena.* Qual risposta essendo stata letta dal magnifico secretario di questa fedelissima piazza al sopraddetto fedelissimo popolo, in presenza del signor eletto, e magnifici capitani, tanto di fanteria, quanto delle 23 ottine, magnifici consultori di detto fedelissimo popolo, hanno risposto viva voce, che accettano detta risposta; che però si ordina e comanda alla pena di rebellione di Sua Maestà, e di questo fedelissimo popolo, e di morte naturale, che nessuno ardisca nominare di volere sorprendere il detto castello di S. Ermo, atteso questa è la volontà del detto fedelissimo popolo, con carcerare il delinquente, e presa diligente informazione, sia irremisibilmente incorso nelle suddete pene, e non costando, incorra il denunciante nella medesima pena, riservandosi a S. E. il serivere a Sua Maestà servata la forma della preinserta risposta.—Il principe di Massa D. Francesco Toralto d' Anagona, capitano generale. Francesco Antonio Apaja,

eletto del fedelissimo popolo. Gerónimo Vecello, segretario.

NUMERO XVI.

Philippus Dei gratia Rex.

D. Rodericus Ponze de Leon, dux civitatis de Arcos, marchio de Zaara, comes de Bailen, et casares. Dominus domus villæ de Marchena et Garzia, et in præsentì regno Neapolis per suam catholicam Majestatem vicerex locumtenens, et capitaneus generalis.

4.º Essendoci stato di nuovo supplicato per parte del fedelissimo popolo di questa fedelissima città di Napoli l' infrascritti altri capitoli, e grazie, per detto fedelissimo popolo presentatici quali sono li sequenti videlicet, In primis, che tutti gli officiali, ed altre persone, che li sono state incendiate le loro case in questa città dalli 7 de luglio 1647 fino ad oggi, siano disterrati dal presente regno di Napoli in perpetuo, e che mai possano ottener grazia alcuna da S. M. cattolica (che Dio la guardi), e che fra termine di un mese, numerando dal dì della stipulazione di detti capitoli debbiano sfratare da questo presente regno, e elasso detto termine, e ritrovandosi ciascheduno di essi nella città e regno, incorrano ipso facto nella pena di morte naturale, e si possano impune occidere; e di più li loro descendentì di linia masculina mai possano esercitare, nè esser creati officiali, e ministri regi di questa fedelissima città e regno, e questo in perpetuo; eccettandone però la casa del Maggio: Batista Bujacarino, e suoi descendentì, stante che con il capitane Stefano, suo figlio han servito e servono con puntualità S. M., e' l fedelissimo popolo di polvere, non apportando esempio ad altri, ed eccettuandone anco tutti gl' incendiati per causa di gioco:

con dichiarazione, che non si comprendono nel presente capitolo li padroni delle case, nelle quali abitavano gl' Incendiati, ma s' intenda solamente le persone predette incendiate. Ci è parso concedere, siccome con questa concedemo al fedelissimo popolo, tutto lo contenuto in questo presente capitolo; però elasso detto mese ci contentiamo, che si possano cacciar dal regno dal detto fedelissimo popolo, a costa delli detti incendiati, e vitrovandosi la seconda volta dopo elasso un altro mese, si possa eseguire la pena contenuta in questo presente capitolo. Però questo non s'intenda nelle persone militari.

2.º Item che il presidente della regia camera della summaria Giulio Genovino sia privato del suo carico di presidente, e vicecancelliero, e così anco il giudice Giuseppe Santovincenzo sia privato di giudice di vicaria, e Fra Luca Genovino sia similmente privato del carico di capitan di cavalli, e che li sopradetti giulio, Giuseppe e Fra Luca siano disterrati dal presente regno, insieme con tutti i loro discendenti di linea masculina in infinitum, eccettuato le figlie femine, e discendenti di linea feminina, e nè essi, nè detti discendenti di linea masculina, ut supra, non possano mai ripatriare, nè ottener grazia, nè anco da S. M. cattolica, e nell' suddetto termine d' un mese debbiano sfrattare dal presente regno sotto l' istessa pena della vita, per averne machinato falsamente contro detto fedelissimo popolo di Napoli e regno, il che è notorio a detto fedelissimo popolo; e li parenti di linea masculina di detti Giulio, Giuseppe, e Fra Luca sino al quarto grado, computando de jure canonico, non possano esercitare officii regi di questa fedelissima città e regno, così d' amministrazione di giurisdizione, come di cose pubbliche. Ci è parso concedere, siccome con questa concedemo que-

llo, che si dimanda nel presente capitolo. Verum in quanto alla pena di morte naturale, s' intenda conforme nel precedente primo capitolo.

3.º Item, che Alonso de Angelis sia privato di tutti i suoi uffici, che tiene e possiede dentro la regia Dogana di Napoli, e per tutto il presente regno, e quelli vadano in beneficio del fedelissimo popolo di Napoli, etiam se detti uffici si ritrovassero in testa d' altri, e che detto Alonso sia disterrato dal presente regno nel sopra-detto termine d' un mese, nè mai possa esser aggraziato etiam da S. M., e che li figli mascoli, e loro discendenti di linea mascolina sino al quarto grado non possano aver uffici regi, nè baronali, nè di città. Ci è parso concedere, siccome con questa concedemo, conforme si dimanda.

4.º Item, che il duca di Maddaloni, e Gio : Angelo Barrile, duca di Caivano, e loro discendenti in infinitum di linea mascolina, eccettuandone le femine e discendenti dalla linea femina, siano disterrati dal presente regno in perpetuum, e che mai possano ottenere grazia alcuna da S. M. cattolica, e che fra termine d' un mese debbiano sfrattare dal presente regno, e ritrovandosi ciascheduno di essi nel regno, si possano impune occidere, e cosi sempre in perpetuum si debba osservare con detti discendenti di detti duca di Maddaloni, e Caivano, quando si ritrovasse ciascheduno d' essi in regno; ed anco D. Carlo Spinello, e D. Lucio Sanfelice, e suo fratello D. Andrea siano similmente disterrati dal presente regno di Napoli in perpetuum, e che mai possano ottener grazia alcuna da S. M. cattolica, e nell' istesso termine d' un mese debbiano sfrattare sotto l' istessa pena della vita, e li discendenti delli detti Spinello, e Sanfelice della linea mascolina mai possano esercitare, nè possano esser creati ufficiali e ministri Regi di ques-

ta fedelissima città, e presente regno, e questo in perpetuo; e tutte le dette pene che s' intendano anco contro li discendenti di Giuseppe Carafa. Ci è parso concedere, siccome con questa concedemo, conforme si domanda; però in quanto alla pena di morte naturale, s' intenda conforme al primo capitolo.

5.º Item, che tutti li rumori, rivoluzioni, commovimenti, anco che importassero sedizioni, e ribellioni (benchè il fedelissimo popolo giustamente pretende non esser in corso, per aver trattato di sua difesa, ed osservanza di privilegi, acclamando sempre: *Viva il Re di Spagna*) fatti, e successi sotto li 21 del presente mese d' agosto insino ad oggi, tanto avanti li regi palazzi con i spagnuoli ed altri, quanto contro li regi castelli, con cannoni, mine, Trincere, Bastioni, ed altre batterie, ed assalti contro detti regi castelli, e palazzi, con aver anco sparato contro quelli, e tentato darli a terra, e per l' armi pigliate da dentro la regia Dogana di questa fedelissima città, e nuovi incendi in detta città e regno, e ciò che fusse occorso in questa città, e qualsivoglia altra parte del presente regno, e signanter per la morte del presidente della regia camera della summaria Tavizio Cennano, e di qualsivoglia altro ufficiale, tanto Togati, quanto di cappa corta, così temporali, come perpetui, regi e baronali, e di Giovanserio Sanfelice, e qualsivoglia altro omicidio occorso in detto tempo, anco de' soldati spagnuoli, ed alemanni, dell' armi pigliate dalla casa dell' illustre principe d' Ascoli, e per qualsivoglia altra causa, che ricercasse specifica menzione e dichiarazione, ed ogni altra cosa successa dalli 7 di luglio 1647 fino ad oggi; che mai se n' abbia, nè debbia fare dimostrazione alcuna, mase li dia il perdono, ed indulto generale in amplissima forma, come se mai le cose suddette, nè alcuna di esse fossero succedute: e s' inten-

dano similmente aggrazziati tutti gli artiglieri, ed ingegneri, tanto cittadini, come forastieri, etiam stipendiari di S. M. cattolica, stante che hanno servito il fedelissimo popolo; e trovandosi carcerati per tal causa, tanto per il tumulto successo dalli 7 di luglio, quanto delli 21 del presente mese d' agosto sino ad oggi, debbiano similmente godere detto indulto, tanto li cittadini di questa fedelissima città, quanto del presente regno, di qualsivoglia stato, grado, e condizione siano dette persone, eccettuandone però quelli, che machinarono di ammazzare il magnifico Francesco Antonio Arpaja, eletto di questo fedelissimo popolo, quali al presente si ritrovano carcerati. Ci è parso concedere, siccome con questa concedemo, conforme si dimanda.

6.º Item, che il regio palazzo di S. E. e tutti li posti, e galitte, dove entravano per prima le guardie spagnuole, da oggi avanti, ed in perpetuum si debbiano custodire, e guardare per le compagnie di detto fedelissimo popolo per servizio di S. M. cattolica, e suoi felicissimi successori, e dell' Eccellentissimi signori Vicerè del regno, a' quali detto felicissimo popolo desidera servire con ogni fedeltà ed amore, conforme per il passato hanno assistito in dette guardie le tanterie spagnuole; e dette compagnie di detto fedelissimo popolo si debbiano comandare da capitani eligendi dalla piazza di detto fedelissimo popolo, e questo si debba osservare in perpetuum, con le prerrogative istesse che dette compagnie spagnuole hanno sempre goduto. Noi non possendomo concedere a questo popolo lo che si contiene nel sopradetto capitolo, se ne scriverà à S. M. cattolica, facci tutte le grazie al detto fedelissimo popolo, che merita la sua fedeltà.

7.º Item, che tutti li nobili, tanto quelli, che godono nelli seggi di Napoli, quanto quelli, che godono no-

biltà nel regno , non possano avere , nè esercitare officii regi , nè di Foghe , nè militari , nè qualsivoglia altro officio pubblico , nè di città , ed amministrazione di essa , così di sindaco , o eletto , come di deputazione , o altro appartenente a detta fedelissima città di Napoli , e suo distretto ma quelli si debbiano esercitare da cittadini nativi , ed oriundi tantum dal detto fedelissimo popolo di Napoli , e non per cittadini per privilegio ; é con essi cittadini , del fedelissimo popolo vadino compresi quelli che godono nobiltà nel regno , purchè siano nativi , e oriundi napolitani , e siano anco comprese le famiglie , che godono nelli seggi di capuano e nido , e le persone tantum , che stanno attualmente servendo Sua Maestà cattolica nel consiglio collaterale , e di stato , e la persona del presente segretario del regno consigliere Donato Cappola , e tutti gli altri , che al presente stanno servendo Sua Maestà cattolica in esercizi militari. Con dichiarazione , che con questa eccettuazione non s' induchi esempio a rispetto d' altri , nè per li loro discendenti , escludendo il duca di Maddaloni , D. Carlo Spinello , gio : Angelo Barrile , duca di Caiuano , e loro discendenti in infinitum , con li discendenti in infinitum del quondam D. Giuseppe Carrafa , edanco Fra Vincenzo della marra , ed il quondam Pizo , alias Fabrizio Carrafa ed altri , quali si trovarono all' omicidio del quondam dottor Camillo Soprano , essendo allora governatore della casa santa dell' Annunciata di questa fedelissima città di Napoli ; il quale Fra Vincenzo , che al presente vive , s' intenda fra il medesimo termine del mese disterrato da questa fedelissima città e regno , sotto pena di morte naturale , nelli tempi e modi di sopra dichiarati ; e li discendenti del detto quondam Fabrizio non siano ammessi ad officii , ed onori , come di sopra , e non s' intendano però compresi nel distierro. Ci è parso conce-

dere, siccome con questa concedemo, conforme si domanda.

8.^o Item, che Francesco Albano, Camillo, alias Millo di Francesco, ed altri affittatori, che tennero l' affitto della gabella de foutti, siano disterrati dal presente regno fra il sopradetto termine di un mese, sotto l' istessa pena della vita, nè i loro discendenti in perpetuum possano esercitare uffici Regi, nè militari di questa fedelissima città e regno, etiam mercenari, e non possino esser aggraziati, etiam da Sua Maestà cattolica, e detto Francesco Albano sia privato del suo officio di razionale di camara, nel quale era stato eletto; e durante il termine di detto mese per detto distierro, detti gabelloti de frutti debbiano depositare le mesate, che devono per causa di detto affitto, con la rata da loro esatta sino alli 7 di luglio prossimo passato, ed anco tutti gli altri gabelloti, arrendatori, e governatori di qualsivoglia gabella, ed imposizione, che s' esigea prima nel presente regno, debbiano depositare tutte le quantità per essi debite per tutto il tempo passato sino al detto giorno 7 di luglio 1647, per quelli dividersi alli consignatari di arrendamenti, ed imposizioni per la rata di loro crediti, da dove perverranno detti danari. Ci è parso concedere siccome con questa concedemo, conforme si domanda; però a rispetto della pena della vita, s' osservi conforme sta disposto al primo capitolo.

9.^o Item, che il regio castello di S. Elmo di questa fedelissima città di Napoli si debbia tenere e guardare da cittadini nativi napolitani di questo fedelissimo popolo, acciò detto regio castello si tenghi e guardi esattamente per servizio di Sua Maestà cattolica, e della fedelissima città di Napoli; e questo in perpetuum, escludendone però da detta guardia li Jannizzari, etiam di qualsivoglia nazione, ancorchè siano nati in Napoli. Noi non

possendomo disporre, nè concedere quello, che domanda il fedelissimo popolo nel sopradetto capitolo, se ne scriverà a Sua Maestà cattolica.

10. Item, che li capitani delle regie galere della squadra di questa fedelissima città di Napoli siano, e debbiano essere cittadini nativi napolitani del popolo, escludendone li Jannizzari, e persone d'altre nazioni, ancorchè fussero quelle nate in questa fedelissima città di Napoli; e così anco s'intenda dell'altri ufficiali della squadra di dette regie galere, così maggiori, come minori, debbiano similmente essere cittadini del popolo, e non Jannizzari, nè di altra nazione, come di sopra. Ci è parso concedere, siccome con questa concedemo, conforme anderanno però vacando.

11. Item, che tutti quelli, quali hanno macchinato, e fatto firmare da alcuni cittadini una scrittura falsamente contro detto fedelissimo popolo di Napoli, debbiano insieme con tutti i loro discendenti di linea mascolina, fino al quarto grado de Jure civile, sfrattare dal presente regno nel sopradetto termine d'un mese, escluse però le figlie femine, e discendenti di linea femmina; ed avendosi in potere del popolo detti machinanti, si possano impune occidere, escludendo dalle pene predette quelli, li quali hanno firmata detta scrittura; quali machinatori, e capi di far firmare detta scrittura si debbiano dichiarare per la fedelissima piazza del Popolo, precedente informazione Juris ordine servato. Ci è parso concedere, siccome con questa concedemo, conforme si domanda; però a rispetto della morte naturale, s'intenda conforme al primo capitolo.

12. Item, che Francesco Antonio Arpaja eletto del fedelissimo popolo, domenico Molone, Agazio assanto, Tommaso de alfiere tenente di maestro di campo generale, il sergente maggiore Perez, l'aggiutante Fran-

cresco Acito, ed altri che si ritrovino ritenuti nel regio castello, eschino dal detto regio castello con le medesime prerogative, continuando, ed esercitando i loro stessi uffici, e carichi come prima. Ci è parso concedere, siccome con questa concedemo, conforme si dimanda.

13. Item, che si debbia fare una casa per conservazione delle artiglierie, ed altre armi a disposizione del fedelissimo popolo, e s'abbia da custodire da detto fedelissimo popolo, e per le persone da esso eligende. Ci è parso concedere, siccome con questa concedemo, conforme si domanda.

14. Item, che li giudizi della gran corte della vicaria civile e criminali, non possano essere di maggior numero, che sei civile, e sei criminali, e di età non meno d'anni trenta, e siano tutti nativi napolitani, o vero oriundi fantum, non scudendo le famiglie delli leggi predetti di capuano e Nido, dalli quali però ne siano per sempre escluse le suddette famiglie eccettuate, e dichiarate come di sopra; e che li presenti giudici si debbiano levare, eccettuando però il giudice D. Tommaso Caravita, acclarato generalmente dal fedelissimo popolo; e che li detti giudici tanto civile, quanto criminali debbiano essere biennali, e non perpetui, e dare a suo tempo il sindacato, conforme le regie Prammatiche, costituzioni, e capitoli del regno. Ci è parso concedere, siccome con questa concedemo, conforme si dimanda.

15. Item, che li regi consiglieri del S. R. C. presidenti e razionali della regia camera, ed ufficiali e ministri della regia scrivania di ragione di questa città, e del regno, avvocati fiscali, e de poveri, ed ogni altro ufficiale e ministro, che per prima non davano reindicato, tanto di questa fedelissima città, quanto di tutto il regno, debbiano dal sindacato ogni tre anni avanti li sindacatori

eligendi dalla fedelissima città, e per le città e luoghi del regno respective, nel modo e forma che ordinano i capitoli, costituzioni e prammatiche del regno; e però si supplica Sua Maestà non mandare per l' avvenire visitatori generali, supplicandosi anche S. E. che il presente visitator generale si licenzi, lasciando d' esercitare la regia visita eccettuandone dal detto sindacato triennale l' illustri e spettabili reggenti della regia cancelleria, presidenti del S. R. C. ed il luogotenente della regia camera della summaria. Ci è parso concedere, siccome con questa concedemo, conforme si domanda anche per lo che spetta al presente visitatore generale, rispetto di egli ha dichiarato tener licenza da Sua Maestà di non continuare detta visita.

16. Item, che li scrivani fiscali di vicaria debbiano essere nativi napolitani, ed oriundi tantum, e siano nati da legittimo matrimonio, e non inquisiti di delitti, nè privati per causa d' officii, e quelli, che al presente sono, si levino e si cassino, ritrovandosi inquisiti, convitti però, confessi, o condannati per causa d' officii tantum; ed a rispetto delli scrivani del S. R. C., regia camera della summaria, vicaria civile, ed altri tribunali, ed officii, per qualsivoglia, che si esercitano in questa fedelissima città e regno, possino essere napolitani, e regnicoli, purchè non siano inquisiti ut supra; e l' istesso s' intenda ancora per li notari e giudici a contratto di questa fedelissima città e regno, ma debbiano essere similmente napolitani, o regnicoli, purchè non siano inquisiti ut supra, e la ricognizione di essi notari spetti solamente al spettabile presidente del S. R. C. Ci è parso concedere, siccome con questa concedemo, conforme si dimanda.

17. Item, che salvatore, e Carlo Cataneo, Angelo Ardizzone, Andrea Rama, ed altri declarandi per la

piazza del detto fedelissimo popolo , siano nel predetto termine d' un mese cisterrati dal presente regno , e che mai possano essere aggraziati , etiam da S. M. cattolica e ritrovandosi ciascheduno di essi per il regno , incorrano ipso facto nella pena di morte naturale , e si possano impune occidere ; e li loro discendenti in infinitum di linea masculina non possano godere officii regi , nè baronali di questa fedelissima città e regno , stante che furono machinatori della morte di Masanello. Ci è parso concedere , siccome con questa concedemo , quanto si dimanda nel presente capitolo ; però in quanto alla morte naturale , s' osservi l' ordinato nel primo capitolo.

18. Item, che tutti li reverendi monaci, e frati forastieri debbiano partire dalli monasteri, e conventi di questa fedelissima città e regno , dove si troveranno, eccettuati però li nativi dello stato ecclesiastico , e spagnuoli , li quali però non possono essere superiori nelli monasteri della religione loro di questa fedelissima città e regno , ma debbiano essere napolitani, o regnicoli , e che debbiano tutti li priori dare nota delli forastieri , che tengono nè loro conventi , seu monasteri, e questa nota si debbia fare convocato capitolo ; verum a rispetto del real convento di S. Agostino di questa fedelissima città , si debbia osservare la real carta di Sua Maestà cattolica , e decreto del spettabile reggente Casanate , interposto anco in esecuzione di quella , e li superiori , ed ufficiali siano figli di dette case , riserbata però la riverenza dovuta al sommo Pontefice. Per lo che tocca a noi ci è parso concedere , siccome con questa concedemo , conforme si domanda , e per lo dippiù se ne supplicherà Sua Santità.

19. Item, che sia lecito , e si possa fabbricare in tutti li luoghi proibiti dentro e fuori la città , non ostante la

proibizione per il passato per le fabbriche fatte per il passato sino al presente giorno in detti luoghi proibiti, e non si possino molestare li padroni di quelle, nemmeno li fabbricatori, ed altri inquisiti per detta causa, rimettendo tutte le pene, nelle quali vi fussero in corsi per la causa predetta. Ci è parso concedere, siccome con questa concedemo, conforme si domanda.

20. Item, l' indulto conceduto a napoletani, s' estenda anco a quelli, che si ritrovano con il mandato a bocca, o con plegiarie, ancorchè iccusate, e poste nel libro dell' inferme. Ci é parso concedere, siccome con questa concedemo, conforme si domanda.

21. Item, che s' ossevino tutti li capitoli, grazie, capitulazioni e privilegi concessi dalli serenissimi Rè, ed eccellentissimi vicerè alli ufficiali, e lavoranti della regia zecca delle monete. Ci è parso concedere, siccome con questa concedemo, conforme si domanda.

22. Item, che si ricevano da questa fedelissima città per padroni e protettori di questa fedelissima città il glorioso patriarca S. Agostino, dottore della chiesa, S. Nicolò Tolentino, la gloriosa S. Teresa de Scalzi Carmelitani, il glorioso S. Onofrio, portandosi le statue con le reliquie nel tesoro della fedelissima città; e che la chiesa di S. Onofrio di questa fedelissima città si mantenghi nella possessione, nella quale si ritrova, non ostante la cite: ed anco si ricevano per padroni e protettori di questa fedelissima città S. Ignacio Loyola, e S. Francesco Xaverio, S. Nicolò di Bari, S. Francesco d' Assisi, S. Paolino Vescovo di Nola, e S. Biase. Ci è parso concedere, siccome con questa concedemo, conforme si domanda.

23. Item, V. E. resti servita in nome di S. M. cattolica concedere, e far grazia a detto fedelissimo popolo, che nel real monastero di S. Martino de reverendi padri

Certosini posto nel monte di S. Elmo vicino il regio castello detto di S. Elmo, in nessun futuro tempo, e per qualsivoglia causa, o pretesto, nè anco per ragion di guerra, fortificazione, o sicurtà di detto regio castello di S. Elmo, si possa o si debbia fare innovazione, mutazione o fabbrica alcuna, non ostante l' ingresso nel detto real monasterio della gente di milizia di esso fedelissimo popolo, ed altre operazioni qualsivoglia fatte per difesa di quella, e per custodia di detto fedelissimo popolo come tutto successo de facto, ed a viva forza militare, alla quale essi reverendi padri non poterono resistere; e che detti padri non si possano amovere da detto monasterio, come al presente si ritrovano, e così anco s' intenda per l' altri monasteri, e luoghi, dove si fiesse entrato, o fatto il medesimo. Ci è parso concedere, siccome con questa concedemo, conforme si domanda.

24. Item, che nè luoghi, dove si è fortificato detto fedelissimo popolo per defensione, e manutenzione de suoi privilegi, e buon vivere, non si possa per Sua Maestà cattolica, e suoi ministri in nessuno futuro tempo, nè per qualsivoglia causa, o pretesto fare fortificazione innovazione, o fabbrica alcuna. Ci è parso concedere, siccome con questa concedemo, conforme si domanda.

25. Item, che resti D. Francesco Toraldo d' Aragona, principe di Massa, governatore dell' armi del fedelissimo popolo di questa fedelissima città, ed Ottavio marchese resti generale dell' artiglieria con li loro soldi, e di più: che resti il delegato concesso da Sua Maestà a detto illustre principe di Massa, il quale debbia procedere in tutte le sue cause, ed etiam a quella che tiene contro l' illustre principe di Satriano, inteso pero il regio Fisco della regia camera. Ci è parso concedere siccome con questa concedemo, conforme si domanda. E per Ottavio marchese se ne supplichera S. M.

26. Item che li capitani di giustizia debbiano essere

solo li padroni ad esercitare, escludendone per sempre gli affittatori, accio non succedano le solite estorsioni. Ci è parso concedere, siccome con questa concedemo, conforme si domanda.

27. Item, che si debbiano mutare tutti gli algozini di vicaria, che al presente sono, e si debbiano fare gli altri, non inquisiti con li loro soliti requisiti, li quali s'abbiano da vedere, e ammettere per la piazza del fedelissimo popolo, e darli al reggente della vicaria per la conferma. Ci è parso concedere, siccome con questa concedemo, conforme si domanda.

28. Item, che li capitani di giustizia non possano essere creati capitani di fanteria della leva del fedelissimo popolo, e nelle compagnie di esso non si debbiano assentare gli algozini di vicaria, tanto quelli, che sono stati per il passato, quanto quelli che saranno per l'avvenire. Ci è parso concedere, siccome con questa concedemo, conforme si domanda.

29. Item, che essendo finito il tempo dell' istituzione, ed erezione del tribunale della reverenda fabbrica di S. Pietro di Roma, detto tribunale si dismetti, ed in caso, che non fusse elasso detto tempo, o vero non fusse temporanea la sua erezione, per evitare li danni, che si possano per l'avvenire sentire in questa fedelissima città e regno, si debbiano moderare la tassa delle spese, e diritti di detto tribunale della rever: fabbrica, con intervento di due deputati della piazza di esso fedelissimo popolo, e farsi anco il registro delli decreti, e vedersi detta istituzione, e dopo ogni tre anni si debbia rivedere l'osservanza di detta tassa, supplicando S. E., si degni interponere le sue parti con Sua Santità. Ci è parso concedere, siccome con questa concedemo per lo che tocca a noi, e per lo che tocca a Sua Santità, si provvederà da esso.

30. Item, che il regio protomedico abbia da essere

nativo napolitano; o oriundo tantum, con l' istesse prerogative, ed emolumenti, che se li davano anticamente. Verum a rispetto delli otto, e due delli speciali di medicina, possino essere non solo napolitani orti, ed oriundi, ma anco regnicoli, non ostante che si fosse altrimenti disposto; verum in parità di voci siano sempre preferiti li napolitani. E detto protomedico uniti con li otto, e due del collegio dell' arte della medicina, debbiano tassare le liste, e l' esecuzioni di essi si facino per li giudici competenti; e detti otto, e due non possano esser assunti in detto officio, solo dopo tre anni finiti, elasso l' anno della prima amministrazione. Ci è parso concedere, siccome con questa concedemo, conforme si domanda.

31. Item, perchè detta piazza di fedelissimo popolo nella processione, che si fa ogni anno del Santiss. corpo di nostro Signore Gesù Cristo, non era onorata fuorchè di una sola asta del pallio, conforme ad una sola voce, o voto, che teneva detta piazza; al presente essendo stata reintegrata nelle cinque antiche voci, o voti, supplica S. E. si compiaccia d' onorarla anco di altrettante aste di detto pallio, da portarsi per le persone di detta piazza deputande dall' eletto del popolo; e così debbia inviolabilmente osservarsi in tutte le altre processioni, funzioni, ed azioni sacre, che occorreranno farsi pubblicamente in nome, e sotto forma di Città, o vero tante aste di detto pallio, quante saranno, o resteranno quelle delli seggi. Ci è parso concedere, siccome con questa concedemo, conforme si domanda.

32. Item, perchè nel viceversi li reverendissimi arcivescovi di questa città la piazza del fedelissimo popolo non avea parte alcuna, si supplica S. E. concedere a detta piazza del fedelissimo popolo poter portare cinque aste del pallio, col quale suoli onorarsi detto reveren-

dissimo pastore , secondo l' istessi numeri di voti , o voci , come di sopra , acciò con detto segno venghi a mostrare l' affetto grande , che porta al suo amatissimo pastore . Ci è parso concedere , siccome con questa concedemo , conforme si domanda .

33. Item, che l' istessa equalità di voti, o voci abbia e goda la piazza del fedelissimo popolo in tutte le deputazioni, o consessi stabiliti, e che in futurum si avessero da stabilire in tutti, e qualsivoglia negozi attinenti a detta fedelissima città, in modo tale che sia sempre eguale di voti, o voci detta fedelissima piazza del Popolo. Ci è parso concedere, siccome con questa concedemo, conforme si domanda.

34. Item, che il primario delli negozi degli apprezzzi sia una volta delli seggi, e un'altra volta del fedelissimo popolo, e così anco il giustiziero una volta sia del fedelissimo popolo, ed un'altra delli due seggi; quali uffici debbiano durare per un anno, e si debbiano provvedere una volta in persona delle persone del popolo, ed un'altra volta in persona di uno delli leggi, conforme stà conceduto a rispetto del sindaco; e detti uffici si debbiano provvedere nelle persone di detto fedelissimo popolo in questa prima volta. Verum l' ufficiali del regio giustiziero da oggi avanti debbiano solo essere due persone per ottina, di buona fama, timorose di Dio, e non inquisite, nè suddite, e debbiano durare per sei mesi. Ci è parso concedere, siccome con questa concedemo, conforme si domanda.

35. Item, che nella mastria, e governo della Santissima Anunziata di Napoli, esercitata così dal mastro, seu governatore di Seggio Capuano, come da quelli della piazza del fedelissimo popolo, possano entrare ad amministrare, e concludere li governatori del fedelissimo popolo di detta casa santa, essendo però di numero

opportuno, e nelle giornate, ed ore stabilite, ancorchè non intervenghi il mastro del Seggio Capuano, o che sia presente, e non concorra; e detto governatore di capuano abbia una voce conforme ciascheduno del popolo, intanto che s' esegui inviolabilmente quel, che la maggior parte conclude, ancorchè contraddichi il governatore di Seggio Capuano; e di più l' amministrazione delle confidenze, purchè non contraddichi la volontà del testatore, e del banco di detta casa santa si debbia fare tanto per lo mensario, che pro tempore sarà dalli quattro governatori del popolo, quanto ancora per li governatori di Capuano, confermarsi per tutti le due cartelle de' pegnri polizze mandati, colletini di pagamenti, e qualsivoglia altra scrittura, e debbiano godere egualmente le prerogative, preminenze, elemosine secrete, torcie, maritaggi, uffici, anco di mercugliano, intanto che non possa godere il governatore di Capuano maggioranza nessuna di detti onori e prerogative, se non quanto gode ciascuno di detti governatori del popolo; e che la Rota dell' udienza debbia esser tonda, con pondersi il campanello in mezzo, acciò si possa sonare da tutti nell' occorrenza, e con li calamari d' argento a ciascheduno delli governatori, non ostante che per il passato si sia altrimenti osservato; e che la chiave delli censali s' occupi per il governatore del popolo della prima seggia, senza che debbia intromettersi nella distribuzione della detta chiave il governatore di Capuano; e di più che tutte le mastrie e governi d' altri luoghi pii debbiano durare per li tempi stabiliti. Ci è parso concedere, siccome con questa concedemo, conforme si domanda.

36. Item, che S. E. si degni restituire in nome di S. M. cattolica, et quatenus fusse necessario, di nuovo concedere alla piazza di detto fedelissimo popolo il Seggio

da costruirsi nella strada della sellaria, ove anticamente resideva, nel quale si possi anche congregare, e trattare tutti li suoi affari e negozi. Ci è parso concedere, siccome con questa concedemo, conforme si domanda.

37. Item, che gli ufficiali, che amministrano giustizia, di qualsivoglia tribunale, debbiano abitare dentro le mura di questa fedelissima città di Napoli. Ci è parso concedere, siccome con questa concedemo, conforme si domanda.

38. Item, che tutti li negozi del S. Consiglio di Capuano, della regia camera, e delli altri tribunali, si debbiano attitare dalli attuari, e scrivani ordinari di essi regi tribunali, con reintegrare li negozi alli mastri d'atti di essi tribunali, conforme per prima, non ostante che si sia praticato il contrario con pretesto di attuariato assunto, o di vendite fatte di essi attuariati per le regie gionte, o per altri tribunali, o superiori; e cossi anco li negozi, che si trattano avanti il spettabile Reg: di vicaria si debbiano attitare per tutti li mastri d'atti, e attuari di detta gran corte, da dividersi per tutte li mastri d'atti di detta gran corte facendo ciascheduno il suo mese. Ci è parso concedere, siccome con questa concedemo, conforme si domanda.

39. Item, che la provista del pane si debba fare solo per l' eletto del fedelissimo popolo, non ostante che da alcuni anni in qua si sia osservato il contrario e questo oltre le altre sue prerogative. Ci è parso concedere, siccome con questa concedemo, conforme si domanda.

40. Item, che per l' avvenire non si mandino capitani a guerra nelle terre, luoghi, e città del regno, quali terre e luoghi da loro medesimi si debbiano guardare. Ci è parso concedere, siccome con questa concedemo, conforme si domanda.

41. Item, che per l' avvenire nessuno napolitano si mandi in galera de facto, e loco depositi, vel carceris, ma si spedischi di giustizia, eccettuandone però gli accordi volontari. Ci è parso concedere, siccome con questa concedemo, conforme si domanda.

42. Item, che per l' avvenire tuti gli uffici, che tengono salario, tanto in questa città, come nell' i banchi, e luoghi pij, si debbiano conferire a napolitani nativi, ed oriundi del popolo, e similmente l' officio di carceriere maggiore della gran corte della vicaria si debba conferire a napolitani, come di sopra. Ci è parso concedere, siccome con questa concedemo, conforme si domanda.

43. Item, che tutti li casali di detta fedelissima città in ogni futuro tempo debbiano essere, estare in demanio, non ostante qualsivoglia alienazione, vendita, o donazione in contrario fatta, quai si declarano nulle, anco in conformità delle grazie sopra ciò fatte per il Serenis. Rè cattolico, confirmate per la Cesaria Maestà di Carlo V. Ci è parso concedere, siccome con questa concedemo, conforme si domanda.

44. Item, che li dottori napolitani, e regnicoli non si debbiano per l' avvenire esaminare, non solo quando vogliono esercitare la procura, ma nè anco volendo esercitare uffici regi, o baronali qualsivoglia, ancorche fosse regia audienza, e giudicati di vicaria, purchè siano dottorati in Napoli, e però resti estinta la gionta dell' esame de dottori, conforme sono estinte l' altre; e che venendosi a far relezione in consiglio in gradu appellationis delli decreti fatti per l' almo collegio de dottori di questa fedelissima città di Napoli, debbia sedere il relatore, come sede il giudice del gran almirante. Ci è parso concedere, siccome con questa concedemo, conforme si domanda.

45. Item, che circa li diritti delli pesi, statere, e misure, che si portano nella regia zecca, si debbia osservare la forma antica dell' istituzione di detta regia zecca, quali tenghi peso di sibire l' effciale, a chi spetta esigere detto diritto, altrimenti sia obbligato zeccare senza esazione alcuna. Ci è parso concedere, siccome con questa concedemo, conforme si domanda.

46. Item, che li capitani di giustizia debbiano segnare le case per servizio delle loro guardie nelli mesi di Gennaio, e Febbraro, di quelle però dove stanno le cartelle per locarsi; con che il pigione solito pagarse, e non meno si debbia pagare per il medesimo capitano. Ci è parso concedere, siccome con questa concedemo, conforme si domanda.

47. Item, che stante, che sono levate tutte le gabelle, Dazi, arrendamenti di qualsivoglia sorte, ed imposizione nelli precedenti capitoli, e grazie concesse da S. E. in nome di S. M., per maggior soddisfazione del fedelissimo popolo si dichiarì, che fra quelle s' intendano anche levate quella della mezza annata, che si pagaba per ciascheduno ufficiale con la sua delegazione di detta mezza annata, le cinque cinquine, che si paga per la supplica, li diritti imposti per metà più per le pene delle nullità, e sosppezioni d' ufficiali, diritti del registro delle plegiarie, e sentenze del S. R. C., e tutti gli altri registri, suggelli, e tutte le altre nuove imposizioni, anco servata la forma di detti nuovi capitoli, e grazie, ut supra, sempre s' intendano levati, ed anco che si levi il diece per cento delli ministri. Ci è parso concedere, siccome con questa concedemo, conforme si domanda; però circa la mezza annata, e diece per cento delli ministri, si sospenda per insino a tanto, che sarà altrimenti da S. M. ordinato.

48. Item, si supplica S. M. cattolica, che trattandosi

qualche differenza tra la piazza del popolo e regno, e tra le piazze de Seggi di questa città e regno nel regio collaterale consiglio, che si debbiano dare tanti ministri del popolo per aggiunti, quanti sono li reggenti di cancelleria de Seggi, e così anco ritrovandosi reggenti del popolo più delli reggenti de Seggi, si debbiano dare tant' altri ministri per aggiunti de Seggi; e che li decreti, che nasceranno da dette differenze, si debbiano registrare, e conservare da uno delli reggenti spagnuoli, e far libro aparte, quando il segretario non fusse spagnuolo. Ci è parso concedere, siccome con la presente concedemo, conforme si domanda.

49. Item, che qualsivoglia persona tanto titolata, quanto non titolata di qualsivoglia grado, stato e condizione si sia, non ardisca proteggere, nè rifuggiare forgiudicati, nè delinquenti di qualsivoglia delitto, del quale ne fussero giudicialmente attinti, nè darli aggiunto, nè favore, tanto in questa città, quanto per tutto il regno, con doversi osservare irremisibilmente la prammatica fatta dal signor duca di Medina. Ci è parso concedere, siccome con la presente concedemo, conforme si domanda.

50. Item, si supplica che non solo restino estinte le delegazioni, e regie gionte fatte da V. E., e predecessori di V. E., ma anco da S. M. cattolica, ed anco de luoghi pii; ma restino solamente quelle di S. Eligio, casa e banco della Santiss. Annunciata, incurabili, S. M. di Costantinopoli, il monte della Misericordia, e nazioni veneziana, inglese, e Fiamenga tantum, per l' esazioni tantum; ma tutti li negozi si trattino nelli tribunali ordinari, alli quali spettano. Ci è parso concedere, siccome con questa concedemo, conforme si domanda.

51. Item, che per osservanza ancora delli capitoli, privilegi, e grazie concesutte per li predecessori Rè di

questo regno, tutte le prelature, benefici cujuscumque ordinis et dignitatis, spettantino alla collazione e presentazione regia, perpetui, ed amovibili, sempre che vacaranno, si conferiscano, e si debbiano presentare à napolitani e regnicoli, e non a forastieri; e quelle, che vacaranno in questa fedelissima città di Napoli si debbiano conferire a napolitani nativi, ed oriundi tantum, supplicando che da ora si debbiano conferirel' amovivili cioè sacrestie, cappellanie, ed altri in persona di napolitani nativi, ed oriundi, tanto regi quanto anco quelle spettantino a governatori di luoghi pii di questa fedelissima città. Ci è parso concedere, siccome con la presente concedemo per quello che a noi spetta; però a rispetto di quelli che spettano a S. M. ce ne daremo avviso.

52. Item, che si chiamino il spettabile conte di Mola presidente della regia camera, ed Antonio Capobianco a dar conto dell' amministrazione per essi fatta delle compre, ed strazioni di grani. Ciò è parso concedere, siccome con la presente concedemo conforme si domanda.

53. Item, che li presidenti di Cappacorta della regia camera della summaria non possano votare nelle cause dove si tratta articolo di Legge. Ci è parso concedere, siccome con la presente concedemo, conforme si domanda.

54. Item, che s' osservi la grazia fatta nel parlamento generale fatto a 13 di gennaio 1639 a questa fedelissima città di Napoli, che l' espedizioni di cancelleria vadino con firma di S. E., e di due spettabili reggenti. Ci è parso concedere, siccome con la presente concedemo conforme si domanda.

55. Item, che tutti gli ufficiali di qualsivoglia tribunale di questa città e regno, che non osservassero li pre-

senti capitoli, grazie e privilegi, e ciascheduno di essi, restino ipso jure, ipsoque facto privati de loro officii, con essere lecito alla piazza di esso fedelissimo popolo di eleggere sei deputati da mutarsi ogni sei mesi per l'osservanza e difensione delli suddetti capitoli, e ciascheduno di essi. Ci è parso concedere, siccome con la presente concedemo, conforme si domanda.

56. Item, che la interpretazione, moderazione, o altro che paresse espediente circa detti capitoli, e ciascheduno di essi, si debbia, e possa fare per la piazza di esso fedelissimo popolo, e questo in ogni futuro tempo quante volte li parerà, o piacerà. Ci è parso concedere, siccome con la presente lo concedemo, conforme si domanda; però si debbia fare con il nostro consenso, e non altrimenti.

57. Item, si supplica, che tutte le suddette grazie si debbiano concedere per via di restituzione, conferma, nuova concessione, esenzione, immunità, prerogativa, privilegio, e per ogni altro miglior modo più profittevole al detto fedelissimo popolo, ex certa scientia, motu proprio, matura deliberatione, et de plenitudine potestatis, supplendo anco de potestate dominicali difetti, nullità e cause qualsivoglia, che forsi ostassero, o impedissero l'osservanza di tutti li suddetti capitoli, e grazie, e ciascheduno di essi ut supra; ed in caso d'ogni dubbio, che forsi accascarà, sempre s'abbia da interpretare ed intendere in beneficio ed utile del detto fedelissimo popolo, e non altrimenti; ed il tutto concedere anco in nome di S. M., e con voto e parere consiglio ed intervento delli consigli collaterale, e di stato. Ciò è parso concedere, siccome con la presente concedemo, conforme si domanda.

58. Item, che per la dispensa dell'età delli dottorandi si supplichi S. M., che debbia far osservare la real carta

dell' anno 1655, nella quale s' ordina, che si possa dispensare alli studenti che si vogliono dottorare, non ostante che non abbiano l' età d' anni ventuno, non ostante qualsivoglia altro ordine dopo spedito per detta prefata Maestà, etiam per lo corso dello studio. Ci è parso del contenuto nel sopradetto capitolo supplicarne Sua Maestà.

E volendo di nuovo consolare detto fedelissimo popolo, come si conviene, per la prontezza con che sempre ave accudito al servizio di Sua Maestà, e merita la sua fedeltà; ci è parso con il voto e parere del regio collaterale consiglio appresso di noi assistente, in nome di Sua Maestà cattolica concedere al detto fedelissimo popolo, siccome con questa concedemo per quel chi a noi tocca, quanto in detti preinserti capitoli, e grazie si contiene, e conforme ei sono stati dimandati, justa loro forma, continenza, e tenore, ita et taliter, che così si debbiano osservare, ed exequire, et in futurum avere il loro debito effetto, et executione, con condizione però, che non s' abbia a fare da oggi avanti altro tumulto, e che tutte le cose si riduchino allo stato, nel quale si ritrovavano nelli 20 del corrente mese d' agosto. Con dichiarazione, che li tumulti predetti s' intendano esser quelli, nè quali concorra convocazione, o commozione di popolo, ed in detto caso detti tumultuanti non si castigassero dal detto fedelissimo popolo, o vero non si carcerassero, e portassero carcerati avanti di noi; non derogando al contenuto nell' altri primi capitoli, e grazie concesse, quali di nuovo s' intendano concedute; verum occorrendo qualche novità, lo debbiano proporre al magnifico eletto del popolo, il quale lo debbia riferire a noi, che se li farà complicita grazia, e giustizia, che tale è nostra volontà, ed intenzione. Datum Neapoli in Castronovo die. El duque de Arcos. Il

principe di Cellammare. Gio : Tommaso Blanco marchese dell' Oliveto. Lucio Caracciolo di Torrecuso duca di Santo Vito. Achille Minutolo duca del Sasso. Pompeo di Gennaro duca di Belforte. D. Corone Capece Galeoto principe di Monteleone. Il reggente Antonio Caracciolo marchese di S. Sebastiano. Gio : Battista de Mari marchese d' Assigliano. Il marchese del Torello. D. Giuseppe Mariconda principe di Garaúso, Diego Bernardo Zufia Reg. Mattias de Casanate Reg. Dominus Vicerex. Locumtenens, et capitaneus generalis mandavit mihi Donato Coppola.

NUMERO XVII.

D. Rodrigo Ponce de Leon, duque de la ciudad de Arcos, marques de Zara, conde de Bailen y Casares, señor de la villa de Marchena, virey, lugarteniente y capitan general en el reino de Nápoles. — Por quanto hemos mandado formar un ejército de la gente que han juntado los barones de este reino para oprimir las armas que ha tomado la plebe de esta fidelísima ciudad, oponiéndose á las órdenes y obediencia de S. M.; y no pudiendo asistir en persona á gobernarle, por hallarnos ocupados en otras cosas del real servicio, conviniendo nombrar persona de partes, autoridad y mucha plática de las cosas de la guerra, porque como nuestro vicario general y gobernador de las armas rija y gobierne el dicho ejército en la buena orden y disciplina militar, y disponga lo que se ofreciere, con la atencion que conviene al servicio de S. M.; concurriendo las que se requieren en vos, Vicencio Tuttavila, del Consejo colateral de S. M., y su teniente general de la caballería de este reino, con preeminencias de general de ella, y atendiendo á los méritos y servicios de vuestra casa, que

tan aventajadamente ha servido en todas ocasiones á los Serenísimos Reyes de este reino, y á lo que vos á su imitacion lo habeis continuado muchos años á esta parte, sirviendo á S. M. con tanta aprobacion, de que tiene S. M. y sus ministros superiores tanta satisfaccion; hemos resuelto de nombraros, elegiros y diputaros por nuestro vicario general y gobernador del dicho ejército, porque como tal en nuestro nombre lo gobierne y tenga dispuesto para todo lo que juzgares ser de mayor servicio y conveniencia de S. M.: concediéndoo en general y en particular toda la autoridad para poder indultar y dar perdon general á las ciudades, tierras y lugares, y demas personas, de cualquier delito, exceso y rebeldía en que hubieren incurrido, y castigar los que os pareciere, con alojamiento de caballos é infantería, y contra todos proceder de justicia, levato velo, por horas, y more bellico, hasta la sentencia, y su ejecucion inclusive. Y ordenamos y mandamos á todos los maestros de campo de infantería española é italiana, y de cualquier otra nacion, sargentos mayores, capitanes de dicho ejército, castellanos de pleito menaje, capitanes á guerra, audiencias y demas ciudades, tierras y lugares de este reino, sus gobernadores, síndicos y electos, que os tengan, traten y respeten por nuestro vicario general y gobernador de las armas del referido ejército; ejecuten y cumplan vuestras órdenes por escrito y de palabra, como si de nos emanasen, y para lo referido, anejo y dependiente, os concedemos y damos la autoridad que tenemos de S. M. como virey, lugarteniente y capitán general de este reino, sin reserva ninguna, para declaracion de lo cual mandamos dar la presente firmada de nuestra mano, sellada con el sello de nuestras armas y refrendada de nuestro infrascrito secretario. — En Nápoles á 16 de octubre

de 1647. — El duque de Arcos. — D. Jerónimo de Almeida, secretario.

NUMERO XVIII.

He entendido del párroco de Santa María de la Cadena , portador de este papel, la muestra grande de fidelidad que últimamente ha dado este fidelísimo pueblo, cortando las cabezas á tres hombres que intentaron oscurecerla, solicitando apellidase la corona de Francia, y ha sido tal mi estimacion de accion tan fina , que hallándome muy obligado á ella , y juntamente con sumo dolor de ver que vasallos que proceden con tanta fineza padezcan tales hostilidades.

Me ha parecido escribir yo á V. S. para que por su medio este fidelísimo pueblo hallara en mí toda benignidad y buena acogida en lo que me propusieren de su sosiego , nombrando para esto personas con quien se ajuste , que por la mia correrá el negocio , y cesarán daños que con tanto sentimiento mio se ejecutan. Dios guarde á V. S. muchos años. — De esta Capitana, hoy domingo 13 de octubre de 1647. — D. Juan.

NUMERO XIX.

Serenissimo Signore. La lettera di V. A. che mi ha dato il parrochiano di S. Maria della Catena questa mattina, ho mostrata alli capitani dell' Ottine , e consultori di questo fedelissimo popolo; e gline ho consignata a fine, che pigliassero risoluzione del maggior servizio di Sua Maestà , e di V. A. ; e già s' incammina , ma con risoluzione , che non abbia da passare per mia mano cosa alcuna toccante la materia ; e cosi riferiscono a questo punto , aver riconosciuta la fedettà , che sempre hanno

dimostrata, e dimostrano verso Sua Maestà cattolica, e Vostra Altezza Serenissima, alla quale bacio per mille volte riverente le mani, e prego dal cielo ogni felicità. Li 14 di ottobre 1647. Di Vostra Altezza Serenissima, umilissimo e devotissimo servitore.—D. Francesco Toraldo d' Aragona.

NUMERO XX.

Por quanto conviene al servizio del Rey mi señor, que tengan pasar seguro quatro personas, que este fidelissimo pueblo de Nápoles me enviare á conferir materias de su real servicio, ordenamos y mandamos á los cabos y demas oficiales de mar y tierra no le pongan impedimento alguno en ida y vuelta. Dada en la Capitana real á 15 de octubre de 1647.—D. Juan.

NUMERO XXI.

Gennaro Annese, generalissimo del fedelissimo popolo della città e regno di Napoli. Essendosi scoperti pubblici tradimenti a questo fedelissimo popolo orditoli da D. Francesco Toraldo, principe di Massa, ed in particolare l' aver fatta svanire la mina fatta a S. Chiara di questa città dove si sono ridotti inemici, oltre le lettere e corrispondenze a cattivo fine trovatoli sopra; il medesimo popolo gli ha dato quella sepoltura, che meritano le qualità del delitto, e nel medesimo tempo ha acclamato, colla testa nelle mani, e con un piede nella publica piazza del Mercato, a tre ore di notte la nostra persona per suo generalissimo. Pertanto ordinamo, sotto pena della disgrazia di questo fedelissimo popolo, á tutti di qualsivoglia stato, grado e condizione si sia che obbediscano la nostra sotto scrizione, e siglio, e rive-

riscano gli ufficiali creati per l' addietro, e nell' avvenire sotto pena della vita, e della confiscazione de beni, sino alli parenti in terzo grado de trasgressori. Data nella fortezza reale del torrione del Carmine li 22 d' ottobre 1647. Gennaro Annese generalissimo del fedelissimo popolo. Vincenzo d' Andrea.

NUMERO XXII.

Die vigesimo quarto mensis octobris, constitutis in nostri præsentia excellentissimi et illustrissimi domini proceres, et magnates, et barones et patritii, et equites illustrissimarum, et excellentissimarum platearum nobilium fidelissimorum civitatis Neapolis, declaraverunt vulgari eloquio.

Come ritrovandosi l' Eccellentissimo signor D. Rodrigo Ponze di Leone, vicerè, luogotenente, e capitano generale del regno di Napoli, ristretto dentro del Castel nuovo per la ribellione commessa dalla plebe della fedelissima città di Napoli, la quale avendosi impadronita della porta di detta città, e tentato di appoderarsi, e di espugnare il regio castello di S. Ermo, commettendo incendi, furti, rapine, sacrilegi, ed omicidi, usando atti atrocissimi e barbari, non più intesi, nè mai immaginati, e commettendo manifestissimi atti di ribellione contro di S. M., avendo da più e diverse parti battuto con artiglieria non solo il regio palazzo e Castel nuovo, dove si trova la persona di detto Eccellentissimo signor vicerè, ma anco l' armata reale, dove si ritrova il serenissimo D. Giovanni d' Austria, usando tutti li atti inumani, barbari e crudeli, che da qualsivoglia barbara gente non sariano mai stati immaginati. E volendo detti Eccellentissimi Illustrissimi signori proceres, magnates, e baroni accudire con quella fedeltà, che devono al servizio

del Rè nostro signore , e colla solita finezza , e pronta volontà , che hanno sempre dimostrato verso Sua Maestà in avere avuto l' avviso dell' appretto , in che si trova detto Eccellentissimo signor vicerè , ed all' urgenza dello stato delle cose , hanno lasciato subito le proprie case , e tutti li loro propri stati e terre esposte a qualsivoglia accidente che potesse portare il tempo, esi sono conferiti in questa città d' Aversa , piazza d' armi destinata dal detto Eccellentissimo signor vicerè , per accudire colle proprie vite al real servizio. Per il quale si sono anco contentati lasciare pure ogni punto di preminenza e precedenza , che li spetta. E mirando solo al servizio di Sua Maestà , urgenza , bisogno , e conservazione del presente regno , e della quiete universale , e per liberare dall' oppressione , tiranide , e barbarie , la quale sta oggi attualmente patendo la detta città di Napoli , e la nobiltà di tutto il regno : hanno però di comun volere , con assenso prestito dal detto Eccellentissimo signor vicerè , eletto per l' amministrazione delle cose della milizia , e guerra delle armi del baronaggio , convocato in questa città d' Aversa , piazza d' armi destinata da S. E. il signor Vincenzo Tuttavilla , cavaliere di Seggio di porto , del consiglio collaterale di S. M. e suo tenente generale della cavalleria. Contentandosi di stare , ed obbedire all' ordine di quello nell' amministrazione delle cose della guerra , come governadore da loro deputato , concedendogli per quello , che a loro aspetta , per l' esecuzione predetta , e per servizio di Sua Maestà , conservazione del regno , e sollevazione e liberazione di detta città tutta l' ampiezza d' autorità e potestà , con tutte quelle preminenze e prerogative che per esercitare simile carica in caso di tanta importanza ed urgenza sirichiedono ; salvo sempre e riservato l' assenso e beneplacito di detto Eccellentissimo signor D. Rodrigo

Ponze di Leon , nostro vicerè , e capitan generale. Così confermano , e si obbligano etc. etc. etc.

NUMERO XXIII.

ESTADO DE LA FUERZA CON QUE CONCURREN LOS BARONES AL EJÉRCITO DEL REY NUESTRO SEÑOR, HOY 24 DEL MES DE OCTUBRE DEL AÑO 1647.

	Cavalli.	Tanti
Del marchese del Vasto , e suo fratello inclusa la sua compagnia d' uomini d' arme , e di Zagarola n.úm.	190	220
Del duca di Maddaloni n.	350	242
Del duca di Jelsi , e del principe di Torino n.	146	«
Del principe di Colobrano n.	24	«
Del duca di Oliveto n.	24	«
Del duca di Sora n.	60	60
Del duca di Marianella , e del principe di Sant' Arcangelo , tra la gente de' quali vi erano settantadue Alemanni , e venticinque della compagnia di leva del Marianella n.	37	100
Del duca di Vairano n.	45	«
Del duca di Marzano n.	18	«
Di D. Alfonso Piccolomini , Del duca di Sejano , e Del marchese di Trevico n.	70	50
Del marchese di Paglieta n.	40	«
Del principe di Minervino n.	«	70
Del principe di Montesarchio , la cui milizia stava nella Cerra , inclusavi la sua compagnia d' uomini d' arme , ed altri 70 uomini pagati dal minervino . n.	130	70

Questa cavalleria tutta quasi consiste di gente bandita, e del battaglione.

Del principe della Torella.	}	n.	70	60
Del marchese di Santo Mango.				
Di D. Carlo Acquaviva.				
Di D. Geronimo della Marra, e				
Di D. Diego della Marra.				
Del duca di Martina.	}	n.	50	12
Di D. Luigi Minutolo.				
Del marchese di Grottola.				
Di D. Francesco Caraciolo e di Fra Prospero Galva.)				
Del principe di Supino, la cui gente si trova nella Serra sotto il comando di D. Vincenzo suo fratello.		n.	40	«
Del marchese di S. Lucito.		n.	30	«
Del conte di Santa Maria in Grisone venato.		n.	6	6
Del duca di Rosito Brancia.		n.	4	«

Gente del Re.

La compagnia del battaglione di Caserta.	n.	27	«
Di Jeano.	n.	6	«
Di Aversa.	n.		200
Quella di cavalli di S. E.. . . .	n.	80	«
La cavalleria di leva e Borgognoni.	n.	390	«
La compagnia de' Croati.	n.	24	«
Le compagnie della Sacchetta, delli capitani Rencone, Joffeti, e di Don Baldassar del Varo.	n.	54	«

NUMERO XXIV.

Gennaro Annese generalissimo di questo fedelissimo popolo e regno di Napoli. Perchè ci è venuto a notizia, che alcune persone inimiche di questa inclita repubblica napoletana vanno seminando molte zizzanie, ed inquietando la gente, dandole ad intendere, che le lettere venute dall' ambasciadore del cristianissimo Rè, siano finte, e che perciò non se li debbia dare credito; e questo lo fanno per mettere dissensioni e risse fra' cittadini: però per evitare questi inconvenienti, si ordina e comanda sotto pena della vita, e confiscazione de' beni, che da oggi avanti nessuna persona di qualsivoglia stato, grado, e condizione si sia, ardisca di andare dicendo simile cosa, inquietando detto popolo ut supra; che altrimenti si eseguirà detta pena con dar la terza parte de' beni all' accusatore, che lo ponerà in vero. Dato in Napoli a 29 di ottobre 1647.—Gennaro Annese.

